



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN

“HISTORIA, NOVELA Y MUJER...

LA FIGURA FEMENINA EN LA LITERATURA

NACIONAL DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX”

T E S I S I N A  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN HISTORIA  
P R E S E N T A:  
EDGAR EDMUNDO GUERRERO AGUIRRE

ASESORA: MTRA. ROSALÍA VELÁZQUEZ ESTRADA



SEPTIEMBRE DE 2005

m. 347700



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: EDGAR EDMUNDO  
WERRERO AGUIRRE

FECHA: 7/09/05

SINDEA: 

A mis padres, hermanos y sobrinos; familiares, amigos  
y a todos los que estuvieron, continúan y llegarán,  
por lo que me han aportado como persona para que hoy  
tengan este trabajo en sus manos y también les pertenezca.

A la Universidad Nacional Autónoma de México y a la  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán, por dotarme de  
dos sentidos tan necesarios como complementarios:  
la rebeldía y la tolerancia; de la ambición por saber siempre  
más y regalarme una de las mejores épocas de mi vida.  
Portar la camiseta no tiene equivalente.

A mis profesores, en especial a la Dra. María Cristina  
González Ortiz, a la Mtra. Laura Edith Bonilla de León y  
a las Lic. Milagros Pichardo Hernández y Pilar Barroso  
Acosta, por trascender el espacio de las aulas y darme  
algo aún más valioso que su conocimiento: su amistad.

A mi asesora, la Mtra. Rosalía Velázquez Estrada,  
por ser apoyo constante frente a las particulares  
circunstancias que originaron esta tesina y ocupar  
un lugar importante en mi trayecto académico.



*El más gigantesco equívoco de nuestro idioma es hablar del hombre como si eso incluyera a la mujer.*

Edmundo O'Gorman.

# Índice

A modo de introducción.....	1
La Historia: lo ocurrido, lo investigado, lo interpretado.....	5
El contexto...	
Adiós Don Porfirio. ¡Viva la Revolución!.....	12
De entre las cenizas.....	19
Reinventando las formas.....	25
...Y los textos	
Agustín Yáñez y <i>Al filo del agua</i> .....	36
Las que le temían a Dios.....	37
Francisco L. Urquiza y <i>Tropa vieja</i> .....	40
Las “chatas” y las balas.....	41
Mariano Azuela y <i>Los de abajo</i> .....	44
De lo femenino y lo revolucionario.....	45
Paco Ignacio Taibo II y <i>Sombra de la sombra</i> .....	48
La feminidad urbana en la <i>pax</i> obregonista.....	49

Martín Luis Guzmán y <i>La sombra del caudillo</i> .....	52
Mujeres adornando el poder.....	53
Jorge Ibargüengoitia y <i>Los relámpagos de agosto</i> .....	56
Esposas, viudas y amantes.....	57
José Revueltas y <i>El luto humano</i> .....	60
La mujer y el horizonte del fracaso.....	61
Daniel Venegas y <i>Las aventuras de don Chipote</i>	
<i>o Cuando los Pericos mamen</i> .....	64
Para que tú al volver, no encuentres nada extraño.....	65
Elena Poniatowska y <i>Hasta no verte Jesús mio</i> .....	68
Jesusa Palancares: como nadie y como todas.....	69
Carlos Fuentes y <i>La muerte de Artemio Cruz</i> .....	72
De amores comprados y recuerdos encendidos.....	73
Otra de Yáñez: <i>Ojerosa y pintada</i> .....	76
Historias de taxi.....	77
Conclusiones.....	80
Fuentes consultadas	
Bibliográficas.....	87
Hemerográficas.....	90

## A modo de introducción

Arrojado en sus declaraciones, polémico por sus opiniones sobre el poder, pero irreprochable la calidad de sus libros, Carlos Fuentes ha dicho en más de una ocasión que la literatura divisa lo que comúnmente la voz transmisora de los hechos históricos, tamizada institucionalmente, no expresa. Y es cierto. Las creaciones de los grandes autores de todos los tiempos no sólo son proyecciones de estilos escriturísticos o recursos nuevos propios de la novela, el cuento o la poesía que les regeneran permanentemente, sino también un asidero de costumbres, tradiciones y lecturas políticas que los escritores, consciente e inconscientemente, han propagado en sus tramas a lo largo de las centurias.

En esta tesitura, la motivación de nuestro trabajo es, precisamente, la de rescatar las imágenes que de la mujer se fueron haciendo los dueños de las grandes plumas del siglo concluido hace apenas cinco años en México, y más precisamente de las producciones que se circunscriben a su primera mitad. Mayúsculas obras nacidas en esta etapa forman parte de la colección de textos imprescindibles para el resguardo de cualquier biblioteca de nuestro país, no únicamente por las altas notas que por su forma merecen, sino principalmente por los fondos que les materializan y que, para nosotros los historiadores, son un referente preciado en la ubicación de escenarios y especificidades sobre los muchos aspectos que conforman el ser nacional de aquel entonces y en nuestro presente.

Huelga decir que entre el México que va de finales del siglo XIX, imperado por un régimen político de hermosa fachada afrancesada y decoraciones que suponían orden y progreso para todos, estando en realidad sustentado en una dictadura gerontocrática que en su descomposición iba mellando el camino para transitar así por un rumbo sinuoso e insospechado, y el de los años cincuenta y sesenta, que se enmarca en una renovada impronta gubernamental que entonces prohijaba estabilidad económica y desarrollo para buena parte de la población, haciendo crecer a las clases medias y sistematizando la política por medio de un partido hegemónico, se halla un proceso que movilizó por entero al país y que llevó a un estado de cosas propicio de condiciones particularísimas para la sociedad entera: la Revolución Mexicana iniciada en 1910, que por más de una década ocupó

el panorama cotidiano nacional con todas las implicaciones consabidas. Este recuento de eventos y paisajes da una idea de los varios ambientes que nutrieron las historias y personajes de los escritores a quienes se traerá a colación en estas cuartillas.

Por otro lado, con su presencia en las más de las obras que se conocen en la humanidad desde que se tiene la palabra escrita, la mujer ha sido crecientemente considerada para estudiar el devenir, para explicar la conducta de las familias, para adentrarnos en los roles laborales, en las disputas de género y en los cambios políticos, desbordándose pues su tradicional asimilación como protagonista de las más bellas o desgarrantes historias de amor, y en el caso de las letras mexicanas no es la excepción. No solamente de ellas se ha escrito, sino que por sí mismas han tomado la tinta y el papel y han expuesto algunas de las más ricas e inteligentes confecciones que, inclusive, están registradas en el recuento literario de lo mejor del planeta, y como ejemplo tenemos a la siempre recordada Sor Juana Inés de la Cruz.

En síntesis, la madre; la hermana; la esposa; la prostituta; la monja; la sirvienta; la insurrecta; la actriz; la mujer de clase alta; la pordiosera; la adolescente; todas han sido, en mayor o menor medida, parte de las incontables páginas que los creadores nacionales nos han brindado y que han traspasado los tiempos.

Ahondando en estos tópicos, hay que mencionar que el avance del movimiento feminista ha dado lugar en los últimos años a ensayos y monografías en los que el tema central se refiere a lo que significa ser mujer y su involucramiento en el contexto doméstico, económico, político, cultural y social; interrogantes, por cierto, ya planteadas por Simone de Beauvoir en 1949 cuando publicó *El segundo sexo*. En ese mismo año se editó un libro básico para la teoría antropológica y relacionado con la mujer, de Claude Lévi-Strauss: *Les structures élémentaires de la parenté*. Así pues, lo femenino como blanco de análisis ha ocupado la atención tanto de los expertos en estudios de género como, a partir muchos enfoques, de los escritores, antropólogos, sociólogos, politólogos e historiadores desde hace ya décadas.



En la misma tónica, la inserción de la investigación histórica en lo relativo a la mujer se ha intensificado desde los años cincuenta del pasado siglo, al tomar fuerza nuevas corrientes de pensamiento, cuando la obsesión por mirar en el triángulo político, económico y militar del pasado la quintaesencia de lo histórico disminuyó y los estudiosos voltearon a rescatar los componentes cotidianos de la vida de las poblaciones, su forma de observar el mundo y su contribución para transformar la realidad, tantas veces ignorada y manifestada de numerosas maneras, tales como, precisamente, la novela.

Así, al declinar el reinado de las tesis históricas descansadas en las élites, los próceres y las batallas en favor de más atención a la influencia y forma en que las familias, las comunidades, los gremios, los sindicatos y grupos varios asumían su rededor y cómo de eso quedó registro, topamos con la mujer y los distintos lugares que ha llenado en el pasado, su determinante persuasión en el quehacer social y las relaciones generadas con los distintos actores y acontecimientos:

Dada la multiplicidad de identidades sociales y la coexistencia de memorias opuestas y alternativas (familiares, locales, de clase, nacionales, etc.), conviene pensar en términos plurales sobre los usos de la memoria por distintos grupos sociales, que muy bien pueden tener distintas visiones de lo que es significativo o digno de recordarse.<sup>1</sup>

Ahora bien, en el México del tiempo trazado, ¿Cómo se desenvuelven sus mujeres en las circunstancias en que son expuestas? ¿De qué manera se les relaciona con el sexo masculino y en qué posición respecto a éste se les coloca? ¿Qué les toca hacer en medio de un evento revolucionario ya como cónyuges de los campesinos o como ricas damas de sociedad? ¿Qué costumbres y tradiciones hacen suyas, desechan o refuerzan de acuerdo al temple de los lugares e incidentes de los que son parte? ¿Cómo es valorada socialmente una mujer por las demás? ¿Cómo se ve a sí misma? Todo esto buscará contestarse a través del análisis de once novelas de factura nacional, de autores que vienen de diferentes lugares tanto ideológica como vivencialmente, pero que comparten fijar su mirada en momentos

---

<sup>1</sup> Peter Burke. *Formas de Historia Cultural*. Trad. por Antonio Feros. Madrid, Alianza. Colección El Libro Universitario, 2000. Pág. 80.

y situaciones de la realidad mexicana, en la que, claro está, la mujer hace más que acto de presencia.

Comprensiblemente, algunas dudas flotarán en el ambiente, y son precisamente las que atañen a las pautas de selección de las novelas consideradas. ¿Por qué sí *Los de abajo* de Mariano Azuela y no *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán?, o ¿Qué hace que se incluya *Ojerosa y pintada* de Agustín Yáñez, dejando fuera *La región más transparente* de Carlos Fuentes?

Para empezar, el hecho mismo de mencionar los cuatro títulos anteriores, como otros más los hay fijos en el imaginario colectivo, y saber que aluden a coyunturas y temáticas comunes cada par, es un buen indicio para destacar la lógica de la presencia de los incluidos: son novelas que, conteniendo la dosis de fantasía e inventiva propia de sus autores, arrancan de modo innegable pedazos sociales y políticos de la historia nacional contemporánea para convertirlos en soporte de sus argumentos, reflejando la parte del pasado que nos interesa y, por dentro, el papel de la mujer en las etapas del México extraído.

Aunado a ello, valga nuestro criterio, como el del historiador que escoge el periodo del ayer de su interés para especializarse en tal, así como del mismo seleccionar los episodios específicos que le parece pertinente indagar e interpretar según cierto tamiz historiográfico (que también prefiere) para, de entre las muchas obras de tipo novelístico que dan testimonio de los sucesos principales de la primera mitad del siglo XX de nuestra nación, elegir las que con mayor acierto rescatan la figura femenina en las diversas esferas sociales de la época, privilegiándose resaltar las más distintas perspectivas posibles de la vida de aquellos años (el día a día al fragor de la metralla de las “Adelitas” en *Tropa vieja*; las condiciones de las esposas y madres, abandonadas a su suerte, de los que persiguen como ilegales en los Estados Unidos la prosperidad en *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*; o la complejidad de las sofisticadas consortes de los bragados combatientes renacidos en flamantes funcionarios del partido de la Revolución en

*La muerte de Artemio Cruz*); guardando, eso sí, en la secuencia de su presentación, la lógica temporal de los hechos conformantes de los espacios de la historia patria a tratar:

Así, si un fenómeno social determinado aparece representado similarmente en varias novelas contemporáneas pero escritas por autores no relacionados entre sí, es probable que tal testimonio sea válido, aunque no se encuentre directamente confirmado en otras fuentes. Una vez que las otras posibles explicaciones de la repetida aparición en varias novelas del mismo tipo han sido descontadas, es razonable suponer que ello se explica por el hecho de que sus autores hayan coincidido en reconocer y representar cada uno por su cuenta el mismo fenómeno social.<sup>2</sup>

Seguramente un estudio más amplio que no sólo pondere éstas, sino otras creaciones literarias que compartan época y temas con la misma intención y más profundidad, resultará muy interesante y sacará a la luz otros aspectos de los que en adelante se mencionen. Esta es, llanamente, una muestra, ceñida a las reglas y circunstancias propias de una tesina a nivel licenciatura, hecha con cuidado y dedicación, por supuesto, pero circunscrita a sus limitaciones en cuanto a los parámetros para su concreción.

## **La Historia: lo ocurrido, lo investigado, lo interpretado**

Antes de entrar de lleno al planteamiento del horizonte histórico en los periodos que se tocan en esta investigación y al análisis de los textos, es pertinente atender algunas cuestiones para dar revestimiento teórico a nuestro trabajo. Así, el debate existente sobre la relación entre la Historia (entendida como la disciplina que registra y asimila los acontecimientos del pasado que se destacan por su trascendencia social, teniendo al hombre como protagonista), la historiografía (reconocida como esa búsqueda que hay del ayer por quienes de éste se interesan y, con una carga contextual y subjetiva indubitable, lo dilucidan e hilan a través de la escritura), y la novela (que amén de ser un género literario que es receptáculo de la inventiva y las emociones de los escritores, es igualmente fuente y registro del tiempo en que surge una obra) se mantiene vigente.

---

<sup>2</sup> John D. Rutherford. *La sociedad mexicana durante la Revolución*. Trad. por Josefina Castro. México, El Caballito, 1978. Pág. 12.

En relación a lo primero, ¿Es válido que una novela sea considerada para comprender modelos de vida o sociedades a pesar de la dosis de libertad e imaginación que conlleva? ¿Es perecedera una visión historiográfica que está apoyada en intereses y momentos específicos que envuelven al historiador, y lo único que subsiste son los hechos históricos así, “en bruto”?, o ¿Es que tales hechos jamás existirán immaculados, porque desde el instante en que hay de éstos el registro de su acaecimiento concurre ya una interpretación? Interrogantes de este talante son las que trataremos de contestar hacia delante, con base en algunas reflexiones que son interesantes para abordar dichos asuntos.

Iniciemos con la legitimidad del uso de la novela como fuente histórica. Al respecto, es por supuesto elemental no desestimar que pararnos sobre un argumento que cuenta con un sinfín de personajes, emociones, y en donde la precisión de los factores, las circunstancias y los incidentes no se regula por la exigencia ni la escrupulosidad que un historiador lleva auestas para refrendar lo que concluye, es hacerlo sobre arenas movedizas, las que para ser cruzadas exitosamente necesitan sortearse de acuerdo a un conjunto de conocimientos previos y datos de la mayor exactitud acerca de lo sobrevenido en los tiempos trabajados:

Pero en definitiva hay un sacrificio. Cuando el novelista elige transmitir sus hechos y resúmenes como pensamiento de la mente de uno de sus personajes está en peligro de renunciar precisamente a ‘aquella libertad de trascender los límites de la escena inmediata’ [...] Cuando quiera que un hecho, un resumen narrativo o una descripción deban o incluso puedan servir como guía de nuestra interpretación del personaje que lo proporcione, bien puede perder algo de su reputación como hecho, resumen o descripción.<sup>3</sup>

Desde luego, ello no quiere decir que debamos rendir culto a la información “dura”, a las fechas justas y exactas, a los documentos que las involucren como padres de todas las verdades. El crédito que la comunidad histórica ha dado día a día más a las fuentes orales, por ejemplo, valida la eficacia de todas las rutas que, en su encuentro, nos conduzcan a mejores interpretaciones de lo sucedido en el pasado (la que es finalmente la tarea primordial del historiador). Entonces, a lo que nos referimos es a tener presentes,

<sup>3</sup> Wayne C. Booth. *La retórica de la ficción*. Trad. por Santiago Gubern Garriga-Nogués. Barcelona, Bosh, 1978. Pág. 166.

al momento de echar mano de libros de este género para hacer valoraciones históricas, algunos elementos como, digamos, el tiempo y el espacio que se abarcan; el tipo de novela que vayamos a emplear (esto es, obras de un fuerte contenido social, con el ánimo de retratos realistas, que no se avoquen pues a otear entornos y temperamentos de características extraordinarias o que afronten experiencias muy particulares):

Puesto que la meta del novelista sociológico es proporcionar un cuadro representativo y exacto de una sociedad determinada, naturalmente se esforzará por hacer de su novela un microcosmos, por ello incluirá situaciones y personajes que ve como típicos y representativos de la sociedad adscrita, y no como idiosincrásicos. Cada personaje de una novela sociológica suele ser, por tanto, la síntesis de todas aquellas personas de este tipo que el novelista ha conocido en vida.<sup>4</sup>

y, finalmente, las condiciones de orden subjetivo y objetivo que radican en el autor y en la novela respectivamente:

Hay, pues, dos tipos de información preliminar que debe tomarse en cuenta para poder someter una novela a un adecuado examen histórico-social: la subjetiva (es decir, información acerca del autor y de su método artístico), y la objetiva (todo lo que se pueda obtener de otras fuentes sobre el mundo en que vivió el novelista y lo que describió).<sup>5</sup>

Sin embargo, en este caso no hay que deslegitimar aquellas piezas que surgen como resultado de la auscultación hecha por autores de distintas épocas a las que se dediquen, pues aunque sin contar con el toque vivencial de quien escribe habiendo nacido en los años cercanos o específicos del acontecimiento o tiempo de sus textos, tienen tales el interesante agregado de mostrar la combinación de la realidad y la ficción, con intencionalidad histórica, pero acompañados de la distancia que facilita juicios de valor y elucidaciones más reposadas y justipreciadas, así como de la carga contextual del momento del que forman parte tales literatos. Otra acotación cabe incluso respecto de novelas que expresan pasajes o personajes fuera de lo común y sin el interés de imprimirles una huella social (de las que

---

<sup>4</sup> John D. Rutherford. *Op. cit.* Pág. 12.

<sup>5</sup> *Ibidem.* Pág. 17.

arriba hablamos), pues aun con estas características comunican el modo de pensar y ver la vida del autor, quien es miembro de una familia, una comunidad, un país y, en fin, un transcurso histórico determinado, que fuera de su voluntad queda igualmente enunciado y puede ser motivo de análisis para un historiador.

En suma, se evidencia que las novelas, así como cualquier clase de texto o señal del paso del tiempo (variando su idoneidad según los temas y ópticas, naturalmente), es útil para explicarnos el pasado, tan útil como una pieza más de un rompecabezas; nunca toda una figura en sí misma, sino un vestigio, una marca de lo que sucedió o se advirtió de lo ocurrido y que, entreverada, permite una interpretación, un cómo, un cuándo, un dónde y un por qué, preguntas inexorables al desarrollar a la Historia con aires de científicidad:

Por otra parte, la Historia Cultural coloca en lugar central la cuestión de la articulación de las obras, representaciones y prácticas con las divisiones del mundo social que, a la vez, son incorporadas y producidas por los pensamientos y las conductas. [...] Es por ello que muchos textos de este libro caminan en compañía de los grandes clásicos de la literatura española, de la *Celestina* al *Lazarillo*, del *Quijote* al *Buscón*. Nuestro propósito, con seguridad, no es proponer una interpretación nueva; apunta solamente a reconocer en estas grandes obras la puesta en representación, extraordinariamente aguda, de prácticas y representaciones que estructuran el mundo social donde ellas se inscriben.<sup>6</sup>

Ahora, para acabar este apartado, centrémonos en la materia historiográfica, que se articula con la concepción cambiante que rodea a la Historia en los últimos tiempos, a la vez que con las diferentes contemplaciones que hay sobre los hechos pretéritos, en donde las fuentes literarias ocupan una posición notable.

Al respecto, como nos lo recuerdan Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, uno de los antecedentes importantes es la idea que prevalecía de la Historia en el siglo XIX, como “[...] ese campo de estudio propio del historiador, o ese campo de memorización y de aprendizaje de los estudiantes de la escuela. En esta relación, el campo de investigación y

---

<sup>6</sup> Roger Chartier. *El mundo como representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Trad. por Claudia Ferrari. Barcelona, Gedisa. Colección Hombre y Sociedad, 2002. Págs. X y XII.

de estudio se presenta como independiente, externo al investigador y al estudioso.”<sup>7</sup> Así, se identificaba a personajes relevantes, léase políticos o héroes militares, como protagonistas del pasado, mientras que, por otro lado, se hallaban los historiadores, los que escribían la historia con “h”, ajenos a cualquier intención discorde a la objetividad.

Dentro de lo positivo, esa estimación fue fructuosa en su apuesta por impedir que el historiador comprometiera su visión con intereses inadecuados y alejase a la historiografía de su pretensión docta, aunque con el costo de hacerle creer que realmente era posible su desvanecimiento como participe en la construcción de las explicaciones sobre el devenir, luchando así por ahuyentar su propia conciencia crítica.

Empero, desde Francia se originó una sopesación diferente, que sin perder el extracto de erudición y rigor metodológico en la ciencia histórica la reconoció situada en el contexto del historiador, que es finalmente quien decide, como ya lo indicamos, qué y cómo investiga, pues resulta ineluctablemente formado en un complejo ambiente de ideas, sentimientos y valores, por lo que “nosotros, desde el presente, con nuestras preguntas y cuestionamientos, éramos quienes, por el contrario, afectábamos al pasado.”<sup>8</sup> Es aquí, precisamente a inicios del siglo XX, cuando la necesidad de la interdisciplinariedad, los temas cotizados como vitales para el saber histórico, las fuentes para su examen y los periodos de tiempo a estudiar empezaron a cambiar de rasero paulatinamente.

Entonces, bajo la tesitura clásica, se separaba a la Historia como adición de acontecimientos y a la historiografía como lo dicho por los historiadores, viendo tal ejecución como secundaria, como la llana “historia de los historiadores”; historiografía como “teoría de la historia”, lo cual impedía comprender que tanto las evidencias del paso del tiempo y del significado de los eventos (las fuentes), como lo que los historiadores discursan y deducen, son ambos documentos de cultura, aunque unos desdoblados de los

---

<sup>7</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño. “De la Historia a la historiografía”, en *Historia y grafía*. México, Universidad Iberoamericana, no. 4, 1995. Pág. 246.

<sup>8</sup> *Ibidem*. Pág. 249.

otros. En otras palabras, “a la Historia -con mayúscula- no se llega sino por la historiografía; con la conciencia de que aquélla siempre será más que ésta.”<sup>9</sup>

En este punto es en el que, verbigracia, la novela se convierte en algo así como hilo y aguja para urdir los muchos lances que un historiador encuentra dispersos, en aras de conciliarlos y producir explicaciones que le den luz sobre el pasado, “el documento no me lleva al referente externo sin la reconstrucción del sistema de comunicaciones en que se generó”<sup>10</sup>, para lo cual se requiere del trabajo de investigación y esfuerzo intelectual de éste, en el que un acta de gobierno, un diario de debates legislativos, una Constitución, una declaración de guerra, el libro de cuentas de un comercio o las notas de la escuela de un niño no “hablen por sí mismos” (como lo exigía el decimonónico Leopoldo Von Ranke), sino que cobren una determinada importancia, una acepción en relación con todo lo localizable y servible de acuerdo a su discernimiento, “la autodescripción de la segunda mitad de este siglo [el XX] comprende a la sociedad como un sistema de comunicaciones, es decir, lo específico de la sociedad no son las cosas sino la producción del sentido.”<sup>11</sup>

De este modo, la plasmación del análisis histórico en los textos elaborados por los historiadores ha de implicar una organización de entendimientos y conclusiones, aunque la indagación en sí sea siempre interminable y en las manos de muchos sujeta a variadas interpretaciones, “así pues, el conjunto se presenta como una arquitectura estable de elementos, de reglas y de conceptos históricos que forman sistemas entre ellos, y cuya coherencia depende de una unidad designada por el nombre propio del autor”<sup>12</sup>, logrando esto mediante un orden de fondo, cronológico, ya que la historiografía debe ofrecerse como un relato, como una disertación armonizada por el historiador y avalada por la prelación de los tiempos, para que descienda hacia el presente.

Por eso, el objetivo de la historiografía, como lo destaca el citado Michel de Certeau, es traer a escena una población de desaparecidos, que va desde personajes, mentalidades o

---

<sup>9</sup> *Ibidem*. Pág. 252.

<sup>10</sup> *Ibidem*. Pág. 255.

<sup>11</sup> *Ibidem*. Pág. 254.

<sup>12</sup> Michel de Certeau. *La escritura de la Historia*. Trad. por Jorge López Moctezuma. México, Universidad Iberoamericana, 1985. Pág. 102.



precios del pasado, alineados en un lugar simbólico para crear un presente y un futuro con la marca privativa de cada historiador: “Así, puede decirse que hace muertos para que en otra parte haya vivos.”<sup>13</sup> Siguiendo esta referencia, no es casual que la historia oral, la iconografía, pero sobre todo la novela se haya convertido, con los años, en pozo del que se extraen pormenores y ligas que nutren el quehacer historiográfico, por su contención de estructuras en una espátula multicolor plagada de nexos, aun desde la mirada soberana de un literato, como la es, guardadas las distancias, la de un profesional de la Historia:

Cada obra de arte es pues, una síntesis del artista y su mundo, una compleja dialéctica del individuo y la sociedad. Tal vez la novela tenga un contenido social mayor que otras formas de arte; pero la importancia del punto de vista individual desde el cual lo social está visualizado es tan innegable en la novela como en cualquier otro género.<sup>14</sup>

En conclusión, toda producción historiográfica exige un trabajo hermenéutico configurado por la interpretación, de integración coherente de los contenidos de las fuentes que arrojan los testimonios del devenir. Ante ello, Hans-Georg Gadamer nos alecciona sobre la anticipación de sentido que alude al todo: se alcanza la comprensión con el entendimiento de que las partes que se definen desde tal totalidad la determinan, siendo el objetivo ampliar la unidad de dicho sentido a través de una suerte de “círculos concéntricos”, asumiendo que en el análisis de un texto no se busca la constitución psíquica del autor, sino la perspectiva en que se procuraron sus discernimientos, llegando a la aprehensión de una obra por la exégesis histórica y la conexión de dos movimientos: el de la tradición (en continua formación) y el del intérprete: “El comprender debe pensarse menos como una acción de la subjetividad que como un desplazarse uno mismo hacia un acontecer de la tradición, en el que el pasado y el presente se hallan en continua mediación.”<sup>15</sup>

Planteado lo anterior, tratemos pues de encontrar la liga que une a la verdad con la ficción, a lo histórico con lo inventivo; a la cadena del tiempo con los sitios de la literatura... a los sucesos y los actores con sus imágenes en los espejos.

<sup>13</sup> *Ibidem*. Pág. 117.

<sup>14</sup> John D. Rutherford. *Op. cit.* Pág. 16.

<sup>15</sup> Hans-Georg Gadamer. *Verdad y método*. Trad. por Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Salamanca, Sígueme, 1988. Pág. 360.

## El contexto...

### Adiós Don Porfirio. ¡Viva la Revolución!

Termina el siglo XIX mexicano y el Porfiriato vive la inercia de la gloria que se esfuma, aquella de ideales positivistas y tecnología importada que hizo de la mancuerna del progreso y la ciencia un catecismo de patrones, en apariencia, socialmente homogeneizantes por los que el país se conducía bajo la batuta de mano dura del sempiterno General Díaz, el antiguo luchador liberal que había encanecido junto con el mucho polvo que acumulaban las condecoraciones autoasignadas que se amontonaban en el reducido espacio de su chaqueta militar, tanto como la palpable pobreza, desigualdad y poca permeabilidad de los beneficios de la cacareada modernidad que ya en el ámbito rural, ya en el de las ciudades, colisionaban entre sí crecientemente:

Pero la "evolución social" de México y su principal "ensueño", "la aparición de una industria nacional", tenía un precio, el de las luchas obreras, que todavía no se pagaba. Pues si bien es cierto que desde mediados del siglo XIX "la cuestión social" se hizo patente, sus manifestaciones más graves tuvieron lugar en el campo, cuya lejanía y desamparo apagaron un tanto sus resonancias.<sup>16</sup>

Entonces, la "poca política y mucha administración", receta que el régimen se empeñó en prescribir a sus gobernados entre 1877 y 1911, perdió sentido cuando los estratos de orden político, económico y social no encontraron más en la autoridad instituida el mecanismo de confianza y balance de los contrastes propios de cualquier nación, sino a un propulsor de polarizaciones múltiples o, en el mejor de los casos, a un actor rebasado u omiso.

La clave era el descontento mayoritario que por años se alimentó, frente a una dinámica insostenible de mínimos y máximos: entre una élite vetusta que monopolizaba el poder del Estado y grupos nacientes en pugna por participar de éste; entre un puñado de ricas familias de pompa y abolengo y millones de sin nombres en la pobreza o la indigencia

<sup>16</sup> Eduardo Blanquel. "Una sociedad se agita", en Miguel León-Portilla (coordinador). *Historia de México*. 12 vols. México, Salvat, 1978. Vol. X. Pág. 2349.

plena; entre patronos nacionales o extranjeros que explotaban a trabajadores, obreros y mineros; entre hacendados con fuste alzado y derecho de pernada vigente y campesinos obedientes a tal superioridad; y en medio de todo ello, por supuesto, un relevo generacional extensivo a todo el país y la misma clase intelectual que la fórmula educativa comtecaña había producido, erigida en inevitable crítica de su rededor:

Venciendo poco a poco tales obstáculos, fue surgiendo una nueva generación de jóvenes que en la escuela obtuvieron sus títulos de abogados, médicos o ingenieros, y sentían la necesidad de hacerse presentes; abrirse paso; destacarse en la vida pública del país. Apetecían puestos en la burocracia oficial, el parlamento, la Judicatura, en la enseñanza o el periodismo; pero los encontraban ocupados desde un tiempo que parecía inmemorial por viejos, y por unos viejos que vivían mucho más de la cuenta. Los jóvenes no advertían que los puestos eran pocos aun dentro del gobierno y menos todavía los que entonces podía ofrecer lo que hoy se llama la iniciativa privada. Sentían, en suma, que la sociedad mexicana estaba toda ella petrificada, y que a menos de sacudirla ellos mismos para renovarla, no tendrían más cabida en ella.<sup>17</sup>

Este muestrario de disparidades, desde luego, tenía repercusiones en la mujer y su función social, puesto que las distinciones y rangos de los varios prototipos femeninos entraban en contradicción al interior de y entre ellos mismos, generándose diferentes versiones de aquello a lo que la mujer debería aspirar a ser, aunque coincidiendo las más en ciertas características.

Las provincianas como mujeres de Iglesia y casa, repletas de hijos y partícipes torales del trabajo de la siembra y la cosecha, eran presas de la religiosidad católica y del dominio del hombre en todos sentidos, mientras que las féminas de la Ciudad de México iban del modelo cosmopolita con aspiraciones europeas, ciertos alcances intelectuales (la lectura de novelas rosas y manuales de modales) y actividades comunitarias de divertimento o caridad, a las madres como gozne de los núcleos familiares, auxilio en los negocios del esposo o incluso involucradas de plano en comercios de comida o legumbres, “aceptables”

<sup>17</sup> Daniel Cosío Villegas. “El tramo moderno”, en Alejandra Moreno Toscano, Ignacio Bernal y otros. *Historia mínima de México*. 2ª ed. México, El Colegio de México, 2000. Pág. 134.

en su condición, sin faltar las pocas jóvenes implicadas en el magisterio, las artes y otros oficios que las acercaban al conocimiento y les resultarían refrescantes pero, mayormente, sin derruir la supremacía de la figura masculina y de los valores eclesiásticos, que se encontraban estrechamente vinculados a propalar toda una retahíla de prejuicios en torno al saber más allá de lo permitido escolar o laboralmente para una mujer (son “cosas mundanas” o “del diablo”, solía decirse), al auspiciamiento de la armonía hogareña a toda costa y al respeto al proveedor de la morada, al padre y al marido, hasta llegar al hermano y al hijo en modo descendente, guardando castidad y docilidad:

La imagen de lo que significó modernidad para la mujer en el fin de siglo mexicano resulta contradictoria, pues tan moderna era la idea de la instrucción como la de la sumisión de la mujer; moderna es la mujer de clase media, objeto de la capacitación en artes y oficios, como moderna es la pequeña burguesa para quien el ideal de sumisión doméstica y maternidad se presenta como la única alternativa en la vida.<sup>18</sup>

Sin embargo, convivían también en este tablero de piezas bien forjadas las impertinentes, las excluidas, las mal vistas. Eran aquellas mujeres que, sin hombre al lado, habiéndolo perdido o manteniendo con éste una relación de índole mercantil y/o amatoria (los proxenetas, los clientes), dedicaban su vida a la prostitución, al espectáculo, al vicio o, las menos, a la participación política o a trabajos masculinos, todas marcadas por la airada reprobación social. Fuera del marco de lo deseable estaban igualmente las suicidas, las que habían decidido quitarse la vida y eran objeto de los severos ojos de la moralina de la época, pero con diversa intencionalidad, siendo el fiel de la balanza la proximidad o no en la justificación de su inmolación alguno de los elementos de los ideales femeninos y su lazo con el sexo opuesto:

No deja de ser significativo que Sofia Ahumada, una obrera irreverente e insumisa, que reclamaba su derecho a suicidarse porque “se le daba la gana”, recibiera una

<sup>18</sup> Carmen Ramos Escandón. “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin del siglo mexicano, 1880-1910”, en Claudia Agosti y Elisa Speckman (editoras). *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Serie Historia Moderna y Contemporánea, 2001. Pág. 313.

reprimenda enérgica por parte de liberales y católicos, que asociaban su determinación con la indecencia y la falta de decoro, mientras que María Luisa Nocker, una muchacha criolla proveniente de sectores acomodados fuera objeto de un tratamiento formalmente más benigno, el cual sirvió sin embargo para identificar el problema de la defensa del orden y la moral, sólo que desde un ángulo ético muy distinto. [...] El caso de Sofía resultaba mucho más “reprobable”, en la medida en que su móvil era la desesperanza, mientras que uno de los aspectos positivos de María Luisa era su amor y admiración hacia un hombre destacado.<sup>19</sup>

Ahora bien, cuando a Porfirio Díaz le tomaron la palabra sus compatriotas lectores de la memorable entrevista concedida al periodista James Creelman para el *Pearson's Magazine* de Nueva York (luego reproducida en *El Imparcial*) en 1908, hablando de apertura y madurez para el cambio político en México, los irrefrenables reclamos en pro de la democracia hicieron efecto, y tras un encolerizado aferramiento e intentos de neutralización se consiguió la llegada de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez a la Primera Magistratura y vicepresidencia nacionales, provocando el exilio de Díaz en Francia, país modelo del régimen y de la más grande admiración de su jerifalte, quien bien diría a sus allegados antes de abordar el *Ypiranga*, buque que lo transportaría a su último destino: “Madero liberó al tigre... veamos si puede dominarlo.”<sup>20</sup> Cruda, corta, pero tan cierta fue esa frase como el “mátenlos en caliente” o “ese gallo quiere maíz”, acuñadas por Díaz como síntesis de su estilo personal de gobernar.

Era evidente que la sustitución de un grupo de dirigentes por otro (los ricos nortños que empezaron por exigir espacios políticos en sus entidades y acabaron en la capital, instalados en Palacio Nacional) era absolutamente insuficiente. Se necesitaban cambios en lo económico y lo social, en las relaciones de producción y explotación urbana y rural, en los derechos y las obligaciones de los ciudadanos, en la educación y la salud; en suma,

<sup>19</sup> Alberto del Castillo Roncoso. “Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la Ciudad de México. Las mujeres suicidas como protagonistas de la nota roja”, en Claudia Agosti y Elisa Speckman (editoras). *Op. cit.* Pág. 336.

<sup>20</sup> Enrique Krauze. Documental: “Francisco I. Madero: El místico de la libertad”, de la serie *Biografía del Poder*. México, Clio. Colección México Siglo XX, 1998. 43 min.

una sacudida, aquella que incubó el Maderismo sin desearlo bien a bien y que duraría cerca de una década: la Revolución Mexicana.

De este modo se sucederían la Decena Trágica, el infausto 22 de febrero de 1913 y el arribo espurio y restaurador de Victoriano Huerta, la sangre y la violencia inevitables para deponerlo y la lucha armada en que se implantaría la semilla del Estado mexicano contemporáneo; una lucha provista de los intereses y liderazgos de muchas partes de México, los cuales de un momento a otro coincidían y sumaban esfuerzos o resultaban en francos enemigos, como se corrobora con el “Primer Jefe de la Revolución”, Venustiano Carranza, inicialmente factor aglutinante en las batallas para defenestrar al usurpador, presidente de México y padre del nuevo orden institucional y, después, hombre traicionado y ultimado al calor de las disputas por un poder que tardó años en consolidarse.

Así, a los nombres ya famosos de Francisco Villa y Emiliano Zapata se agregaron otros: Álvaro Obregón y Pesqueira, Diéguez, Hill o Pablo González, Amaro, Gertrudis Sánchez y Rómulo Figueroa. Unidos todos y con victorias como las de Torreón, Orendáin o Tepic, pronto agotarían la resistencia de Huerta, quien, después de cometer numerosos crímenes y envolver al país en graves conflictos internacionales, abandonó definitivamente la presidencia en julio de 1914.<sup>21</sup>

En tanto que los grupos revolucionarios iban por la conquista del país y los acuerdos políticos para el cumplimiento de sus peticiones, la condición de la mujer y las relaciones familiares sufrían modificaciones dramáticas sólo explicables en el panorama de una guerra que costó millones de muertos y que significaba adoptar un estilo de vida itinerante, a donde las estrategias militares y el destino decidieran el campo de batalla y, en consecuencia, la presencia de los combatientes.

Esta situación afectó claramente a las comunidades campesinas. En México, un país eminentemente rural a pesar de los esfuerzos industrializadores del Porfiriato, se encontraba

---

<sup>21</sup> Un balance de esta etapa lo encontramos en: John M. Hart. *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*. Trad. por Manuel Arbolí. México, Alianza. Serie Raíces y Razones, 1990. 574 págs.

en la parcela, en los ranchos, a gran parte de la población, organizada a través de la fórmula tradicional del padre, la madre y los hijos, dedicados todos al negocio del cultivo, pero generalmente bajo las órdenes de los hacendados, propietarios de inmensas extensiones de tierra que supeditaban el trabajo a aceptar jornadas abusivas, tratos infames y pagos nimios.

Entonces, al empezar las revueltas para revelarse de tal estado de cosas, la movilización agraria fue fundamental en su éxito, y ello significó el traslado de las mujeres junto con sus esposos e hijos, en una lógica que respondía a la inflexible persuasión de que el sino del hombre es brújula de la mujer y la prole entera, amén de que la forma de subsistencia en lo futuro estaría zanjada por los azarosos encuentros con bienes, víveres y recursos producto de los asaltos y conquistas alcanzadas entre las facciones en disputa.

Ejemplo de lo anterior son las huestes de Emiliano Zapata, pero la misma circunstancia campeó entre los bandoleros de Francisco Villa y los soldados de los destacamentos militares, por citar los casos más conocidos, llevando los más de los varones del sur, el centro y el norte del país, de las ciudades y los campos, a sus familias a lugares colindantes a donde se libraban los encuentros, procurando su protección, aunque, frente a la más mínima oportunidad para vencer y el estrépito de las balas, tal seguridad no era siempre posible, participando inclusive activamente las mujeres en las contiendas armadas y demostrando que su inserción en la historia que entonces se entretejía era también protagónica:

Las mujeres se distinguieron en el proceso revolucionario abierto con la caída de Porfirio Díaz en 1911. Las campesinas, especialmente las indígenas y mestizas, lucharon por el derecho a reconquistar las tierras que les habían arrebatado los blancos. [...] Las mujeres participaron en forma masiva en la Revolución Mexicana. Junto a Emiliano Zapata, el gran líder agrarista, combatió “La China”, dirigiendo un batallón integrado por viudas, hijas y hermanas de los campesinos.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Luis Vitale. *Historia y sociología de la mujer latinoamericana*. Barcelona, Fontanamara, 1981. Págs. 43 y 48.

Huelga decir que otras tantas consortes e hijas no corrieron con la misma suerte y hubieron de lidiar solas en el contexto de la Revolución, al irse esposos, padres, vástagos y hermanos a la aventura que, además de la lejanía, significaba el olvido y la formación de nuevas familias en los lugares que recorrían. En el mismo tenor, el número de madres solteras y viudas que perdían a sus hombres en las lizas fue creciente, como los modos de mantenerse que proliferaron. Desde el alquiler del cuerpo hasta la inminencia de encontrar marido para tener a quien amar y de quien recibir, todo esto da cuenta de un “desahogo” de los cánones morales y la necesidad de arreglárselas en un ambiente hostil que se prolongó por años. En cualquier caso, las mujeres eran las encargadas del alimento y la ropa de todos, de la educación de los hijos y la curación de las heridas de los muchos mutilados que día con día arrojaban los ataques, además, claro, de cumplir con sus tareas sexuales, tanto en las zonas de acampamiento como en los cuarteles o donde reinara la tranquilidad.

Así que no todas las féminas se vieron afectadas de la misma manera, pues las afortunadas señoras y retoños de conspicuas dinastías pudieron escapar con sus esposos y demás familia al exilio europeo o a los Estados Unidos para seguir el ejemplo del venerado Don Porfirio, expectantes del éxito de la aventura de Huerta y, después de su fracaso, del momento en que la paz al fin perseverara para vestir aquí, en un principio, de luto cada 20 de noviembre. Empero, salvo un puñado de miembros de la otrora casta gobernante y rica del país, para quienes la huida fue un permanente paseo de vacaciones, muchos de los que dejaron México debieron vivir la dura adaptación a patrias ajenas, con recursos económicos que se esfumaban (pues se perdieron o incendiaron junto con la certidumbre nacional) y la añoranza por el terruño abandonado:

El año de 1913 comenzó con un movimiento para la familia Díaz. Hacía tiempo que Carmelita planeaba realizar con el general un viaje por Egipto. El viaje a los países de Levante fue por muchos años un viaje de rigor entre quienes contaban con los recursos necesarios para realizarlo. Carmelita comentó los detalles de su viaje con Pedro Corcuera, el marido de Guadalupe Mier [...] Así pues, en los primeros días de enero salió de París en



tren al lado de don Porfirio, acompañada como siempre de sus dos hermanas, Sofía y María Luisa.<sup>23</sup>

## De entre las cenizas

En la arena político-militar, conforme pasaba el tiempo e iba quedando clara la premura de encausar las distintas demandas de los grupos en oposición para dar paso a la reorganización nacional, la cual superara los desastres inherentes a la conflagración revolucionaria y abordara la compostura de la economía e infraestructura devastadas haciendo viable la reconciliación, que se palpaba ya muy sensiblemente exigida por la población, el General Carranza desde la presidencia empujó la erección del Congreso Constituyente de Querétaro, en 1916, dando como resultado, un año después, una nueva Carta Magna, la más vanguardista hasta entonces conocida en el mundo, considerando amplios derechos de tipo social que se extendían a la educación, la propiedad de la tierra y las relaciones laborales.

En resumen, fue un esfuerzo por reunir las más sobresalientes solicitudes de los mexicanos para iniciar el abatimiento de las imperiosas necesidades que por siglos se venían acumulando y que debían ser satisfechas mediante una renovado armazón gubernamental, mismo que la Ley Fundamental contemplaba también: “La voluntad popular se había fijado en la Constitución y de ésta había pasado al Estado, de manera que la voluntad del Estado era al mismo tiempo la voluntad del pueblo.”<sup>24</sup>

Pero, ¿Cómo repercutió puntualmente en las mujeres esta nueva etapa del proceso revolucionario? Lo primero por acotar es el despertar político femenino que, aunque restringido, tuvo uno de sus primeros acentos en el Estado de Yucatán, bajo el mandato del gobernador Salvador Alvarado, quien buscó extender la instrucción a adolescentes y adultas, creándoles conjuntamente empleos adecuados bajo fórmulas que les permitieran seguir cumpliendo sus roles de esposas y madres. En este ambiente:

---

<sup>23</sup> Carlos Tello Díaz. *El exilio. Un relato de familia*. 18ª ed. México, Cal y Arena, 2001. Pág. 38.

<sup>24</sup> Arnaldo Córdova. *La ideología de la Revolución Mexicana*. 11ª ed. México, Era, 1983. Pág. 247.

[Las mujeres] se organizaron para combatir por sus derechos, celebrando en Mérida, capital de Yucatán, el Primer Congreso Feminista en enero de 1916, cuyas resoluciones transcribimos íntegramente dada la importancia política para esa época: [...] Considerando: que es un error social educar a la mujer para una sociedad que ya no existe, habituándola a que, como en la antigüedad, permanezca recluida en el hogar, el cual sólo abandona para asistir a los saraos y fiestas religiosas, y que no se la reivindica colocando sobre su tumba el epitafio romano: “cuidó de su casa y supo hilar la lana”, pues la vida activa de la evolución exige su concurso en la mayoría de las actividades humanas.<sup>25</sup>

En el caso de la Constitución de 1917, también hubo peticiones específicas de dotar a la mujer de prerrogativas antes impensadas, como la del sufragio, de la que se le tenía entenada al evaluársele, según los pobres conocimientos médicos y psicológicos del tiempo porfiriano, como intelectualmente inferior al hombre, incluso demasiado manejable por fuerzas y líneas de pensamiento que pudieran ir en contra de los intereses nacionales. Tristemente, tal escaparate de concepciones no había sufrido modificaciones bastantes en el lapso revolucionario, ante lo cual ni por mucho se dispó el convencimiento de que, luego de su indispensable participación en la gesta de 1910, la mujer debía estar primariamente avocada a la familia y, después, a actividades menores, dejando entonces al sexo masculino la dirección, en las urnas, del destino político del país.

Si bien los legisladores constitucionalistas estaban persuadidos de la inconveniencia del voto femenino, en cambio, se hallaron dispuestos a otorgar a las mujeres los demás derechos ciudadanos: el de ocupar cargos o comisiones públicas; el de asociarse con fines políticos; el de petición; y aun el de tomar las armas en defensa de la República (pero sin el más mínimo deseo de reconocérselos en los hechos, como se demostraría en los años siguientes):

El argumento central esgrimido por los constituyentes en contra del sufragio femenino fue la supuesta incapacidad y falta de educación de las mujeres para ser electoras y representantes populares. Detrás de esta argumentación estaba otro supuesto: que las mujeres, muy susceptibles a la influencia clerical, ejercerían su voto defendiendo

---

<sup>25</sup> Luis Vitale. *Op. cit.* Pág. 44.

posiciones conservadoras contrarias al espíritu liberal y anticlerical del gobierno; y, por lo tanto, podía justificarse su exclusión del derecho a sufragar en las urnas.<sup>26</sup>

El nuevo cartabón constitucional daría además cabida a otros elementos importantes para la mujer, tales como la diferenciación de sexos de forma explícita en el terreno laboral, elevando paralelamente a principio legal la igualdad salarial, así como la protección a la maternidad de las trabajadoras.

A estos escenarios jurídicos y sociales se adicionó la expedición por el gobierno revolucionario, también en 1917, de la Ley de Relaciones Familiares (luego prácticamente incorporada por entero al Código Civil de 1928), que regulaba conductas trascendentales para el género femenino en el terreno del derecho común, fijando la potestad de marido y mujer de decidir lo relativo al número de hijos, a su educación y a la administración de los bienes de éstos, así como la facultad de la cónyuge de resolver sobre los suyos propios, comparecer y defenderse en juicio, y a declarar un domicilio diferente al de su esposo. Añadidamente, se estableció el divorcio.

De este modo, el ámbito normativo aportó a la mujer armas para protegerse y controlar mejor su órbita, la familiar, lo cual si bien le adjudicaba un estatus más equitativo frente a su consorte, también la encasillaba en una situación de imperceptibilidad en lo político, condición casi intacta durante la primera mitad del siglo XX: “La ampliación del poder de las mujeres en la esfera privada, consignada legalmente, conllevaba al fortalecimiento de la noción de que las actividades de la esfera doméstica son prioritarias en la vida de las mujeres.”<sup>27</sup>

Habrían de ser, las siguientes, décadas en las que volvió intermitente y luego definitivamente la paz al país y se alcanzó una ascendente mejora en el nivel de vida en casi todo México, pero en las que la presencia de mujeres legisladoras o presidentas municipales

---

<sup>26</sup> Gabriela Cano. “Revolución, feminismo y ciudadanía en México (1915-1940)”, en Georges Duby y Michelle Perrot (coordinadores). *Historia de las mujeres en Occidente*. Trad. por Marco Aurelio Galmarini. 5 tomos. Madrid, Taurus, 1993. Tomo V. Pág. 687.

<sup>27</sup> *Ibidem*. Pág. 688.

(ni pensar en algo más allá) era, inicialmente, un sueño cándido del que las atrevidas (como las aspirantes a una curul en la Cámara Baja: Hermilia Galindo, en 1918; Elvia Carrillo Puerto, en 1926; y Refugio García, en 1937) despertaban con triunfos no concedidos y un “dedíquese a su casa” implícito de la autoridad electoral, y más adelante una colección de casos aislados (Aurora Jiménez de Palacios, la primera diputada federal, en 1952; Alicia Arellano y María Lavalle Urbina, electas como inaugurales senadoras, en 1964). Tal estado de cosas apenas y empezó a modificarse notoriamente en los años setenta.

Ahora bien, ante el reconocimiento de los diversos derechos destacados en 1917 es de obviedad decir que, pese a las buenas intenciones, el llano surgimiento de una ley (y más cuando ostentó el peso de la refundación nacional) no representaba el botón mágico por el que las circunstancias y las conductas cambiarían. La Constitución era el resultado más acabado en cuanto a la concentración de las aspiraciones del ser nacional (no sin los reclamos de aquellos a quienes les pareció demasiado liberal y peligrosa -el propio Carranza-, o restrictiva y excluyente -Zapata y Villa-), pero el reto siguiente era el más complicado y culminante: hacerla realidad.

Por ello, hay que entender que con los planos definitivos sobre la mesa, muchos arquitectos pelearían por concretar tal proyecto, no sólo por considerarse los más aptos para esa misión, sino por el pago jugoso que significaba el que ellos y sus grupos edificaran el moderno Estado mexicano. No en vano fueron las traiciones y el exterminio los que acompañaron al país más allá de la celebración de la Convención de Querétaro y hasta finales de los años veinte, al tomar forma y aceitarse los mecanismos políticos y sociales que harían funcionar cual maquinaria perfecta, por muchos años, el sistema de poder en México.

Como antes lo señalamos, la muerte de Venustiano Carranza, el caudillo de Cuatro Ciénegas, Coahuila; el hombre de catalejos ahumados y barba casi bíblica; el más visionario que, contra viento y marea, muchas veces contra sí mismo, sacó adelante la Constitución, pues tenía idea de la magnitud de dar ese paso para iniciar el peregrinaje hacia instituciones fortalecidas, pagó la factura del desgaste por tan sinuoso alumbramiento, pues fue perdiendo, uno a uno, los apoyos en el camino al desarrollar su gestión: Zapata,

Villa, y finalmente la triada Obregón-Calles-De la Huerta. La cuerda se reventó en 1920 en Tlaxcalantongo, Puebla, cuando rumbo a Veracruz, donde trataba de poner a salvo los poderes legítimos (como algún día lo hizo Juárez), su intención por meses de incidir en la sucesión presidencial y heredar la banda tricolor al embajador de México en Estados Unidos, Ignacio Bonillas (un civil, como lo deseaba para amainar el asfixiante militarismo en las cúpulas decisorias), se topó con el fin último del Plan de Agua Prieta. Asesinarlo:

Martín Luis Guzmán encontró el adjetivo perfecto para calificar el fin de Venustiano Carranza: ineluctable. No era sólo el repudio general a *Flor de Té* [Bonillas, bautizado así por venir del extranjero] o la estrella ascendente de Obregón y su grupo. Bien vista, aquella era la última de una serie de derrotas que habían comenzado mucho antes: en el Congreso Constituyente de Querétaro. Nuevas generaciones tocaban ruidosamente a las puertas del poder. ¿Cómo detenerlas? ¿Cómo convencerlas de que una vez más, como en 1911, 1913 o 1915, el viejo patriarca tenía toda la razón? Imposible. Carranza lo entendió bien pero no cedió: representaba la legalidad.<sup>28</sup>

Ultimado Carranza, el proceso de continuidad en el ánimo de apaciguar al país quedó en manos de esas “nuevas generaciones” castrenses que, haciendo frente al gris panorama de destrucción, también buscaban asegurar el timón para sí, al producirse los tirones por la presidencia de la República, las gubernaturas y demás suculentas carteras, aunque con métodos contradictorios a los de concordia que habían trazado para la sociedad: con levantamientos y muerte. Con este guión en marcha, se fueron aniquilando o neutralizando unas a otras las figuras más sobresalientes del movimiento armado, tanto en lo local como en lo nacional. Como ejemplos, Emiliano Zapata fue acribillado desde 1919, e igual destino conocería Francisco Villa en 1923, en paralelo a la derrota y exilio, ese mismo año, del ex presidente provisional Adolfo de la Huerta, en su intento por volver a ocupar la apetecida silla del águila.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Enrique Krauze. *Venustiano Carranza. Puente entre siglos*. México, Fondo de Cultura Económica. Serie Biografía del Poder no. 5, 1987. Págs. 152 y 153.

<sup>29</sup> John W. F. Dulles. *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*. Trad. por Julio Zapata. México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Págs. 11 a 63.

Así, durante los años veinte, dos periodos presidenciales serían fundamentales para el apuntalamiento del Estado mexicano y su futuro: el de Álvaro Obregón (1920-1924) y Plutarco Elías Calles (1924-1928), privilegiando ambos el ajuste de las cuentas nacionales; alentando la inversión privada, la educación, la recomposición de relaciones con el exterior y la organización obrera y campesina; atendiendo el embrollo del reparto agrario; apagando los fuegos que los generales insurrectos atizaban aún en distintas zonas del país; y buscando la manera de hacer permanente su dominio desde el mayor pináculo político, queriendo y no aceptar que aquel patrón porfirista, el de la eternización con buqué de dictadura, regía sus mentes. Era, ésta, una atmósfera de oportunismo y paradojas, la misma que los autores del momento empezaron a recuperar en sus obras como reflejo de una realidad que en lo oficial se disfrazaba de patriotismo y pesada carga, pero que la literatura transparentaba:

Ahora bien, frente a los revolucionarios surgidos del pueblo, los novelistas de la Revolución presentan un segundo tipo; aquel que, a modo de camaleón, va adaptándose a los cambios hasta hacerse dueño de la situación y poder cobrar así los “sacrificios” de su vida revolucionaria. Se trata de hombres más preparados, capaces de expresar los ideales que los otros sienten vagamente, pero sin creer en ellos, y dispuestos a creer en ellos cuando resulte conveniente.<sup>30</sup>

Pero estruendos pospuestos retumbarían a mediados y finales de la década. El presidente Calles hubo de librar la Guerra Cristera, producto del “jacobinismo” que, a juicio del clero, lastimado en la Revolución, contenían varios artículos de la Constitución de 1917 relativos a la libertad de culto, a la situación jurídica de la Iglesia y a su disociación del sistema educativo. Envueltos en tales quejas, los sacerdotes explotaron la religiosidad de un pueblo intensamente católico, lo cual, junto a la intransigencia de Calles y gobernadores sureños como Tomás Garrido Canabal que proscribieron los templos, respaldaron legislaciones provocativas y expulsaron clérigos del país, precipitó de nuevo las detonaciones y el derramamiento de sangre, en que pocos, muy pocos fueron los dirigentes políticos o eclesiásticos que murieron, y si muchísimos mexicanos de a pie movidos por su fe: en Dios o en su inexistencia. El fin de esta reyerta estéril llegaría en 1929, con la reapertura de los

<sup>30</sup> Elsa Cecilia Frost. “La novela de la Revolución Mexicana”, en Miguel León Portilla (coordinador). *Op. cit.* Vol. XI. Pág. 2624.

recintos de rezo y la derogación de las leyes excesivas y las persecuciones, aunque la enseñanza y la lejanía de los asuntos del más allá de los terrenales se mantuvieron incólumes.

Por otro lado Obregón, “retirado” de la actividad pública en su rancho de Cajeme, gestionó con la permisividad de Calles modificaciones a la Carta Magna a través de sus numerosos adictos en el Congreso, quienes en su conjunto autorizaron la temida reelección presidencial, premisa *sine qua non* del desplome del antiguo régimen. Vuelto a la carga, se lanzó en pos de un mandato más, dejando en el camino las intenciones y oposición de los militares Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez de la manera acostumbrada: liquidándolos, exactamente como lo haría con él, ya ganador de los comicios, el caricaturista cristero José de León Toral en el restaurante “La Bombilla” de San Ángel, bajo la influencia de la después redimida Concepción Acevedo de la Llata, la Madre Conchita, en 1928. De nuevo la inestabilidad, otra vez muerte tras muerte en aras del control en las alturas y la política vuelta el escenario de lo inesperado. Por si algo faltara, el *crack* bursátil de 1929 en los Estados Unidos y el esparcimiento, por ende, de una crisis económica mundial, empedrarían aún más el recorrido a la franca recuperación nacional.<sup>31</sup>

## Reinventando las formas

Es en las intrincadas jornadas del magnicidio del Manco de Celaya en que Plutarco Elias Calles, genio político consumado, reconoce una ventana de oportunidad y toma decisiones de primerísimo alcance. Era tiempo ya de unificar a todas esas grandes y pequeñas centrales agrarias y de trabajadores, a los grupos de toque regional y causas aisladas y, quizá lo más importante, hacer entender a los jefes y caciques heredados y desperdigados del movimiento armado que resultaba mejor compartir el poder que matar o morir para poseerlo, y lanza la convocatoria, en 1929, para la conformación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecedente del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1938 y del Partido Revolucionario Institucional, el PRI de nuestros días, en 1947: “De esa manera, y sin proponérselo, José de León Toral, al cancelar la posibilidad de que el caudillo

<sup>31</sup> John W. F. Dulles. *Op. cit.* Págs. 303 a 350.

deviniera en dictador y se prolongara con ello la dominación carismática, abrió la posibilidad de que se transitara a la dominación legal o institucional.”<sup>32</sup>

Aun así, no todo sería miel sobre hojuelas; un débil candidato, el anodino ex representante de México en Alemania y Brasil y secretario de Gobernación de último minuto del interino Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio (alias El Nopalito -por “baboso”, según se recogía de las consejas de la época-), sería el primer postulado presidencial del partido del General Calles (si, “su” partido, el PNR del que el “Jefe Máximo de la Revolución” controló los hilos hasta 1935), en una campaña llena de errores, con la certeza pública de su dependencia al sonorenses y conteniendo con un personaje dotado de calidad moral, intelectual y reconocimiento por sus tareas educativas, José Vasconcelos, quien a pesar de recibir un patente apoyo de la sociedad y generar una corriente de lucha destacada, fue la primera víctima de los pininos antidemocráticos peenerristas, los que serían perfeccionados por el PRM y el PRI soberbiamente. Ortiz Rubio “ganó” las elecciones (con el mal vaticinio encima de un atentado contra su vida saliendo de la ceremonia de toma de posesión) y Calles gobernó detrás del trono con él (se sostuvo de 1930 a 1932) y sin él (Abelardo R. Rodríguez cubrió el bienio de 1932 a 1934, mientras se enriquecía), hasta topar con la horma de su zapato.

La llegada de Lázaro Cárdenas del Río a la Primera Magistratura (1934-1940) se tradujo en la debacle de Calles como mano que mecía la cuna de la política. General michoacano, ex gobernador de su entidad y otrora presidente del Nacional Revolucionario, de trato suave pero firmeza corroborada en sus decisiones, menos de un año toleró las intromisiones del Jefe Máximo, eliminando de su gabinete a todo aquel que oliera al poderoso hombre de Guaymas y confinándolo al exilio norteamericano hasta poco antes de su fallecimiento.

Con este paso, el gobierno de Cárdenas adquirió un brillo propio, sellado por la expropiación petrolera y la ferroviaria, el reparto agrario intensivo y la continuidad en el objetivo de fortalecer institucional y económicamente al país, pero con un incrementado

---

<sup>32</sup> Pedro Salmerón Sanguinés. “La fundación (1928-1933)”, en Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coordinadores). *El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000. Pág. 35.



asiento en las masas y el corporativismo, lo que se apreció en la estructuración sectorial obrera, campesina, burócrata y militar del remozado Partido de la Revolución Mexicana a finales de la década de los cuarenta: “De 1917 a 1940, México experimenta la organización del régimen populista, inventado y desarrollado como ideología y como estilo político durante la lucha armada sobre la base de la conciliación de las diversas clases sociales.”<sup>33</sup>

Siendo un sexenio atestado de radicalismos, el cardenista remató con el abanderamiento, otra vez, de un funcionario poco carismático y en demasía identificado por la gente con el presidente, quien al paso de sus hondas transformaciones había suscitado suficientes resentimientos en la naciente clase media. El secretario de Guerra y Marina, un militar-burócrata, Manuel Ávila Camacho, fue el elegido del PRM rumbo al Ejecutivo para los años de 1940 a 1946, y hubo de repetir los difíciles momentos de hacia una década en el relevo del poder, al pelear las elecciones con un desaforado de la familia revolucionaria y constituido en polo receptor de la reagrupada derecha mexicana (las castas y adalides sobrevivientes del Porfiriato, la Iglesia -molesta por la educación “socialista” de Cárdenas- y los excluidos de las bondades de la administración por cerrarse), el guerrerense Juan Andrew Almazán. Una vez más, la maquinaria del que empezaba a ser referido como el “partido oficial” hizo de las suyas y se agenció el sospechoso pero, al fin y al cabo, triunfo de Ávila Camacho.

En toda esta etapa, determinada por la progresiva vuelta al orden y a la regularidad, la mujer siguió dedicada al hogar, tanto en el campo como en la ciudad, pero encarando otras realidades y retos. En tal sentido, habría de ser el mayor apoyo de su marido, el combatiente campesino que tiene que barrer los años para que la justicia agraria le lance un rayo de luz y se confronte a la frustración de saber que nuevos hacendados, con otros nombres, pero dueños de vastos dominios rurales igual, los más productivos, fueron los beneficiarios de la Revolución. Así también, la mujer de provincia se encontró con la presencia idéntica de los problemas que circundaban antes su morada: la pobreza y la marginación, la carencia de instituciones para atender la salud de sus hijos y lograr una mejor subsistencia.

---

<sup>33</sup> Arnaldo Córdova. *Op. cit.* Pág. 262.

A su vez las ciudadinas, primordialmente pendientes de los suyos, enfrentaron desafíos y oportunidades catalizadas por la apretada situación económica y un cierto resquebrajamiento en lo discriminatorio que, en los hechos, había incentivado la polvareda revolucionaria. En consecuencia, el esfuerzo por industrializar al país representó la apertura de oficios que antes se encontraban casi por completo en manos de los hombres, y muchas obreras se incorporaron a la cadena productiva nacional, aunque con bajos salarios y una aplicación lenta y desinteresada de la codificación laboral que se desprendía del texto constitucional y que ya reconocía igualdad de condiciones por un lado, y derechos especiales por el otro, para la mujer en el trabajo.

En ambos casos, el mando familiar lo seguía teniendo el hombre, y la última palabra, los golpes y las infidelidades, las “casas chicas” continuaban siendo temas de necesaria tolerancia para las más de las féminas, aunque también en el contexto del hogar se prefiguraron variaciones de facto relativas a los saldos revolucionarios. En tales supuestos, muchas mujeres que se convirtieron en madres solteras, abandonadas o deudas por la muerte de sus parejas, debieron sacar solas adelante a sus vástagos y, de ese modo, reinventarse en cuanto a sus habilidades para obtener un salario y no esperar a las pensiones *post mortem* de los maridos caídos en armas, “entre 1920 y 1930, los pasos para hacer pagaderas las resarciciones a las dolientes viudas de los militares de la Revolución se convirtieron en un curso de tramitología para las siguientes generaciones de burócratas que el régimen perversamente engendraria.”<sup>34</sup> En esta época también se vivía ya un furor inocultable por viajar a los Estados Unidos para conseguir mejores oportunidades de empleo, con lo que el fenómeno de los “espaldas mojadas”, hombres por lo común que cruzan la frontera ilegalmente, dejó a muchas mujeres e hijos en franca desprotección.

Es, por cierto, en este trecho, que la educación pública fue una de las asignaturas más afortunadamente consideradas por el gobierno, y que conducida por el ya referido José Vasconcelos en el Obregonismo no sólo vio por que la escuela fuese para niños y niñas, sino que además dirigió su llamado a la mujer como responsable del proceso de enseñanza

---

<sup>34</sup> Ligia Freedman. “Las viudas de la Revolución Mexicana”, en *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*. México, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, no. 15, julio-diciembre de 1998. Pág. 91.

en todo el país, enorme encomienda con el fardo de un 90% de analfabetismo que México arrastraba desde el Porfiriato. Vasconcelos le reconoció valores identificados con la maternidad que convendría hacer parte de la proeza de la instrucción, tales como la moralidad, la sensibilidad, la espiritualidad y la entrega sacrificada, armas de doble filo que aun reivindicándole a la mujer un territorio profesional, no la separaron de su posición típica:

Si bien puede afirmarse que en el periodo vasconcelista las mujeres no alcanzaban iguales puestos que sus colegas hombres, sin embargo, su condición laboral y prestigio académico fue mejorado; el magisterio se reconoció como “espacio de la mujer”. [...] No había llegado el tiempo aún de considerar el valor intelectual femenino con independencia de su definición ancestral de madre.<sup>35</sup>

Pero si la Revolución sí tuvo un resultado inmediatamente efectivo en la conciencia femenina fue éste el de inculcar la raíz de la organización para la defensa de sus derechos, en todos los estratos y respecto de diversas motivaciones. A pesar de que estas expresiones no se desarrollaban en el grueso de las mujeres y el yugo masculino, junto con las preconcepciones aceptadas de su hechura natural para atender su casa, a su marido y a sus hijos (viendo su desempeño laboral como algo de caso extremo y limitado a ciertos empleos, aunque la realidad dictara lo contrario) seguían montadas homogéneamente en la dinámica social, la intuición de agrupación y de definición de causas específicas por las cuales perseverar también flotaba en el ambiente.

Entre 1920 y 1940, la lucha de las mujeres desde el oficialismo y la de las militantes o cercanas al Partido Comunista se encaminó a exponer sus demandas de clase y reivindicaciones de género. De hecho, el movimiento de mujeres ganó un llamativo crecimiento, llegándose a estimar que en el Frente Único Pro Derechos de la Mujer (FUPDM) se agrupaban más de 50 mil afiliadas. En la Ciudad de México, se reunieron el Primer Congreso Feminista de la Liga Panamericana de Mujeres (1923); el Congreso Liga de Mujeres Ibéricas y Panamericanas (1925); tres Congresos Nacionales de Obreras y

<sup>35</sup> Graciela Hierro. *De la domesticación a la educación de las mexicanas*. 5ª ed. México, Torres, 2002. Pág. 77.

Campeñas (1931, 1933 y 1934), además del Congreso sobre Prostitución (1934), y a partir de 1935, el FUPDM unificó a buena parte de las activistas feministas y presentó como su bandera más visible la exigencia del sufragio en las elecciones.

En los años sucesivos, los pedimentos se intensificaron en algunas áreas laborales, impulsando la creación del Departamento Autónomo de la Mujer en la Confederación Campesina Mexicana (CCM), y pugnando por el cumplimiento de la Ley Federal del Trabajo y la sindicalización de las obreras y empleadas del gobierno, así como por la instalación de salas de asistencia infantil anexas a los mercados:

Muchos fueron los logros de las mujeres en ese momento histórico en el camino de su formación personal. También en su desarrollo personal y político. Ellas lograron la apertura de puestos en la administración pública. La mejora de las condiciones de trabajo para las trabajadoras domésticas, etc.<sup>36</sup>

Tal grado de diligencia también fue visible en las controvertidas contiendas por la presidencia de la República de 1929 y 1940, ya antes explicadas. El apoyo a José Vasconcelos y los comités organizados para procurar y vigilar el voto en favor de Juan Andrew Almazán fueron parte importante de sus mecanismos de promoción y del éxito que éstos se anotaron, aunque no hallan llegado a buen puerto por las condiciones políticas de la época:

Resulta difícil valorar el peso real de la actividad política de las mujeres a lo largo de esas dos décadas de la historia de México, pues son escasos los estudios existentes sobre el tema. Sin embargo, es significativo que, aún cuando el derecho al sufragio femenino carecía de reconocimiento legal, hubo mujeres que, en la práctica, ejerciendo los derechos ciudadanos de agrupación y petición, actuaron como sujetos políticos y ocuparon un lugar en la vida pública de la nación.<sup>37</sup>

---

<sup>36</sup> *Ibidem*. Pág. 76.

<sup>37</sup> Gabriela Cano. *Op. cit.* Pág. 688.

Empero, era evidente que, a pesar de los esfuerzos, las riendas políticas seguirían por mucho tiempo en manos de los hombres, aunque la participación de la mujer en la administración pública empezó a engrosarse y, como ya lo hemos mencionado, su mayor presencia se desplegó en el terreno burocrático-sindical. Secretarías, recepcionistas, afanadoras y enfermeras encontraron así nichos de desarrollo en dependencias y departamentos, a la vez que la expansión comercial y ciudadana disparada desde la época de los cuarenta también cedió espacios a las mujeres: como peinatoras, dueñas de tiendas de abarrotes, de fondas y restaurantes, de comercios en las plazas, etc.

En el caso de los triunfantes revolucionarios, primero figurantes del PNR, luego del PRM y finalmente del PRI cerca de los cincuenta, siendo la nueva casta gobernante se encargaron de formar familias prominentes en que los apellidos, como con Don Porfirio, sí contaban. Se integraron así flamantes clanes influyentes y los Creel, los Limantour o los Corcuera rápidamente encontraron la manera de sonar bien junto a los Calles, los Ortiz Rubio o los Ávila Camacho, y con la autoridad y los recursos de los antes combatientes que ahora tomaban las grandes decisiones en México, se construyó encima de la prosapia y el abolengo de los antiguos enemigos la dorada clase alta nacional que tendría la mejor educación, viajes, ropa, comida y casas de lujo. Para formalizar estos lazos, la mujer fue esencial, pues era el tributo, la manera de conseguir el apelativo y reproducirlo. Más allá de sentimientos o emociones, eran asuntos de poder:

En efecto, vínculos sociales y estrategias de alianzas matrimoniales desempeñaron un papel relevante para que las familias notables ingresaran y permanecieran en la élite, tuvieran el control económico y preservaran estatus y riqueza. Pero además, siguiendo a C. Wright Mills en su definición de “los altos círculos” de la sociedad, estas familias desarrollaron una conciencia más o menos clara de sí mismas como clase social, por sus orígenes y educación análogos, por la afinidad de intereses económicos y por la red de conexiones familiares o amistosas que los llevaron a compartir los mismos espacios.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> Graziella Altamirano. *En la cima del poder. Elites mexicanas (1830-1930)*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999. Pág. 139.

Ya para el cuarto decenio del siglo XX, y más intensamente durante los gobiernos de Miguel Alemán Valdés (1946-1952), Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) y Adolfo López Mateos (1958-1964), la solidez financiera y política sería notablemente conquistada. Circunstancias tales como la Segunda Guerra Mundial, vivida en México bajo el mandato de Ávila Camacho, y la necesidad, en consecuencia, de que el país produjera sus propios bienes de consumo, junto con los muchos incentivos a la industria que el Alemanismo otorgó para modernizar varias de las regiones nacionales, administrando y perfeccionando tales procesos Ruiz Cortines y López Mateos, le dieron forma al “milagro mexicano”, y el dinamismo económico y social por la construcción de presas, de Ciudad Universitaria y de estructuras como el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE), así como la nacionalización de la industria eléctrica, se gozaban paralelamente a la vigorización de la uniformidad política, encajonada en un partido hegemónico compuesto de laberintos y escalafones que eran la vía prácticamente única para acceder a la actividad pública.

Sobre la mujer en este tiempo, no hay mejor manera de expresarnos que asomándonos a la vía de comunicación entonces más socorrida junto con la radio, es decir, al cine, que se dedicó a reproducir imágenes tanto de la realidad como aspiracionales de las féminas y su entorno:

Esta burbuja herméticamente cerrada se finca en el matrimonio y se llama “hogar”. Es más que una casa, porque implica intimidad, afecto y seguridad: es un espacio sagrado, pero laico. Al interior los roles están definidos con precisión: padre proveedor y madre nutricia, hijos obedientes. Cada uno de ellos debe contribuir a crear ese núcleo absoluto. Las dos funciones responden a dos arquetipos: el padre deviene estandarte de la legalidad y la cultura y la madre, de la naturaleza. Existe una lucha entre estos contendientes que, aunque velada, puede ser feroz.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> Julia Tuñón. “Las mujeres y sus lugares. La representación del comedor familiar y del camerino como metáforas del cuerpo en el cine mexicano de la edad de oro”, en *Nomadas*. Santiago, Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Universidad de Chile, no. 4, 2001, en: [uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/nomadas/n4/jtunon.html](http://uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/nomadas/n4/jtunon.html).

Así, el modelo de vida familiar seguía siendo el idóneo para las mujeres de la cada vez más extendida clase media, que de hijas de su casa pasaban a ser señoras de su casa, con maridos que salen a la oscura ciudad para obtener los recursos, en tanto que ellas lavan, secan, planchan, cocinan, van a misa y ven por la formación de los hijos. Sin embargo, el futuro pintaba diferente, ya que las niñas que en el apostolado vasconcelista comenzaron estudiando la primaria han mudado a adolescentes preparatorias o, incluso, a jóvenes universitarias presentes en los espacios que la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional constituyen. Muchas seguirán la línea educativa de las escuelas comerciales con carreras cortas o estudios en secretariado, y el bordado y el macramé quedaran poco a poco relegados; el divorcio, un tema tabú, es una salida que ya la ley prevé desde antes y que empieza a hacerse efectiva por iniciativa de las mismas mujeres, a pesar de la inherente reconversión de la sociedad:

El lugar que corresponde a la mujer mexicana en la sociedad en la segunda mitad del siglo XX abre ya la posibilidad de una existencia propia. [...] El trabajo femenino dentro del hogar, en la familia y en la comunidad ha fructificado. La madre que educa a sus hijos, la hermana que instruye a sus hermanas menores, se ha convertido en la maestra universitaria. La mujer que cuida a los niños y a los enfermos, en la enfermera. La que cree y practica la caridad, en la trabajadora social. La que media en los conflictos familiares, en la dirigente política. Paulatinamente, se ha ido consolidando la educación de las mujeres; se han ido profesionalizando las carreras femeninas, todas estas extensión de las labores domésticas.<sup>40</sup>

Además, ya desde el exiguo sosiego de la época obregonista, pero mucho más a partir del gobierno de Alemán, germinará un México de centros nocturnos y placeres, de desvelos, de oficios varios y prostitución más ostensible, resultado de la jauja que se percibe, primordialmente, en la capital del país, lo cual salía de los contornos de abnegación para la mujer, predominantemente aceptados en el repertorio de estándares sociales. De nuevo, los dueños de nuestro celuloide expusieron en sus salas tales horizontes:

---

<sup>40</sup> Graciela Hierro. *Op. cit.* Págs. 84 y 86.

Si el cine mexicano de la edad de oro destaca el peso de la familia, particularmente durante el Avilacamachismo, el cabaret es un espacio privilegiado durante el Alemanismo y cubre un papel medular en las tramas. Es el espacio donde se desarrolla una vida ambigua, donde las certezas se disuelven, donde los protagonistas (y los espectadores, por identificación) se muestran expectantes ante el número musical de la *vedette*. El cabaret es el mundo de la prostitución y de los negocios sucios.<sup>41</sup>

Era, por cierto, usual tildar generalizadamente a las mujeres que laboraban a altas horas como “perdidas”, por un injusto rasero que no sólo omitía la especificidad del empleo de las cantantes, bailarinas, cigarreras, asistentes, guarda abrigos, meseras, cocineras y otras tantas actividades que reprodujo la ciudad de noche, por completo distintas al meretricio, sino también porque las señoras que acompañaban a sus maridos a disfrutar de los espectáculos de los cabarets, desde la comodidad de las sillas del público, emitían juicios de valor que refrendaban la idea de minusvalía moral de esas trabajadoras ante el género masculino.

Finalmente, un paso importante para las mujeres desde el punto de vista político fue el otorgamiento del voto. En 1947 se concretó la modificación de la Constitución para permitirle elegir en los comicios municipales, y el argumento entonces fue una exposición clara de la mentalidad de la época, “Miguel Alemán, siendo candidato del PRI a la presidencia de la República, se manifestó a favor del sufragio femenino a nivel municipal pues ‘la organización municipal es la que tiene más contacto con los intereses de la familia y la que debe más atención a las necesidades del hogar y la infancia’.”<sup>42</sup>

Sin embargo, sólo después de décadas de demandas fue que en 1953 se reconocieron los plenos derechos políticos de la mujer, y hasta 1954 que acudieron a las casillas a votar en elecciones federales, ello cuando el movimiento feminista había amainado luego de ser ignorado en su principal apelación, convirtiéndose así en una graciosa concesión del priísmo, que en 1952 creó la Dirección de Acción Femenil y desde ahí se arrogó una plataforma para impulsar a las mujeres a tener mayores actividades públicas y ocupar

<sup>41</sup> Julia Tuñón. *Op. cit.*

<sup>42</sup> Gabriela Cano. *Op. cit.* Pág. 694.



cargos de elección popular, en lo que no fue (ni deseo en verdad ser) nada eficaz pues, como páginas atrás se destaca, sólo un puñado y en intervalos bastante largos fueron las presentes en el Poder Legislativo u otro tipo de responsabilidades. Era la certeza de la élite gobernante de que la mujer no era débil mentalmente para ser “afectada” por nebulosas influencias lo que le dio la pauta para fomentar este cambio, amén de que su aparición activa en cada rincón del país era un hecho y no enfrentaba ya el partido tricolor oposición peligrosa alguna (la última en los años por venir, precisamente de ese 1952 encabezada por el General Miguel Henríquez Guzmán, fue fácilmente mitigada).

Llegarían así los años sesenta, tiempos de profundas evoluciones y revoluciones, unas más dolorosas que otras, unas más gratas que otras también, y en ellas el peso de la mujer tomaría por sorpresa a más de uno. Todo era resultado de la educación que rompía esquemas, y del avance social que iba lacerando al conservadurismo y a los prejuicios (que, no obstante, hoy siguen siendo parte de la mirada hacia lo femenino); pero esa, obviamente, es otra historia, la cual en otro momento valdría la pena disertar.

## ... Y los textos

### Agustín Yáñez y *Al filo del agua*

*Como los afectos, como los deseos, como los instintos,  
el miedo, los miedos asoman, agitan sus manos invisibles,  
como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas,  
en los ojos de las mujeres enlutadas y en sus pasos  
precipitados por la calle y en sus bocas contraídas.*

Agustín Yáñez. *Al filo del agua*.

Escritor de rico pensamiento, educador y político, Agustín Yáñez es considerado precursor de la novela mexicana moderna. Nacido en 1904 en el barrio del Santuario, en Guadalajara, tuvo sin embargo profundas raíces en Yahualica, Jalisco, lugar de origen de sus padres y que bien conoció desde la infancia, lo cual le dio el dominio para revestir varias de sus obras de ese ambiente ancestral y mítico que acompaña a nuestros pueblos, aunque sin despreciar las historias de ciudad y sus complejos personajes.

Jurista de profesión, a la par de su labor literaria desempeñó varios cargos públicos. De 1953 a 1959 gobernó Jalisco; de 1959 a 1962 fungió como consejero en Los Pinos y se le encomendó entre 1962 y 1964 la subsecretaría de la Presidencia; fue titular de Educación Pública en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz y entonces impulsó el servicio de orientación vocacional e introdujo la enseñanza por televisión. Ejerció además tareas diplomáticas, participando en 1960 como embajador en una misión especial ante el gobierno de Argentina y ese mismo año como cabeza de la delegación mexicana ante la XI Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Antes de morir, en 1980, fue en 1977 designado presidente de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, culminando así una carrera política plena.

*Archipiélago de mujeres* (1943); *Fichas mexicanas* (1945); *Yahualica* (1946); *La creación* (1959); *Ojerosa y pintada* (1960); *La tierra pródiga* (1960); *Las tierras flacas* (1962); y *Las vueltas del tiempo* (1975) son sólo unos cuantos títulos de entre su treintena de

producciones. Pero, sin duda, *Al filo del agua* (1947) será siempre su carta de presentación, como esmerada síntesis del forcejeo entre la tradición y el cambio de siglo en el México profundo: “Y entre estas fuerzas conservadoras y revolucionarias los hombres y las mujeres se debaten, tienen sueños intranquilos, aceptan el pecado y matan y huyen y enloquecen o continúan su vida, pero ahora con una conciencia de su frustración y sintiendo la carga de su duelo, ahogados en la penumbra morada, penitenciaria, que respiran.”<sup>43</sup>

### **Las que le temían a Dios**

*Al filo del agua*, retrato costumbrista de la provincia partiendo de los estertores del Porfiriato y terminado en el perturbado 1910, es una interesante novela que, de manera excepcional, nos invita a intimar con las particularidades de un país que en sus núcleos más recónditos estuvo y aún se encuentra plagado de usanzas, prejuicios, de un aroma a catolicismo y miedo, a cohibición y creencias que convierten en sus presas al tendero, al dueño de cantina, al hacendado, al jefe político, al ama de casa, a las viejas vírgenes, a las adolescentes... a la mujer.

Los trazos descriptivos en torno a las “mujeres enlutadas”, aquellas que abren la obra estrujantemente al conducirnos el autor a conocer el panorama general del poblado jalisciense en que se concretan los hechos, enuncian con mucho tino el papel que se esperaba que éstas desarrollaran social y personalmente, “las mujeres enlutadas llevan rítmica prisa, el rosario y el devocionario en las manos, o embarazadas las canastas de los mandados. Hieráticas. Breves, cortantes los saludos de obligación. Acaso en el atrio se detengan un poco a bisbisear, muy poco, cual temerosas.”<sup>44</sup> El lector sólo se pregunta, ¿Cuánto podrán soportar vivir así? ¿Cuándo flaquearán? ¿Cómo y con quién?

Esos días, en que tan sólo recibir una pálida epístola de amor era ya motivo de concupiscencia, son contados con el detalle que sólo artistas como Yáñez o Manuel Payno lograron, y que dan fiel cuenta de la tensión entre los sexos, con la idea del pecado inserta,

<sup>43</sup> José Luis Martínez. *Literatura mexicana. Siglo XX (1910-1949)*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Tercera serie de Lecturas Mexicanas no. 29, 1990. Pág. 216.

<sup>44</sup> Agustín Yáñez. *Al filo del agua*. México, Porrúa. Colección de Escritores Mexicanos no. 72, 2002. Pág. 9.

tan propia de la época, “Merceditas Toledo, celadora de la Doctrina e Hija de María recién recibida, no supo cómo llegó a sus manos esa carta. Cuando se dio cuenta de lo que se trataba, hizo intento de romperla [...] Si como ella lo encontró junto a su cama [el papel], discretamente caído, al volver del rosario, hubiera sido su mamá, sus hermanas, ¡horror!”<sup>45</sup>

Pero como lo dijimos antes, no todas las mujeres superarán las debilidades, y al escribir sobre esas tentaciones en que caen, descontinuoando la línea recta de la perfecta conducta ante Dios, de vida sobria, Yáñez borda sobre un elemento que si bien aquí se aplica a una joven embelesada por las luces de la ciudad y que debe regresar a su pedestre hacienda, es también una alusión a la repulsión por lo moderno, por lo nuevo, que obviamente es miedo a lo desconocido, y que más adelante en *Al filo del agua* se hace patente en referencia a Madero y a la Revolución. Así las cosas, la tía de Micaela se lamenta por el viaje de su sobrina, por “la sospecha de que por pensamiento, palabra u obra -esos teatros y cines, esos bailes, esos trenes y coches, esas tantas ocasiones y peligros de las capitales, que se le presentaban confusa, diabólicamente-, su sobrina pudiese haber manchado su alma”<sup>46</sup>, lo que ronda en su cabeza al haberla oído hablar: “Y ahora, que se pudran los vestidos, que se apolillen las sombrillas, porque no será bien visto que ande como la gente, ni que me polveé, ni que use corsé, vestidos caros [...] porque me criticarán hombres y mujeres.”<sup>47</sup>

Otro “error” más era el saber demasiado. Como si las vivencias relatadas en *El nombre de la rosa* de Umberto Eco hubieran sido marcadas por las escenas del texto en cuestión, aparece en la historia María, una de las sobrinas del cura Dionisio María Martínez, quien hojea para enterarse del mundo, “goza figurándose cómo será una ciudad: León, Aguascalientes, Guadalajara, Los Ángeles (donde vivió su padre), San Francisco (donde murió), Madrid, Barcelona, París, Nápoles, Roma [...] [pero] como no acierta a conocer lo que disguste a su tío, y han sido frecuentes, duras, las reprimendas por ese vicio, lee a hurtadillas”<sup>48</sup>, y es que “permanecer; evitar todo cambio, que amenazaría destruir un

<sup>45</sup> *Ibidem*. Págs. 25 y 26.

<sup>46</sup> *Ibidem*. Pág. 36.

<sup>47</sup> *Ibidem*. Pág. 34.

<sup>48</sup> *Ibidem*. Pág. 72.

equilibrio milagroso: éste es el deseo de la edad clásica. Son peligrosas las curiosidades que solicitan a un alma inquieta.”<sup>49</sup>

¿Cuál era entonces el modelo a seguir? Las figuras emblemáticas, abstraídas de la historia de la cofradía de las Hijas de María, son la contestación reveladora, como “Jovita Soto-belleza legendaria-, quién para librarse de asedios amorosos buscó en el hospital del contagio de la viruela, que vino a desfigurarla horrosamente; pero le permitió vivir en plenitud la vida de la asociación, a salvo de impertinencias”<sup>50</sup>, en oposición a Maclovia Ledesma, “que habiendo ingresado, de las primeras, a la Asociación, y habiéndose distinguido en los principios por su celo, resultó un día con que dejaba la cinta azul y la medalla de plata porque iba a casarse [...] el marido perdió tres cosechas año por año, una epizootia acabó con todo su ganado, se frustraron dos embarazos.”<sup>51</sup>

Y para concluir, ¿Qué le pasó a este pueblo al suceder de los años, con las mujeres que siguieron a pie juntillas los cánones del buen vivir? Sonando la música, las heridas femeninas sangraron como antes, como siempre, “en los corazones de quienes las desearon; vuelven a abrirse las inquietudes por mujeres mal casadas o de sospechosa felicidad; estallan las fistulas de solteras viejas, arrecia el dolor sordo de inminentes quedadas.”<sup>52</sup>

Será María, la que leía a escondidas de su tío el sacerdote, quien capitule con crudeza, “que nadie, nunca, en este pueblo ha sentido con pasión de amor -embeleso y locura, entrega sin reservas dolorosa y dichosa, contra todos los miedos y al impulso de todos los riesgos-; al amor heroico que inflama las páginas de los libros por ella consumidos, consumida por ellos”<sup>53</sup>, y será María también la que rompa con todo, y sumada a la Revolución gritará “¡Viva Madero!” como borracha, y que se iba a pelear por la justicia de los pobres; que llevaba cananas y carabina; que se quitó el vestido negro.”<sup>54</sup>...  
¡Habrased visto!

<sup>49</sup> *Ibidem*. Pág. 88.

<sup>50</sup> *Ibidem*. Pág. 226.

<sup>51</sup> *Ibidem*. Pág. 223.

<sup>52</sup> *Ibidem*. Pág. 311.

<sup>53</sup> *Ibidem*. Págs. 312 y 313.

<sup>54</sup> *Ibidem*. Pág. 383.

## Francisco L. Urquizo y *Tropa vieja*

*Los foquitos no se apagan, curiosean los bultos  
envueltos en los sarapes plomos de la tropa;  
oyen los ronquidos, los besos de las  
parejas entrepiernadas; ven, oyen y huelen  
lo que en otra parte daría vergüenza ver, oír y oler.*

Francisco L. Urquizo. *Tropa vieja*.

El “novelista del soldado”, Francisco L. Urquizo, nació en San Pedro de las Colinas, Coahuila, en 1891; radicado en su adolescencia en la Ciudad de México, estudió comercio y trabajó en el negocio de la agricultura al volver a su tierra, desde donde se adhirió a las fuerzas revolucionarias. Urquizo escribió 34 libros, todos proveídos de su capacidad de moldear con sencillez las ideas, cualidad no siempre presente en los autores. Incluso su texto indispensable, *Tropa vieja*, circuló en una edición popular de decenas de miles de ejemplares que se vendían en farmacias, puestos de periódicos, terminales de autobuses y misceláneas de pueblos pequeños. En opinión del polémico y reconocido Salvador Novo, se trata de la mejor novela de la Revolución Mexicana.

Los tópicos de sus composiciones rondaron cardinalmente los episodios revolucionarios, en donde sobresale *Tropa vieja*, al tomar como anécdota la historia de Espiridión Sifuentes, un infeliz que es llevado por la leva porfirista a las filas del Ejército, pormenorizando la realidad despiadada de los cuarteles y culminando con el golpe de Estado de 1913. “La obra literaria de Urquizo abarca el cuento corto y la narración novelada. Aunque ha escrito cuentos de ficción, los mejores son aquellos de carácter narrativo, bosquejos o memorias de sus días de revolucionario, que constituyen una valiosa fuente documental e histórica.”<sup>55</sup>

Hombre de confianza de Madero y de Carranza, acompañó en 1920 a éste en su travesía final, siendo de los que escaparon de la captura aquella noche en la sierra poblana, más no del exilio en España desde el gobierno obregonista, aprovechando ese tiempo para plasmar su estancia en Europa. Rescatado por Marte R. Gómez, retornó a México a mediados de los

<sup>55</sup> Carlos González Peña. *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. 13ª ed. México, Porrúa. Colección Sepan Cuántos no. 44. 1977. Pág. 303.

treinta y se aplicó a sus mejores habilidades: las de administrador y escritor, al fundar las oficinas federales de Hacienda e iniciar la aventura de *Tropa vieja*. Tal vuelta gloriosa la coronaron Lázaro Cárdenas, reintegrándolo al mundo castrense como general brigadier y jefe del Estado Mayor, y Manuel Ávila Camacho, al designarlo secretario de la Defensa Nacional en 1945. En 1967, dos años antes de perecer, el Senado de la República celebró su biografía con la Medalla Belisario Domínguez, impuesta en medio de cálidos discursos.

### **Las “chatas” y las balas**

*Tropa vieja* resguarda un interesante conjunto de experiencias que, como lo anuncia el epígrafe, nos conducen a olfatear, mirar y escuchar a los desventurados que ya sea por convicción (la minoría) o por obligación (los que quebraron la ley o fueron tomados en circunstancias amañadas que así lo hicieron parecer) resistieron cinco años al calor de la reacia formación militar en los momentos más intensos que puede vivir un Ejército: los de la guerra.

La humillación, la pérdida de la dignidad y del pensamiento propio, el hacinamiento y la exposición de la vida misma son sólo algunas de las constantes que asedian al protagonista, Espiridión Sifuentes, por haber tenido la peregrina idea de atiborrarse, a la par de su compadre Celedonio, de tacos de chicharrón y embriagarse con el mezcal que les hizo insultar al hacendado español que los explotaba en la Comarca Lagunera, todo esto en el peor de los contextos, el de la rebelión que exigía altas en el ámbito militar y en donde cualquier desdichado era bueno. Sobre lo que pasó con las mujeres en la historia de Espiridión, con las “viejas” revolucionarias en el México de entonces, versa lo siguiente.

Empecemos con la madre, dadora de vida y perpetua figura de sufrimiento que por jugadas de la suerte pierde a su Espiridión, pues se va a luchar con los federales, mientras que el hermano, con los insurrectos, también se encamina al destino del plomo. Casos como este pasaron ciertamente en la asonada que comenzó en 1910, “Mi madre pensaba con tristeza en el día en que nos fuéramos a encontrar los dos hermanos con las armas en la mano, cada

uno en diferente lado. Si las miserias y los sufrimientos no acababan con la vida de nuestra pobre viejecita, aquel dolor seguro se la iba a llevar al camposanto.”<sup>56</sup>

Así, estos hombres en catervas, desclavados del apego a la madre, no se resignan sin embargo a carecer del cariño de otras mujeres, y entonces el autor nos da la perspectiva de las relaciones maritales y sexuales que se fundan en condiciones de supervivencia tan particulares como las engendradas por la actividad bélica en los cuarteles de principios de siglo: “Mientras la tropa comía su rancho, y obedeciendo seguramente a un toque que dio el corneta de la guardia, salieron de las cuadras para la calle un chorro de viejas; seguramente se habían quedado allí adentro a pasar la noche con sus hombres.”<sup>57</sup> Pero este no era ni el único ni el más importante de los quehaceres que las compañeras de los soldados desempeñaban en la polvareda revolucionaria, pues trasladaban el hogar en lo más que sus posibilidades les permitían al lugar en que se hallaban sus parejas, por lo que, para los solteros, era indispensable conseguirse una, “-Tendremos que buscarnos viejas que nos traigan algo más de comer -dijo el mayor de los Villegas. -¿Y con qué fierros? -preguntó el menor. -¡Ah, Dios!, con lo que nos paguen, igual que los otros.”<sup>58</sup>

Siendo este el paisaje revolucionario, la mujer se vio sometida a la presión de un estilo de vida lleno de piedras, flanqueando a los maridos o arrejuntados, padres de sus hijos y dueños de su corazón. La hembra fiel debía cumplir con la tarea de acompañar al varón donde fuere y adaptarse, como es el caso de Juana con su Juan Carmona, quien cuenta sus avatares al recién instalarse en la tropa: “Conmigo se vino una muchacha de Pachuca que me tenía ley; me ha seguido desde entonces y acaba de salir de su cuidado [de parto] esta mañana: ella sola por aí, sin un doctor si quiera [...] Si no fuera por una vieja, también soldadera, puede que hasta se hubiera muerto.”<sup>59</sup> En esta misma Juana consta otra vertiente del sufrimiento femenino en la Revolución Mexicana: el perder a su criatura en medio de las balas de los enemigos, por correr alcanzándole los pasos a su hombre, “El niño estaba con la cabeza caída y las manos sueltas. -¿Pero qué es esto? -¿Qué? -¡Virgen santa! -¡Está

<sup>56</sup> Francisco L. Urquiza. *Tropa vieja*. México, Aguilar. Colección La Novela de la Revolución Mexicana. 2 tomos, 1962. Tomo II. Pág. 437.

<sup>57</sup> *Ibidem*. Pág. 384.

<sup>58</sup> *Ibidem*. Pág. 389.

<sup>59</sup> *Ibidem*. Pág. 401.



muerto! -¿Cómo? -¡Muerto! ¡Mira nomás su cabecita llena de sangre! -¿Muerto? Lo mataron de un tiro..., ¡Como si fuera un hombre...! -¡Hijos de su chingada madre!”<sup>60</sup>

Como se aprecia, el ambiente dejaba muy en claro que no había tiempo para romances largos ni conquistas fantásticas, amén de que tener a una fémina al lado a como de lugar aligeraba la pesadez del cruel día a día. De lo anterior, Urquiza nos da indicios al relatar el encuentro entre Espiridión y Micaela Chávez, mujer sin destino fijo con quien por suerte se topa en el tren en que viaja su regimiento y con la que pronto se acomode: “Yo ya estaba mirando y tentando, y me pareció muy pasaderita. Carne dura, güerejilla, con una cicatriz en la boca, como si siempre estuviera riendo, y un poco chata [...] -¿Cómo te llamas, chata? -Micaela Chávez, ¿y tú? -Espiridión Sifuentes. -¿Arreglados? -Arreglados. -Venga esa mano. -Ay’sta. Matrimonio arreglado a lo puro militar.”<sup>61</sup> Micaela haría las funciones de esposa, mensajera, enfermera, proveedora de marihuana, y se convertiría así en el bálsamo de Espiridión en sus difíciles experiencias, como la de ser herido en combate, “Nos llevaban a Torreón, en donde decían que había buen hospital, medicinas y médicos más considerados. En unos guayines con capacetes de lona nos apilaron a los enfermos: un oficial con una escuadra de soldados nos daba escolta y las viejas, como era costumbre, iban por tierra, junto con la tropa.”<sup>62</sup> Empero, el “amor” duró sólo lo que la ausencia de ganas de Micaela por cambiar de aires y de bando... muy poco.

Para concluir estas líneas es interesante rescatar, rumbo al final de *Tropa vieja*, el pensamiento de Espiridión, que hartado del fusil y el tambaleo expresa el deseo de muchos de aquellos que vieron derramarse tanta sangre y que, confundidos entre el Porfiriato, el Maderismo o el Huertismo, se sentían igualmente usados para una causa en absoluto ajena: “Y, después de todo, con ser tan grande la libertad se puede convertir en cualquier cosa: un techo para no mojarse con las lluvias y para cubrirse del sol, una mujer que se quiera, cualquier cosa de comer y una lumbre que arda y que caliente: con eso es suficiente y nada más.”<sup>63</sup> ... Las mujeres, vistas como “cualquier cosa”.

<sup>60</sup> *Ibidem*. Pág. 451.

<sup>61</sup> *Ibidem*. Pág. 415.

<sup>62</sup> *Ibidem*. Pág. 433.

<sup>63</sup> *Ibidem*. Pág. 475.

## Mariano Azuela y *Los de abajo*

-Pos nos iremos –exclamó Pancracio y dio un aullido-;  
pero lo que es yo ya no me voy solo...  
tengo mi amor y me lo llevo.

Mariano Azuela. *Los de abajo*.

Sin vacilaciones, Mariano Azuela es una de las grandes presencias de la literatura nacional, al ser reconocida su obra como punto de partida y estrella guía de las novelas abrevadas en la Revolución Mexicana. Vio la luz por vez primera en Lagos de Moreno, Jalisco, en 1873 y estudió medicina en Guadalajara, profesión que, sin imaginarlo, le expuso ante la carne viva del conflicto y le otorgó los mejores temas para su fértil vocación creadora.

A la caída de Francisco I. Madero se afilió a las tropas revolucionarias como galeno, y es entonces que su contacto con los grupos armados le permitió reunir experiencias y datos privilegiados para articular el cuadro realista e impactante de *Los de abajo*, en 1915, cuando se expatrió a la ciudad fronteriza de El Paso, Texas. Años después, al regresar a México, instaló un consultorio médico en la capital y sin abandonar su profesión siguió desarrollando su vena escriturística, por la que recibió el Premio Nacional de Literatura en 1949, que no únicamente respondía al valor de su novela más citada, sino a toda una vida puesta al servicio de las letras. Ya para 1907 había publicado *María Luisa*, luego *Los fracasados* (1908) y *Mala yerba* (1909), que exteriorizan la situación provinciana y rural, además de *Andrés Pérez, maderista* (1911), considerada la novela pionera de la Revolución.

La algarada caudalosa y teñida contra Victoriano Huerta y la espontaneidad con que los campesinos engrosaron las filas de ataque son los temas de su más famoso título, que detona una abundante producción narrativa sobre la Revolución y, como mayor acierto, la coloca en su verdadera dimensión, remachando sus alientos; activar, trastocar, derribar:

La característica sobresaliente de *Los de abajo* es el movimiento, y el movimiento es la rebelión contra una condición estática. Las tropas se mueven. A menudo sentimos que

andan de pasear, más que haberse puesto en marcha. Las mujeres caminan junto a ellos, guisan para ellos, se dedican al pillaje para ellos, pelean junto a ellos, padecen con ellos y retozan con ellos.<sup>64</sup>

Posteriormente, Azuela siguió ilustrando, con colores fuertes y a veces pesimistas, la hazaña revolucionaria en los medios políticos, agrarios y familiares hasta antes de su fallecimiento, en 1952, como en *Los caciques* (1917); *Las moscas* y *Las tribulaciones de una familia decente* (1918); *La luciérnaga* (1932); *Avanzada* (1940); *Nueva burguesía* (1941); *La marchanta* (1944); *La mujer domada* (1946); y *La maldición* (póstumamente, en 1955).

### **De lo femenino y lo revolucionario**

Lectura indispensable para sentir de cerca la Revolución Mexicana, *Los de abajo* tiene la virtud para nosotros, los historiadores, de haber sido vivida antes que escrita, en medio del combate entre las dos facciones conformadas a raíz de la derrota sobre Victoriano Huerta por un testigo de los hechos, el célebre Mariano Azuela. Como jefe del servicio médico, con el grado de teniente coronel, coexistió como pocos con los protagonistas y todo su entorno.

Durante los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, al resquebrajarse la cotidianidad, los límites entre los lugares y las tareas de los géneros se desdibujaron, en especial para las mujeres, que adquieren entonces un difícil reto, pues mientras han estado entregadas siempre al hogar, cuidando a los hijos, siendo esposas y compañeras, al encarar la guerra deben movilizar su labor tradicional a las proximidades del campo de batalla, entrar de lleno a éste, esperar eternamente la vuelta de sus hombres o cuidarse del ataque de los ajenos.

En *Los de abajo*, las mujeres son multifuncionales e importantes, si, pero jamás aquellas figuras de la meca cinematográfica encarnadas en las soldaderas bragadas y temerarias de María Félix o Dolores del Río, dirigidas por Emilio “El Indio” Fernández. Sólo son aquí,

<sup>64</sup> John S. Brushwood. *México en su novela (una nación en busca de su identidad)*. México, Fondo de Cultura Económica. Colección Breviarios no. 230, 1987. Pág. 316.

para los revolucionarios, entes sin mucha voluntad que necesitan cargar, propicias tanto para los pleitos por los celos que despiertan entre los varones de la tropa como para darle viabilidad a las duras jornadas de las primeras décadas del siglo pasado mexicano.

Entrando en ejemplos, el jefe revolucionario Demetrio Macías, al asumir el poder, hace lo mismo que el cacique de Moyahua al que tanto despreció y por el que se filtró a la “bola”, Don Mónico, pues tiene ya la facultad para violar y vejar, sólo que aquél lo realiza sobre su misma clase, como en el caso de Camila, la joven campesina: fea, ingenua, hacendosa, pasiva y tímida, “la muchacha es de rostro muy vulgar, pero en su voz había mucha dulzura, y a mí de que me cuadra una mujer...”<sup>65</sup> Si ella es la negación de la belleza, no deja de ser por eso la mujer objeto: es traída con engaños al batallón por Luis Cervantes, a quien de verdad ama, cuida al héroe herido y después de intimar con éste se resigna y acepta su destino, “pos es que ya le voy cobrando voluntá..., ¿lo cree?”<sup>66</sup>

Por otro lado, Azuela presenta a todas las mujeres bajo el mismo estereotipo en su proceder: vanidosas o ambiciosas, aun las de más bajo extracto, y siempre cayendo o elevándose según la suerte de su hombre, “¡Qué tonta! [Camila]... Mira, él te quiere mucho, no pierdas esta ocasión que no volverás a encontrar en toda tu vida [...] Muchos caballos, muchas alhajas, vestidos muy lujosos, casas elegantes y mucho dinero para gastar, ¡Imagínate lo que serías al lado de él!”<sup>67</sup>

En la misma actitud, otro personaje femenino en *Los de abajo* es La Pintada, que no es combatiente pero saca provecho de todas las situaciones, de todos los hombres. Como cualquier prostituta es dura, independiente, exenta de valores, sin sentimientos y complacida de ejercer su oficio, aunque en la obra de Azuela no es planteado abiertamente el asunto de sus faenas, “de carrillos teñidos de carmín, de cuello y brazos muy trigueños y de burdisimo continente [...] Ella, indiferente, siguió moviendo las piernas descubiertas,

<sup>65</sup> Mariano Azuela. *Los de abajo*. México, Fondo de Cultura Económica. Colección Popular no. 13, 1980. Pág. 96.

<sup>66</sup> *Ibidem*. Pág. 101.

<sup>67</sup> *Ibidem*. Pág. 38.

haciendo ostentación de sus medias azules. ¡Eh, Pintada! [...] Demetrio no pudo sostener la mirada furiosamente provocativa de la muchacha.”<sup>68</sup>

Otra mujer en la novela es la esposa del atañido Demetrio, quien ha sufrido un atropello verbal de los militares y un intento de violación en el que se interpone la estampa del titán que, con su sola presencia, hace desistir y huir a los agresores. La víctima irá a cobijarse a casa del suegro y así ciertas cónyuges, como la del rebelde Macías, bajo la sombra protectora de un hombre, asumen todas las responsabilidades con los vástagos y mantienen en pie la casa, labran la tierra, esperan y envejecen: “He decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita [...] Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago. ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido... o lo que sea? [...] Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya.”<sup>69</sup>

Ante esto, las pocas alusiones que el autor hace a la actuación de las mujeres como revolucionarias no son significativas en la obra. Se sabe de cierto que fueron indispensables para la gesta, al realizar operaciones de intercambio de información, vituallas y parque, además de movilizar y descargar las armas, defendiendo sus convicciones, así como que otras obtuvieron grados militares, pero las de este tipo no fueron aquí detalladas, “mujeres de tez aceitunada, ojos blanquecinos y dientes de marfil, con revólveres a la cintura, cananas apretadas de tiros cruzados sobre el pecho, grandes sombreros de palma a la cabeza, van y vienen como perros callejeros entre los grupos.”<sup>70</sup>

En conclusión, si bien Mariano Azuela no destaca en mucho el papel de la mujer guerrera, sí permite, por otro lado, reconocer el valor fundamental de las desposadas, queridas y damas de la vida galante como columnas de lo que parecería inocuo frente a la trascendencia de lo político entonces, el atender lo habitual (la alimentación, las creencias, el cariño, el sexo, las formas de comunicación, las curaciones, la representación que de sí mismas tenían, de la Revolución y de sus hombres), lo que conforma pues la “otra historia”, la que en bastante tiempo no fue tomada en cuenta y merece la pena rescatar.

<sup>68</sup> *Ibidem*. Págs. 89 y 90.

<sup>69</sup> *Ibidem*. Págs. 7 y 136.

<sup>70</sup> *Ibidem*. Pág. 75.

## Paco Ignacio Taibo II y *Sombra de la sombra*

*-Cualquiera hubiera ganado. La Revolución se perdió antes de que terminara. Se perdió cuando los generales grandes y chicos vieron que era mejor casarse con las hijas de los porfirianos que violarlas.*

Paco Ignacio Taibo II. *Sombra de la sombra.*

Desaliñado, con bigote, gafas de mucho aumento, un compulsivo vicio por fumar y la crítica siempre inteligente y aguda de la realidad en la punta de la lengua o en sus textos; escritor, periodista, director de revistas, historiador, político, profesor universitario y polemista ante todo... son sólo algunos de los datos para conocer a nuestro siguiente autor invitado: Francisco Ignacio Taibo Mahojo, mejor conocido como Paco Ignacio Taibo II.

De familia española, como él mismo lo es de nacimiento (Gijón, en 1949), su ascendencia le heredó una militancia de izquierda a toda prueba. Los abuelos y tios participaron desde la prensa, el contrabando y el combate frontal en la insurrección de 1934 y en la Guerra Civil de 1936, y luego su padre, el original Paco Ignacio Taibo, también hombre de letras, decidió marcharse con la prole de su patria en 1958 para instalarse en México, nación que siempre había acogido a los desterrados y disidentes de los regímenes aplastantes.

Desde joven, Taibo II se involucró en la actividad política a través de movimientos estudiantiles y sindicales, así como en la producción literaria. Más de 50 títulos publicados (novelas, ensayos, cuentos, tiras cómicas) en una veintena de países y en su haber premios como el Nacional de Historia del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en 1986 y el Francisco Javier Clavijero en 1987 por *Bolsheviquis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*, o el Bancarella en 1998 por *Ernesto Guevara, también conocido como el Ché* avalan su trayectoria, descollando infaliblemente su habilidad para enganchar momentos históricos con tramas ficticias de tipo policiaco, como ocurre con *Sombra de la sombra*, que por su horizonte temporal y esbozo de las situaciones resulta particularmente valiosa:

Paco Ignacio Taibo II eligió una época que a menudo es olvidada o considerada como marginal tanto por los historiadores como por los creadores de textos de ficción. Nos referimos al breve periodo de paz relativa que se presenta algún tiempo después de la toma del poder por Álvaro Obregón [...] Evidentemente, no es un periodo histórico especialmente llamativo para los novelistas, pues al contrario de lo que ocurría años antes y de nuevo ocurriría algún tiempo más tarde, la guerra abierta no imperaba en el país.<sup>71</sup>

### **La feminidad urbana en la *pax* obregonista**

Como arriba se advierte, *Sombra de la sombra*, novela con tintes detectivescos, es el motivo para que Paco Ignacio Taibo II recree la vida en la Ciudad de México en los no tan lejanos años veinte, más precisamente en 1922, cuando los sonorenses, capitaneados por el presidente Álvaro Obregón, ya llevaban algún tiempo adueñados del escenario político para acabar de construir las bisonías estructuras del nacionalismo revolucionario, con todas las complejidades que la innovación y la ambición entrañadas en tal oficio significaban.

El argumento, que alude al homicidio de un trombonista y de un coronel del Ejército que son hermanos, y que en su indagación envuelve a un grupo de amigos que juegan noche a noche dominó en el bar de un hotel ciudadano, termina por orientar la atención hacia un complot de Estado en el que gringos y autoridades son protagonistas y, en lo que a nosotros importa, a reflexiones y circunstancias en torno a mujeres que participan en la historia o en general de la época, las cuales, al ser descritas y contextualizadas, nos dan luz acerca de la perspectiva femenina en aquella etapa de la vida del país.

La capital de entonces, como se relata en el libro, fortificó sus diversiones más prohibidas cuando la Revolución concluyó y se guardaron, si no en las cajas fuertes, si más permanentemente en sus fundas las pistolas, por lo que burdeles y mujeres de la vida galante ejercieron su labor con más libertad, pero no exentas de problemas, generándose franjas específicas para sus tareas, “parece que quieren mudar la zona de tolerancia a la

<sup>71</sup> Arnulfo Eduardo Velasco. “La Historia y el dominó: sobre *Sombra de la sombra* de Paco Ignacio Taibo II”, en *Sincronía*. Jalisco, Departamento de Letras del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, no. 4, invierno de 2002, en: [sincronia.cucsh.udg.mx/velascoi202.htm](http://sincronia.cucsh.udg.mx/velascoi202.htm).

colonia La Bolsa, y que las damas y las propietarias de las casas de las calles Daniel Ruiz, del callejón de Pajaritos, de Cuauhtemotzin y Netzahualcóyotl quieren prórroga.”<sup>72</sup>

Las “dueñas de la noche” constituían un abanico que iba de “una abigarrada *troupe* de faldas revoloteando en las calles, sombreros de moda, abrigos, raídos chales y mantillas españolas que tuvieron mejores días [...] a las alegres coristas que no tenían prisa en quedar prendadas de un oficial o un tendero próspero, en vías de más próspero, de origen español.”<sup>73</sup> Cada una de estas féminas resguardaba una historia, que no pocas veces era trágica, como la de María de la Luz García, adolescente entregada a una abusiva regentadora que no la dejaba irse años después y de quien en un alegato judicial se revela: “fue inmolada en sacrificio en una fiesta dada a un pudiente personaje, y de allí, sin quererlo y sin poder huir, hipnotizada a sus quince años, vistió de seda y sirvió de manjar a los que pudieran pagar la tarifa de su matrona.”<sup>74</sup> Pero, en ánimo de franqueza, la misma mártir corrige en corto, “-No era para tanto, yo sólo quería irme, y aquella bruja no me dejaba. No tenía intenciones de dejar de acostarme con quien me apetezca.”<sup>75</sup>

En este mundo crudo, de cinismo y juerga, que además da lugar a chinas esclavizadas por las mafias de la calle de Dolores, “una mujer por tres vales de deudas del arrugado viejo que era mi padre”<sup>76</sup>, también había sitio para el romanticismo, para seducir a las enamoradas o regocijar a las hijas por la vía de los pensamientos y las palabras bellas (así fueran pagadas en especie), propias de una época en que la inocencia y la dureza se entreveraban: “Por cierto que los jamones no eran de Toluca sino de Tlaxcala, y el poeta los había recibido como recompensa por escribir un poema para los quince años de la hija de un hacendado de Santa Inés”<sup>77</sup>, cabiendo incluso la alabanza a las divas de una nueva industria, el cine, como “Fermín Valencia en la Alameda cuando éste escribía en una banca un apasionado acróstico a Lupe Vélez.”<sup>78</sup>

<sup>72</sup> Paco Ignacio Taibo II. *Sombra de la sombra*. México, Planeta, 2002. Pág. 16.

<sup>73</sup> *Ibidem*. Pág. 90.

<sup>74</sup> *Ibidem*. Pág. 91.

<sup>75</sup> *Ibidem*. Pág. 92.

<sup>76</sup> *Ibidem*. Pág. 145.

<sup>77</sup> *Ibidem*. Pág. 128.

<sup>78</sup> *Ibidem*. Pág. 123.



Entonces, encontramos a una parte de la sociedad, la de las mujeres en la fiesta tragicómica del sexo por dinero, joyas o comodidades, pero existían igualmente otras tantas comprometidas con la política, como Elena, que “había sido la única mujer presente en los congresos socialistas de Yucatán, y su paso por ellos se había reflejado en decretos sobre el divorcio, el trabajo de la mujer y el derecho femenino al voto”<sup>79</sup>, y las de las clases populares, que tenían al recato como pretensión, soñando con casarse y procrear cristianamente mientras gozaban de las tertulias de la recomposición posrevolucionaria, nutridas del estallido de los nuevos empleos, como lo expresa el personaje de Pioquinto Manterola, al que “le gustaban los rostros un poco serios de los trabajadores textiles, hombres y mujeres que tenían sonrisa tardía pero abierta, le gustaban las muchachitas de los talleres del Palacio de Hierro, las costureras de la Nueva Francia y las boneterías, los jóvenes obreros de la Ericcson, a medio camino entre proletarios y técnicos.”<sup>80</sup>

Para cerrar con este *collage* urbano, signo de diversidad, hay que contar a otras hembras, las de las élites, como las que se daban cita en las celebraciones de Matilde viuda de Roldán, la refinada aristócrata, quien “solía congregarse a una mezcla bastante estable de militares triunfantes, señoritas cultas [y] jóvenes estudiantes vasconcelistas que hablaban griego.”<sup>81</sup> En su esfera había lugar, sin embargo, para algunas mujeres reinventadas de su pasado espurio, como Conchita, la ex corista, que “por lo visto de bataclana había evolucionado socialmente para convertirse en secretaria de viuda rica”<sup>82</sup>, o psíquicas charlatanas, elementales entre los nuevos pudientes, como Madame Suárez, “una curandera científica ducha en el hipnotismo de la que la señora no se puede desprender porque le cura las jaquecas y los dolores de muelas.”<sup>83</sup> En estas condiciones, la tragedia de las damas de extracto porfirista, mujeres objeto, fue que para encontrar acomodo hubieron de casarse con los poderosos, los burdos caudillos del norte que aspiraban a la alcurnia, y aceptar convivir, si no socialmente, si en el saber íntimo con la jauría de malas mujeres, objetos igual, porque aun matrimonios “los oficiales obregonistas las prefieren putas.”<sup>84</sup>

---

<sup>79</sup> *Ibidem*. Pág. 142.

<sup>80</sup> *Ibidem*. Pág. 68.

<sup>81</sup> *Ibidem*. Págs. 54 y 55.

<sup>82</sup> *Ibidem*. Pág. 50.

<sup>83</sup> *Ibidem*. Pág. 58.

<sup>84</sup> *Ibidem*. Pág. 109.

## Martín Luis Guzmán y *La sombra del caudillo*

*Rosario se había quedado con la cabeza  
reclinada sobre el pecho atlético de su amigo  
[Ignacio Aguirre]... ¿Mandar ella...?  
Prefirió seguir así, como la tenía.*

Martín Luis Guzmán. *La sombra del caudillo*.

Conoció demasiado bien los vericuetos de la política y las armas, y quizá por eso fue el más refinado comprensor del proceso revolucionario en su conjunto, lo que se evidencia en sus libros. Hombre de contrastes, Martín Luis Guzmán es oriundo de Chihuahua, donde nació en 1887. Intelectual y servidor público desde muy temprana edad, antes de cumplir su primer cuarto de siglo ya había trabajado en el quincenario *Juventud*, en el diario *El Imparcial* y en el consulado de México en Phoenix; formado parte de El Ateneo de la Juventud y asistido a la asamblea del Partido Constitucional Progresista, como delegado por su entidad natal. Ya siendo abogado, se unió a los carrancistas y después a Villa, del que fue consejero y representante ante el Primer Jefe, quien le procuró reiteradamente el ostracismo, el cual se aplicó a sí mismo a la derrota de la Convención de Aguascalientes.

Después de residir en España y Estados Unidos regresó en 1920 a *El Heraldo de México*, fue secretario del canciller Alberto J. Pani y fundó *El Mundo*, pero el rechazo a Obregón le obligó a exiliarse de nuevo en la Madre Patria por una década y ahí creó, entre otras, dos de sus más prolifas obras: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Durante la Segunda República adoptó la nacionalidad española y asesoró a Manuel Azaña, retornando pródigamente en 1936. Galardonado con el Premio Nacional de Literatura en 1958, diseñó y encabezó vitaliciamente la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito y fue senador de la República por el PRI de 1970 a 1976, año en que dejó de existir.

Calificada como la novela política nacional por antonomasia, *La sombra del caudillo* es un ensamble magistral sobre la sorda reyerta por la presidencia, disponiéndose como piezas de un juego perverso las felonías y las ambiciones, en medio de un agrio sabor a decepción por los ideales pisoteados de la Revolución. “Detrás del nombre del personaje figura un hombre

real, y sus personajes están tomados de la vida política de los años veinte: el caudillo es Obregón, Aguirre es la suma de Adolfo de la Huerta y el General Francisco Serrano; Hilario Jiménez es Calles y los personajes secundarios también son de carne y hueso.<sup>85</sup>

### **Mujeres adornando el poder**

*La sombra del caudillo* es más que un libro. Representa uno de esos prístinos espejos que fulguran el poder real que se configuró desde la Revolución petrificada, hecha Estado y partido; verdad cifrada en los discursos demagógicos, masas acarreadas y manipuladas, tapadismo y señales recónditas que sólo la lectura experimentada de gestos e intereses trasluce; muerte e intrigas al por mayor en una nación que, en el parto de un sistema que logró dejar atrás la echada de bala para obtener el control político, económico y social, estimuló la labia y las canonjías envueltas en la amabilidad de la disputa por hacer supuestamente ciertas las causas sociales. Si, es más que un libro.

En este meandro de precandidatos, comidas y borracheras que eran sólo pretexto para discutir cómo y a quién toca y a quién no lo que las entrañas del gobierno pueden ofrecer, de mensajes y asambleas, de golpes debajo de la mesa, lealtades y traiciones, queda claro que la mujer es ornamento y nada más, diversión para los “licenciados de la Revolución” y desahogo en las largas jornadas de los militares que se desgañitaban por la patria. Ello explica la actitud del protagonista, el malogrado general Ignacio Aguirre, para con su esposa, “porque era público y notorio que en la casa de su mujer legítima Aguirre casi no ponía pie, aunque no por mero desamor o por crueldad, sino por complejos espirituales más ocultos: por cierta secreta desaprobación de sí mismo; por cierto respeto a formas de vida superiores a su voluntad, aunque no a su sentimiento”; para con su querida con refilones de novia, “La casa de Rosario le quedaba para las horas de placidez o de laceramiento. Él la sentía como algo a medio camino entre su hogar, de donde la vergüenza de sí propio lo alejaba, y la vida de crápula, hacia donde su ser íntegro lo impelía -como refugio acogedor, sedante, amoroso, y, al mismo tiempo, como diminuto paraíso”; y, finalmente, para con su

<sup>85</sup> Emmanuel Carballo. “La sombra del caudillo”, en Anamari Gomís (compiladora). *Al filo de la literatura. Ciclo de conferencias*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999. Pág. 117.

confesa amante, Paquita Arévalo, “una actriz madrileña, joven y hermosa, que en México, como otras muchas, había cambiado el arte de las tablas por el más lucrativo y no menos glamoroso de los amores con ministros”, a la que visitaba en la madrugada, “hora en que los estragos del cuerpo -renuente a rendirse- y los rubores del espíritu -alerta a despecho de todo- le exigían, en conflicto, grandes y bellos incentivos incorporados en carne torpe: alcaloides con figura de mujer en quien toda alma de mujer, o lo mejor de ella, faltase.”<sup>86</sup>

Una “vieja” para cada necesidad, para cada capricho, para cada estado de ánimo; eso era lo que justificaba a la figura femenina en el seno del poder en México, en el que los revolucionarios las preferían zorras en la cama y la juerga y las requerían señoras en los actos sociales y para madres de sus hijos, como lo reflexiona el diputado Axkaná en soliloquio al acudir, con sus amigos, a cabildar el futuro del país en una casa de citas:

Entonces entendió Axkaná, mejor que nunca, el alma de sus amigos; comprendió que ellos no consideraban completa su vida -siendo ministros, o generales, o gobernadores, dueños de los destinos políticos de todo un pueblo- sino con el roce cotidiano del libertinaje más bajo. Vivían, o podían vivir, como príncipes; tenían de amantes, o podían tenerlas, a las más hermosas mujeres que el dinero compraba. Pero nada de eso les brindaba bastante sabor. Les hacía falta lo otro; la inmersión, acre y brusca, en el placer de lo inmundo.<sup>87</sup>

Las hembras sabían mejor, entonces, si se les podía arrastrar a lo ruin por parte de estos dirigentes que todo lo hacían en nombre de la Revolución, como el mismo Axkaná le pide a su amigo Ignacio Aguirre lo evite con Rosario, señorita clasemediera que termina siendo, como arriba se ve, uno de sus amores, lo que le significará el descrédito de una sociedad conservadora en que todas deben ser cónyuges y ni por equivocación amantes, “[Rosario] no tiene defensa alguna, porque vas a echarla al lodo. -¡Hombre, yo no soy lodo! -Tu no, se entiende, pero el lodo vendrá después.”<sup>88</sup> Otra así es Adela Infante, empleada que de la Secretaría de Hacienda pasó a la de Defensa, comandada por Aguirre, “de modo que pronto se le enredaron allí el jefe de la Sección y el jefe del Departamento; luego, el oficial mayor

<sup>86</sup> Martín Luis Guzmán. *La sombra del caudillo*. México, Aguilar. Colección La Novela de la Revolución Mexicana. 2 tomos, 1962. Tomo I. Pág. 448.

<sup>87</sup> *Ibidem*. Pág. 444.

<sup>88</sup> *Ibidem*. Pág. 428.

y el subsecretario; luego, el secretario particular, y luego, el ministro. Por último, si no me engaño, allí hemos acabado por enredarnos todos los del Gobierno.”<sup>89</sup>

La mujer se convierte, además, en bálsamo para las penas y catalizador de revelaciones, como lo comprende Oliver Fernández, jefe de los radicales progresistas, quien lleva al ulteriormente fracasado aspirante presidencial de farra al prostíbulo de su amiga Beatriz Delorme, “La Mora”, pues “conocía bien a Aguirre, sabía que sólo el vino y la efusión de la crápula eran capaces de conmoverlo, de desnudarle el alma, y quería así obligarlo esa noche, políticamente, a una confesión.”<sup>90</sup> En esta tesitura, las mujeres de la vida galante, las “íntimas”, son impresionables espectadoras de la arenga y receptoras habituales del desparpajo y la ebriedad de quienes se venden como incólumes ante el pueblo, “La Mora y sus amigas lo escuchaban [a Oliver] en éxtasis, se entregaban dóciles a la magia divina del verbo, que llega al alma por sobre la inteligencia y así convence y arrebató.”<sup>91</sup>

Concluyendo, ¿Qué recibieron las mujeres de Aguirre en la inminencia de su muerte?: un pensamiento, “unos segundos evocó la mano de Rosario en el acto de descorrer, a modo de despedida, el visillo del balcón; vio la silueta de su amiga recortándose en los cristales. Pensaba a ratos en su mujer y en Axkaná.”<sup>92</sup>, y también para su viuda la responsabilidad de dar el frío adiós, “El día 5 del presente mes falleció el señor General de División Ignacio Aguirre. Su afligida esposa y demás parientes lo participan a usted con profundo dolor.”<sup>93</sup> Como broche de oro, al final de la novela se perpetúa la idea de la mujer objeto, que con dinero sucio, de sangre de Ignacio Aguirre, por cierto, es comprada con otros artículos, en una cadena que más que amorosa, es mercantil, “Segura tomó el par de piedras mayores y, tras de mirarlas, preguntó cuánto valían. -Seis mil quinientos pesos. Segura las tornó a ver. Dijo casi en el acto: -No me gustan. Las quiero más grandes.”<sup>94</sup> Un lindo obsequio para la amante del sicario, quien fue debidamente remunerado.

---

<sup>89</sup> *Ibidem.* Pág. 435.

<sup>90</sup> *Ibidem.* Pág. 442.

<sup>91</sup> *Ibidem.* Pág. 428.

<sup>92</sup> *Ibidem.* Pág. 521.

<sup>93</sup> *Ibidem.* Pág. 532.

<sup>94</sup> *Ibidem.* Págs. 532 y 533.

## Jorge Ibargüengoitia y *Los relámpagos de agosto*

*A Matilde, mi compañera de tantos años,  
espejo de mujer mexicana, que supo sobrellevar  
con la sonrisa en los labios el cáliz amargo  
que significa ser la esposa de un hombre íntegro.  
Gral. de División José Guadalupe Arroyo.*

Jorge Ibargüengoitia. *Los relámpagos de agosto*.

Poseedor de la ironía más sofisticada de la que se tenga señal en la literatura contemporánea mexicana, Jorge Ibargüengoitia nació en 1928, en Guanajuato. Luego de abandonar los estudios de ingeniería en la UNAM, comenzó su carrera como escritor teatral bajo la influencia de Rodolfo Usigli. Sus piezas de este tipo son cerca de 20, de entre las cuales las más populares son *El atentado*, *El loco amor viene* y *Clotilde en su casa*.

Pero donde con mayor comodidad y acierto alcanzó Ibargüengoitia a dar rienda suelta a su genio y sarcasmo naturales fue en el género novelístico. Su primer trabajo, *Los relámpagos de agosto* (Premio Casa de las Américas en 1964), es una corta pero sólida reconstrucción de los turbulentos tiempos posteriores a la Revolución Mexicana desde las memorias de un militar traicionero, en las que aunque personajes y sucesos resultan ficticios, no dejan de ser sorprendentemente posibles, tal vez más que los de la auténtica novela revolucionaria, al lograr con fina pulla sintetizar la condición humana y el entorno de los prohombres del evento determinante del siglo XX nacional. "Parece increíble que en una literatura de tan escaso humor, un novelista lo emplee para burlarse de una institución tan respetada como la Revolución. [Ibargüengoitia] se refiere a un acontecimiento histórico, aparentemente tomando la decisión de transformarlo satíricamente sin ponerse del lado de nadie."<sup>95</sup>

A este libro siguieron *Maten al león* (retrato del estereotípico dictador latinoamericano); *Estas ruinas que ves* (un perspicaz examen a la conservadora sociedad del Bajío); *Las muertas* (basado en el lúgubre caso de "Las Poquianchis"); *Dos crímenes* (que como los dos primeros fue llevado al cine); y un año antes de morir en un trágico avionazo en

<sup>95</sup> John S. Brushwood. *La novela mexicana (1967-1982)*. México, Grijalbo. Colección Enlace, 1984. Pág. 48.

España, en 1983, que también le costó la vida a la guapa villana del celuloide sesentero, Fanny Cano, *Los pasos de López* (una desmitificadora mirada sobre Miguel Hidalgo).

Amén de novelista, Jorge Ibargüengoitia fue un curioso cronista de lo habitual. Sus columnas y comentarios están compilados, para placer de sus lectores, en colecciones como *Instrucciones para vivir en México*; *¿Olvida usted su equipaje?*; *Autopsias rápidas*; *La casa de usted y otros viajes*; *Misterios de la vida diaria*; *Ideas en venta*; y *Viajes por la América ignota*, y no olvidemos los cuentos, como *La ley de Herodes*.

### **Esposas, viudas y amantes**

En *Los relámpagos de agosto* confluyen generales, líderes, alevosías, armas y dinero en el México posrevolucionario en el que, como se ha mencionado antes, la costumbre por las andanadas para tomar el escenario del poder seguía tentando a quienes a estas formas se hallaban habituados, costándoles mucho las reglas y la institucionalización que reclamaban los tiempos de avenencia. A su vez, la apreciación de las mujeres en medio de las peripecias que se verifican en obras como *La sombra del caudillo*, arriba analizada, se induce aquí al extremo con situaciones fársicas en las cuales las féminas resultan las consortes fieles, las queridas o las deudas, armando un ramillete en el que su papel social es primario en el establecimiento del núcleo familiar y más elemental todavía en los asuntos de cama, pero simplemente presencial en las confabulaciones de la vida política del país.

En el juego de las tonalidades femeninas, los hombres satisfacen sus instintos con las chicas fáciles, pero no toleran que las cercanas sean tachadas como tales, como le pasa al protagonista, José Guadalupe Arroyo, “quiero dejar bien claro que no nací en un petate, como dice Artajo, ni mi madre fue prostituta, como han insinuado algunos.”<sup>96</sup> A su vez, protegen y quieren a sus cónyuges, “disfrutaba yo [Arroyo] de las delicias de la paz hogareña, acompañado de mi señora esposa (Matilde) y de la numerosa prole que entre los dos hemos procreado”<sup>97</sup>, pero les tienen claramente asignado el sitio que les corresponde

<sup>96</sup> Jorge Ibargüengoitia. *Los relámpagos de agosto*. México, Promexa. Colección de Clásicos de la Literatura Mexicana, 1979. Pág. 5.

<sup>97</sup> *Loc. cit.*

ocupar, y cuándo se solicita o no de su presencia, “como se comprenderá me desprendí inmediatamente de los brazos de mi señora esposa, dije adiós a la prole, dejé la paz hogareña y me dirigí al Casino a festejar”<sup>98</sup>, recurriendo así a otras damas propicias para la ocasión, “pero si el diputado Solís balaceó al coronel Medina fue por una cuestión de celos a la que yo soy ajeno, y si la señorita Eulalia Arozamena saltó por la ventana desnuda, no fue porque yo la empujara, que más bien estaba tratando de detenerla.”<sup>99</sup>

De esta manera, la necesidad del varón de aquella época, en este caso del militar, de consolidar su machismo con más de una alcoba a la cual arrojarse (pero con una oficial), a la vez que hacerse de caricias en momentos de dificultad sin mucho tesón en cortejos, le llevaban a heredar conflictos después de perecer, y la ostentación de varias familias era una regla asumida, en torno a la cual se generaron incluso escalafones de mujeres, como le ocurrió al presidente Marcos González, muerto al ser recién electo y justo al entretenerse las primeras páginas del texto, “la viuda de González a que me refiero, es la legítima. O mejor dicho, la reconocida oficialmente como legítima: Doña Soledad Espino de González y Joaquina Aldebarán de González, que también han sido consideradas como viudas del General González, pertenecen a otra clase social muy diferente.”<sup>100</sup> Por si parecieran demasiado tres dolientes, la fila seguía creciendo, “durante el velorio, me explicó entonces la viuda, se habían presentado cuatro enlutadas y cuando menos una docena de vástagos no reconocidos.”<sup>101</sup> Los traumas para hijos y madres por el escarnio social que esta forma de vida traía aparejado, ya podrán imaginarse.

Por otro lado, en esta etapa difícil del país en la que miles de vidas se perdieron, había inquietud por el rompimiento de los códigos de respeto a la estirpe de los representantes del Ejército y de los conjurados, como nos lo deja ver el General Arroyo cuando la marejada política le arrastra de nuevo al fragor de las armas y la primera providencia que toma es mandar a su mujer, Matilde, y a los niños con un hermano suyo que era inspector de Aduanas en Ciudad Juárez, “este acto no fue de derrotismo, sino de

---

<sup>98</sup> *Ibidem*. Pág. 6.

<sup>99</sup> *Ibidem*. Pág. 7.

<sup>100</sup> *Ibidem*. Pág. 14.

<sup>101</sup> *Ibidem*. Pág. 15.



precaución, porque aunque es bien sabido que los familiares de los revolucionarios muy rara vez han sufrido represalias, no quería que en el porvenir se dijera, ‘una excepción es lo que le sucedió al General Arroyo’.”<sup>102</sup> Sin embargo, en tanto que esos seres queridos estaban resguardados, las mujeres que realmente hacían el papel de compañeras de los hombres eran las amantes, que pasaban el día a día del ajetreo y el peligro con sus parejas, como sucede con uno de los personajes de la novela, Germán Trenza, quien “vivía en Tampico con su legítima esposa y era Jefe de la Zona Militar de Tamaulipas”<sup>103</sup>, cuando con quien de verdad compartía el pan y la sal era con su nuevo amor, “Trenza tenía su Cuartel General en el Catorce [...] en donde estaba almorzando en compañía de Camila, que no se le separaba.”<sup>104</sup> Será además por ella que piense en dejar la aventura levantisca en la que se había enredado, “-Casi me dan ganas de rendirme -me dijo Trenza cuando lo encontré. Yo sé que eso le dolía, porque el había sido un militar muy bravo que nunca se había rendido. Pero Camila estaba embarazada y no podía caminar.”<sup>105</sup>

Al final de todo este lio, con la vida perdonada, el conspirante Arroyo nos enseña que todo empieza donde termina, y la familia a la que renuncia temporalmente y que se mantiene en vilo por su regreso, luego de volver de las andadas revolucionarias, está intacta, con la matriarca por cabeza esperándole para morir de inanición, “Yo me reuní con Matilde y los niños en San Antonio, Tejas, y allí pasé los ocho años más aburridos de mi existencia”<sup>106</sup>, pero todo sea por la placidez y la normalidad, “Trenza, el Camaleón y yo, regresamos a México como héroes. Trenza se dedicó a la agricultura, el Camaleón a la política y yo a mi familia y al comercio. No nos ha ido tan mal.”<sup>107</sup> Con esto, nos queda claro que la mujer “buena”, la casada que evoca el molde al que todas las demás debían acoplarse, es el ama de llaves de la regularidad de su hombre, quien protagoniza distintas facetas al vivir para las que tiene diferentes pasajeras del sexo opuesto que son intercambiables según la situación, pero con una irremplazable, sin rencores ni resentimientos... claro, para él.

---

<sup>102</sup> *Ibidem*. Pág. 66.

<sup>103</sup> *Ibidem*. Pág. 11.

<sup>104</sup> *Ibidem*. Pág. 81.

<sup>105</sup> *Ibidem*. Pág. 110.

<sup>106</sup> *Ibidem*. Pág. 117.

<sup>107</sup> *Loc. cit.*

## José Revueltas y *El luto humano*

*Ella [Cecilia] sintió un gran miedo al comprender que un amor tan sin límites humanos, tan descomunal, sólo podía tenerlo un hombre solitario y sin consuelo, un paria del corazón, un hombre desnudo. Sintió entonces que al entregarse a Úrsulo había sellado un pacto infinito.*

José Revueltas. *El luto humano*.

No podía venir al mundo en un día más propicio según su modo de vida: un 20 de noviembre, aunque de 1914; ni en una entidad más indicada: Durango, tierra del Centauro del Norte. Novelista, cuentista, poeta, periodista y activista fiel, José Revueltas llevaba en la sangre una mezcla explosiva. De padre minero y socialista y madre con aspiraciones artísticas (condensadas en sus hijos Silvestre -gran compositor-, Fermín -pintor- y Rosaura -actriz-), su obra se deslizó entre la denuncia y la forma; entre la beligerancia y el estilo.

Desde la pubertad entró en contacto con el Partido Comunista, y ya para los quince años pesaban sobre sus hombros acusaciones judiciales por sedición y motín. En las pausas de su estridencia comenzó con pequeñas prosas, y hacia delante fue reportero y dirigió varias publicaciones. A los veinte años conoció las Islas Marias, procesado por subversión, y ahí escribió su primera novela, *Los muros de agua* (1941), para llegar 1943 y *El luto humano*, pase al Premio Nacional de Literatura y a la selecta comunidad de escritores. Narración de dolor, aborda a una familia paupérrima a la que la vida de su hija se le escapa entre las manos, así como los afectos y las debilidades, en el marco de definitorias etapas del país:

Integrados los fragmentos, presentan un panorama de la historia del siglo XX en momentos significativos: los años finales de la dictadura porfirista, la lucha armada de la revolución de 1910, la guerra religiosa protagonizada por campesinos mexicanos, entre 1926 y 1929; la estabilización del sistema político surgido de la Revolución.<sup>108</sup>

<sup>108</sup> Edith Negrín. "El narrador José Revueltas. La tierra y la Historia", en *Revista Iberoamericana*. Madrid, Iberomex, no. 55, 1989. Pág. 884.

Con otros escritos en su cuenta como *Dios en la tierra* o *Los errores*, una inclemente crítica a la izquierda mexicana que le costó amigos y lealtades, se confirmaban las influencias de Faulkner, Malraux y Sartre, así como la negrura y las remisiones a la realidad social. Dirigente del movimiento del 68 y preso político hasta 1971 (de donde emana *El apando*), cerró su ciclo vital en 1975, con las convicciones y arrestos de combate indemes.

### **La mujer y el horizonte del fracaso**

De título contundente, reflexivo, *El luto humano* es un itinerario deprimente, descarnado, por un México siempre triste, de miseria que erosiona más que los bolsillos y en el que las esquinas políticas y las síntesis fáciles de la Revolución y su tiempo posterior pasan al plano mítico; de pobreza que traspasa el alma y se desdobra en historias de vida. En este texto, como en cualquiera que haga referencia a la sociedad, la mujer aparece como ente protagónico dotado de virtudes, defectos y caracteres circunstanciales que resulta interesante destacar.

La historia de Cecilia, la mujer de Úrsulo, una madre infeliz que ve morir a su hija Chonita en medio del paupérrimo ambiente de un desatendido sistema de riego, es la que por mucho tiempo ha protagonizado la mujer mexicana, la de la perpetuadora del culto religioso como acto de catarsis y esperanza frente a la desesperación que propicia el descontrol de lo terrenal, queriendo rescatar a su retoño de la desgracia infernal, ‘Exigía con tal pavor furioso y terco, con un aire tal de condena en la mirada, que el rito, o mejor, el sacramento de la confesión dejaba de ser falso, volviase misterio y verdad: devolver el alma a través de un hombre vivo como un sacerdote, que no hace otra cosa que recibir en sus oídos humanos la narración definitiva, descomunal de los pecados.’<sup>109</sup> Y es que, por cada vástago que fallece, una madre también lo hace, como nos lo deja saber Revueltas, ‘Había sido un cuerpo grácil el de Cecilia, suave, ¡Y cómo murió de pronto, al Chonita morir!’<sup>110</sup>

---

<sup>109</sup> José Revueltas. *El luto humano*. México, Era. Colección José Revueltas. Obras Completas no. 2, 2000. Pág. 13.

<sup>110</sup> *Ibidem*. Pág. 84.

La conmovedora hazaña del amor inigualable por los hijos resulta aquí también un referente a la figura desentendida del padre que siente y ve de lejos, “-A Cecilia se le murió la niña [dice Úrsulo]... A Cecilia; como si aquella niña no fuese también suya, aunque, en verdad, era Cecilia quien la había perdido”<sup>111</sup>, del progenitor que lo es en la medida en que así “marca” el territorio femenino que pisa y lo hace exclusivo, “Úrsulo no había fecundado a Cecilia por impulso de procreación, sino tan sólo para poseerla sin límites; para adueñarse de su alma. Este propietario descomunal no aspiraba al cuerpo, sino al señorío del espíritu, y había ultrajado los rincones más inalienables de Cecilia.”<sup>112</sup>

En este punto de la trama, al que proseguirá inevitablemente el velorio para cerrar el círculo del sufrimiento, acudirá un cuadro de personajes también reveladores del juego de valores entendidos entre hombres y mujeres y el lugar que ocupan; por ejemplo, el matrimonio de Calixto, donde a su cónyuge no le queda más que sumirse en su identidad y convertirse en La Calixta, podrida por dentro, “La Calixta lo miró a Calixto con ojos lastimeros y repugnantes llenos de agua. ‘El cabrón...’ pensó con miedo y ternura. Nunca había tenido hijos y su marido le golpeaba el vientre abultado, para que pariera. -Estás embarazada del diablo -decía”<sup>113</sup>, y por fuera, desinteresada de los escarceos de su consorte para conquistar a Cecilia en sus narices, “No sentía celos. Desde mucho tiempo atrás no lo quería, y él, por su parte, parece que nunca la quisiera.”<sup>114</sup> La Calixta se volverá una silueta aún más sombría conforme las páginas se deslicen, y nos dará a probar del patético brebaje del amor y la violencia, el “pégame, pero no me dejes” que hizo famoso la mujer mexicana del siglo pasado, “Mientras fregaba el piso del hotel, La Calixta observó al que iba a ser su marido [...] -¡Lléveme con usted! -suplicó-; oí que se va para Estados Unidos. Yo sé que usted me pegará menos... Estaba acostumbrada a los golpes y no podía concebir que los hombres dejaran de pegarle a las mujeres.”<sup>115</sup>

Dicho fenómeno de paradójica bestialidad humanizada es una constante en el relato y los eventos de la, ahora vemos por qué, acertadamente nombrada obra *El luto humano*.

---

<sup>111</sup> *Ibidem*. Pág. 16.

<sup>112</sup> *Ibidem*. Pág. 84.

<sup>113</sup> *Ibidem*. Pág. 36.

<sup>114</sup> *Ibidem*. Pág. 38.

<sup>115</sup> *Ibidem*. Pág. 104.

Brutalidad física, deseo, odio y superioridad masculina se traban en historias como la de La Borrada, otra mujer sin nombre propio, sin identidad, sólo conocida como compañera del asesino Adán, sobajada en el acto mismo por el que llega a sus brazos, “Era una india, quizá mestiza de extranjeros en alguno de sus ascendientes, que le fue regalada a Adán por un cacique de la sierra, cuando Adán era agente municipal en las rancherías indígenas.”<sup>116</sup> A una relación así, no podía esperarse menos, los palos debían estar asociados, “Adán volvió el rostro. De un fuerte bofetón derribó a la hembra. La mujer se levantó ocultando con una mano sus labios llenos de sangre. Sin pronunciar la menor palabra, como indiferente, se llegó hasta el rincón del cuarto, acomodándose ahí fija y serena.”<sup>117</sup>

Esta colección de instantáneas no podía estar completa sin Marcela, otra acomodada que va a dar el pésame a los dolientes y a sí misma por la partida de la ternura, de la inocencia, materializadas en Chonita. A ella, además de ser también miembro del grupo de las tundas, “Jerónimo hubiere querido pegarle a su mujer, quien sabe por qué. Se aproximó lentamente, en zigzag, y quiso mirarla de frente, pero ya era demasiado tarde: olvidando todo cayó fulminado por el alcohol”<sup>118</sup>, le toca capotear con el vicio de su esposo; con su vergüenza, “Muerto Jerónimo antes de la muerte, corriéndole por las venas el alcohol, y viuda caminando Marcela, atrás, viuda en lágrimas, en el cielo, con los ojos grandes, inmensos como bóvedas llenas de sal y de agua eterna.”<sup>119</sup>

Qué mejor forma de terminar que con la mujer, asidero de la impotencia y desdén varoniles, ahora aludiendo a la última apariencia con que es vista por el autor, recolector del pensamiento de la época: la de cuerpo del deseo, culpable del pecado y la impureza, “La mujer realizó entonces algo inaudito. Aquella mano del cura fue conducida por entre las sábanas y depositada en el pecho, sobre un seno palpitante. Era un seno. Ninguna otra cosa en el mundo sino un seno ardiente, macizo. Cerró los ojos el cura y oprimió.”<sup>120</sup> Entonces, *El luto humano*, queda claro, está en las conductas, en los significados, en la cotidianeidad, en la frustración.

---

<sup>116</sup> *Ibidem*. Pág. 119.

<sup>117</sup> *Loc. cit.*

<sup>118</sup> *Ibidem*. Pág. 38.

<sup>119</sup> *Ibidem*. Pág. 59.

<sup>120</sup> *Ibidem*. Pág. 54.

**Daniel Venegas y *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen***

*Como en México la mayoría de los hombres nos atenemos a las viejas nomás porque somos hombres, resulta que aquí en el destierro, donde no tenemos quien nos haga las cosas, primero tenemos que llorar por la humareda [de las ollas].*

Daniel Venegas. *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*.

De Daniel Venegas, autor de la singular novela *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*, poco sabemos. Sin fechas de nacimiento o defunción, las referencias provienen de tres fuentes: del único número rescatado de su semanario humorístico (*El Malcriado*), de las reseñas de sus obras teatrales y de la relativa autobiografía que implica el libro en comento. La suma de los parámetros arroja a un hombre letrado, inserto en el panorama urbano de Los Ángeles, de El Paso y en el ámbito obrero chicano.

Entre 1924 y 1933 el nombre de Venegas apareció en diarios como *La Opinión* y *El Herald de México*, al criticarse algunas de las puestas en escena que escribió (todas perdidas) y produjo con su compañía teatral homónima, representadas en los más modestos recintos de Los Ángeles, tales como *¿Quién es el culpable?*, de 1924; *Nuestro egoísmo*, de 1926; o *El con-su-lado*, de 1930, en donde al tocar el tema de la esclavitud hace una sátira política que alude al maltrato dado a los campesinos inmigrados. Si algo compartían las tres era el peculiar manejo del lenguaje, deformado por el uso de “pochismos”, esas mutaciones idiomáticas inherentes a la convivencia del español y el inglés. En *El Malcriado*, su publicación periódica, con un tono mordaz se dedicaba a disertar las costumbres y la política en la colonia mexicana de Los Ángeles.

El texto que tratamos, originado en 1928, fue hallado inéditamente en la Biblioteca Nacional de México por Nicolás Kanellos, investigador de la Universidad de Texas, e impreso en 1984, tirándose la versión en inglés hasta el año 2000:

¿Qué interés tiene una obra del primer tercio del siglo XX, prácticamente desconocida, como para ser reeditada decenios más tarde y traducida a la lengua inglesa? Sencillamente que se trata de la primera novela chicana. Al menos, así la considera su moderno editor, y no parecen faltarle razones. La obra fue publicada por *El Heraldo de México* de Los Ángeles, y Kanellos la interpreta como ‘un esfuerzo heroico por reivindicar al obrero mexicano inmigrado a los Estados Unidos y su cultura’. Y, efectivamente, la historia de don Chipote es una historia de vicisitudes y calamidades, las que miles de mexicanos sufrieron en su intento de pasar a los EE. UU., donde el dinero se barría con la escoba.<sup>121</sup>

### **Para que tú al volver, no encuentres nada extraño**

*Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen* es de una narrativa literariamente pobre. Su valor, según lo confirma el mencionado Nicolás Kanellos en el estudio introductorio, dimana de ser la primera novela chicana de la que se tenga noticia, lo cual le provee de enorme importancia por ser el referente inicial de una situación sociocultural y política que en nuestros días sigue siendo tema y problema de análisis: los “mojados” que, ilegalmente, transitan de México a los Estados Unidos buscando una existencia más digna.

La tarea de escrutar las ideas que sobre la mujer maneja Venegas empieza a fructificar desde las primeras líneas, en las que se menciona al personaje femenino principal, doña Chipota de la Concepción Morado de Domínguez, casada ésta con la víctima de las mil y un aventuras al lanzarse a tierras desconocidas en aras de un futuro mejor, don Chipote de Jesús María Domínguez. Así la esposa, la madre, la guardiana aparece en escena, “el ladrido de Sufrelambre lo sacó de sus meditaciones [a don Chipote] e hizo que se diera cuenta de que estaba enfrente de su jacal, donde lo esperaban para engullir el pipirín, doña Chipota, sus chipotitos, el gato y Sufrelambre.”<sup>122</sup>

<sup>121</sup> Francisco Moreno Fernández. “En los orígenes de la novela chicana”, en el *Centro Virtual Cervantes*. España, Instituto Cervantes, 11 de junio de 2003. en: [cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/anteriores/junio\\_03/11062003\\_01.htm](http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/junio_03/11062003_01.htm).

<sup>122</sup> Daniel Venegas. *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*. México, El Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdés. Colección México Norte, 2000. Pág. 28.

Las tareas pues de doña Chipota eran las de la típica ama de casa, puente entre el hogar y la estabilidad del marido y los vástagos en el exterior, responsabilizada tanto de la comida, “en casa de don Chipote, también se habían despegado los zarapes y ya doña Chipota, la fiel compañera de don Chipote, estaba dale que le das remoliendo el nixtamal para luego hacer las gordas que se empacarían durante el almuerzo y las que se llevaría su marido de bastimento”<sup>123</sup>, como del entusiasmo y el apoyo moral en las decisiones del esposo, “doña Chipota se afligía, pero al pensar el bienestar que le esperaba, convenía en la partida.”<sup>124</sup>

Sin embargo, ante este mismo hecho crucial, cuando don Chipote determina, por la influencia del recién llegado Pitacio, irse al “otro lado” a probar fortuna, el machismo de Venegas aparece y más que inculparlo a él, es muestra fiel de la noción subestimada que se tenía, y aún se tiene, de las mujeres: el que a la vez de ser ingenuas, son caprichosas y frívolas, “la pobre, al fin mujer, también se había embobado con las puntadas de Pitacio y, aunque con pena por la separación, también animaba a don Chipote figurándose que no pasaría mucho tiempo sin que se viera vestida de falda de medio peso y copete en la cabeza.”<sup>125</sup> Dicho momento se ata con los temores de don Chipote a dejarla sola y pedir al buen Pitacio su protección, pues necesariamente un hombre debía estar al frente, “Pitacio quedó encargado de la gerencia de la parcela, y bajo su palabra de honor quedó de cuidar y mantener a la familia.”<sup>126</sup>

La otra cara de la moneda, la del mundo perverso y espinoso, tendrá también su representación en las mujeres, como en el lado puro y evocador de la casa y la familia. No es casual entonces que una de las primeras malas experiencias de don Chipote y su amigo Policarpo en los terrenos del Tío Sam sea con una prostituta que los embriaga y después roba, “la gallona, que sólo esperaba para hacer de las suyas, los dejó que agarraran bien el sueño y luego se les dejó ir a las bolsas como gato al bofe y les esculcó hasta lo más oculto, les sacó toda la fierrada que traían y los dejó hasta que durmieran la mona.”<sup>127</sup> El que don Chipote se expusiera a estos riesgos, claro, también es culpa de las mujeres,

---

<sup>123</sup> *Ibidem*. Pág. 33.

<sup>124</sup> *Ibidem*. Pág. 38.

<sup>125</sup> *Loc. cit.*

<sup>126</sup> *Ibidem*. Pág. 39.

<sup>127</sup> *Ibidem*. Pág. 58.



“don Chipote, aunque pobre, tenía ribetes de bien educado, de modo que, sabiendo que a las damas nunca se les dice que no, se levantó y abrió la puerta para preguntar qué se ofrecía, pero en cuanto abrió un poco la guapetona se coló dentro sin decir agua va.”<sup>128</sup>

Portándose mal “sin querer”, don Chipote está seguro de la fe absoluta en su conducta de parte de doña Chipota en México, pero y él, ¿la mantendría recíproca? Por supuesto que no, y además es, naturalmente, con causa, por escribirle sobre la mano que le han tendido Pitacio (dejado por don Chipote para ello) y el mismísimo cura, “¡Pobre don Chipote! Él quería mucho a su chipota y tenía mucha confianza en ella, pero con lo que ella misma le mandaba decir estaba poniéndose celoso de Pitacio y hasta del cura, con todo lo santo que fuera.”<sup>129</sup> La duda, al parecer, de algo habría servido, “decidió pues [don Chipote], en su interior, que cuando ajustara los seis meses de reenganche y que le dieran su pase pelaría gallo para su cantón y no se despegaría más de las faldillas de su consorte.”<sup>130</sup>

A pesar de la promesa interiorizada, ésta no se cumpliría por decisión propia del protagonista, sino hasta el final de la obra y en condiciones más que complicadas. En cambio, la historia de don Chipote comienza a cerrarse, como estas líneas, con un mal que muchas mujeres, ya como esposas, parejas o novias, deben desafiar aún en la actualidad: el del hombre que se marcha más allá del Río Bravo procurando mejores niveles de vida para él y su compañera e hijos, y que en el olvido de la lejanía dejan atrás para escribir una nueva página en que aquellos ya no figuran, “en la carta que le contestó [doña Chipota] le dice que por qué no manda por la familia para que estén juntos y para que les compre a ellos también vestidos elegantes; pero don Chipote no piensa traerlos por lo pronto, porque anda detrás de una pelona que sirve las mesas en el mismo restaurant.”<sup>131</sup> A final de cuentas, doña Chipota se irá con los niños a Estados Unidos, pescará a don Chipote en sus andanzas y ambos regresarán deportados, demostrando que, como es el interés de Venegas captarlo, lo mejor es quedarse en México a asirse de su estilo de vida, que aunque es de miseria, es cien por ciento nacional y con la parentela bien unida.

<sup>128</sup> *Ibidem*. Pág. 57.

<sup>129</sup> *Ibidem*. Págs. 98 y 99.

<sup>130</sup> *Ibidem*. Pág. 99.

<sup>131</sup> *Ibidem*. Pág. 151.

## Elena Poniatowska y *Hasta no verte Jesús mío*

*Y aquí estoy ya nomás esperando a que den las cinco de la mañana porque ni siquiera duermo y nomás se me revela todo lo que pasé desde chiquilla, cuando anduve de guacha y sin guarache, haciéndole a la revolución como jugando a la gallina ciega, recibiendo puros trancazos, cada vez más desmadejada en esta chingadera de vida.*

Elena Poniatowska. *Hasta no verte Jesús mío*.

Hélsne Elizabeth Louise Amelie Paula Dolores Poniatowska Amor nació en París, en 1932. Su madre, hija de porfiristas exiliados, se casó con otro desterrado, el sucesor a la corona polaca Jean Evremont Poniatowska, resultando así de noble linaje. Arribó en los años cuarenta a México y desde 1952 incursionó en el periodismo en *Excélsior*, a través de sus páginas de sociales y como entrevistadora. Recorrería entonces el camino para madurar su pluma, integrándose a *Novedades* y completando su primera novela en 1955: *Lilus Kikus*.

Ya por terminar los sesenta, quedó cautivada por una vieja lavandera de hablar fuerte y sabio en una azotea de la calle de Revillagigedo, Josefina Bórquez; largas conversaciones con este personaje la convencieron de ficcionalizarla como Jesusa Palancares y realizar *Hasta no verte Jesús mío* (Premio Mazatlán de Literatura en 1969). Así, influenciada por Oscar Lewis y *Los hijos de Sánchez* (memorable antropología de la pobreza en México), Poniatowska se convirtió en la más lograda expositora de estos temas, con total vocación:

La literatura testimonial –expresó– hace visible a la sociedad e informa acerca de lo que no sabemos o de aquello que nos negábamos a saber. No hay literatura testimonial sobre la riqueza, porque los magnates siempre tienen un escritor fantasma o un amanuense a quien dictarle su autobiografía. La historia oral está relacionada con la pobreza porque es fundamentalmente una denuncia y una acusación.<sup>132</sup>

<sup>132</sup> Arturo Jiménez. “Elena Poniatowska reivindica el papel de la literatura testimonial”, en *La Jornada*, México, año diecinueve, no. 6770, jueves 3 de julio de 2003, en: [www.jornada.unam.mx/2003/jul03/030703/03an1cul.php?origen=cultura.php&fly=1](http://www.jornada.unam.mx/2003/jul03/030703/03an1cul.php?origen=cultura.php&fly=1).

Plena de principios y pública partidaria de la izquierda, hizo un conmovedor recuento en *La noche de Tlatelolco* del atroz 2 de octubre de hace 36 años, que valiéndole el Premio Javier Villaurrutia en 1971 rechazó al saber que lo entregaría el ex presidente Luis Echeverría, secretario de Gobernación al momento de la masacre y ya con el amargo “jueves de *Corpus*” a cuestas como mandatario. También cronista del terremoto de 1985 y del conflicto chiapaneco, sigue compaginando su actividad informativa con la literaria mediante novelas, cuentos, poemas, artículos, reportajes, prólogos y presentaciones de libros, destacándose *La flor de lis* (1988); *Tinísima* (1992); y *La piel del cielo* (2001).

### **Jesusa Palancares: como nadie y como todas**

En *Hasta no verte Jesús mío*, Elena Poniatowska nos bosqueja algunos de los muchos perfiles que la mujer mexicana tuvo en el siglo pasado a través de Jesusa Palancares, una oaxaqueña que bajo vistas superficiales pudiera parecer una “indita” más de las que viajan a la capital del país a perderse en la agitación citadina que no reconoce biografías, rostros o actitudes particulares, pero que a la luz de la entrevista, el arreglo escriturístico y la entreveración histórica nos da acceso a un espacio que en su aparente simpleza contiene definiciones del ser nacional que se sobresaltan, cual microscopio que enfatiza lo que no es apreciable o sopesable a primera vista.

Jesusa existió, claro que existió, y fue antes que nada una mujer hecha en la provincia, educada en la severa tensión que imperaba en el trato de padres a hijos, de las que obedecían con la mirada, “antiguamente llegaba una visita y uno se iba lejos sin que le tuvieran que decir: ‘¡Ahora vete!’ o ‘¡Salte!’ Nomás volteaba la mamá y uno se salía al patio. Ahora con las educaciones modernas les enseñan y oyen hasta lo que no. Antes cada quien aprendía las cosas a su tiempo.”<sup>133</sup> Formarse entonces era seguir patrones basados en la certidumbre generacional, que se trasladaba después, para la mujer, al hombre que la poseyera como su pretendiente, esposo o amante. Jesusa lo habría de vivir hasta el hastío con Pedro, el único marido que tuvo y que le robó las ganas de algún día repetir

<sup>133</sup> Elena Poniatowska. *Hasta no verte Jesús mío*. México, Era, 2003. Págs. 48 y 49.

el numerito, “-Lo siento mucho, mi general, usted mandará en mí porque soy de su tropa, pero en mi mujer no manda; en mi mujer mando yo y va donde yo la lleve.”<sup>134</sup>

Así, la joven que libró la Revolución y develó el lado oscuro del prócer del norte, “¿A poco eso es de hombre valiente? Si el tren era de pasajeros también lo volaba y se apoderaba del dinero, y de las mujeres que estaban de buena edad. Las que no, las lazaba a cabeza de silla y las arrastraba por todo el mezquital. Eso no es de hombre decente. Yo si alguno odio más, es a Villa”<sup>135</sup>, desde muy temprano se hizo de un carácter, reflexionando acerca de la vida, “dicen que nosotras somos putas, pero ¿a poco los hombres no son putos siempre con el animal de fuera, a ver a quién se lo meten?”<sup>136</sup>, aunque aceptando el preponderante juego de la justificación, “yo luego caí en la cuenta que él [Pedro, su pareja] no tenía la culpa; cumplía como hombre porque las mujeres lo perseguían a propósito.”<sup>137</sup>

De esta manera, la mujer que nunca quiso, la que jamás conversó con su cónyuge porque estaba desensibilizada, incapacitada para ello, como lo experimentaban y aún, aunque no se crea, lo siguen verificando algunas mujeres mexicanas, “no nos hablábamos. Por eso no reconozco cuál es el amor, nunca tuve amor, ni sentí nada, ni Pedro tampoco”<sup>138</sup>, viajó al Distrito Federal para toparse con un mundo nuevo, donde pasó de criada a cartonera y de ahí a fichera, todo en medio de la pobreza estimulada por las dádivas revolucionarias negadas a las viudas de los combatientes abatidos, “-Si estuvieras vieja, te pensionaba el gobierno, pero como estás muy joven no puedo dar orden de que te sigan pensionando. Cualquier día te vuelves a casar y el muerto no puede mantener al otro marido que tengas.”<sup>139</sup>

Con Jesusa de la mano, recorremos así la miel y la hiel de la Ciudad de México, donde las mujeres bailan, “el hombre quiere que la mujer le entregue el dinero y entonces, bailando, bailando, le jala los cabellos, la avienta, la apachurra, le da sus cates y queda una

<sup>134</sup> *Ibidem*. Pág. 84.

<sup>135</sup> *Ibidem*. Pág. 95.

<sup>136</sup> *Ibidem*. Pág. 78.

<sup>137</sup> *Ibidem*. Pág. 104.

<sup>138</sup> *Ibidem*. Pág. 108.

<sup>139</sup> *Ibidem*. Pág. 136.

desgreñada y llena de moretones. Cuando por fin me tiraba al suelo, era un descanso. Quedaba yo culimpinada y él me alzaba la falda y me sacaba los centavos de la media”<sup>140</sup>, se peinan, “todas las que trabajábamos en Netzahualcóyotl teníamos que ir una vez a la semana a que nos hicieran el ondulado Marcel [...] Antes, según la cara que uno tenía le buscaban el mejor peinado, no nomás hacer un zurrón sin saber cómo. La peinadora se fijaba en la cara de uno y en la pared clavaba fotografías de distintos modelos”<sup>141</sup>, y protagonizan la transición hacia una existencia más activa por las necesidades económicas y la lucha de los sexos, “era otra clase de vida. En aquella época las mujeres no trabajaban más que en su casa o de criadas. Ahora la mujer le gana al hombre en lo salidora, Ya no calienta casa: ‘Pues yo me voy por un lado y tú vete por el otro, a ver qué consigues’.”<sup>142</sup>

Jesusa en los sesenta, ya vieja, nunca habiendo dado a luz ni adoptado hijos, signo de la época por su convencimiento de que sólo hay una progenitora y lo demás son necedades, “el dicho ése de que es más madre la que cría que la que nace es enteramente una mentira. [...] Yo sí me lo tomo a mal a la gente que se vanaglorea con lo que Dios no le ha concedido”<sup>143</sup>, reticente a los cambios que el tiempo, que avanzaba inmisericorde, marcaba en la sociedad que la rodeaba, “antes era la gente muy prudente y salían las criaturas silencitas. Ahora gritan las madres en el Seguro Social y los hombres en la cantina. Yo creo que es por esas historias del derecho de nacer que están en televisión”<sup>144</sup>, llegó al remate de sus últimos años con una muy clara conclusión, también como símbolo de las circunstancias que describen su paso por esta tierra, “para todas las mujeres sería mejor ser hombre, seguro, porque es más divertido, es uno más libre y nadie se burla de uno. En cambio de mujer, a ninguna edad la pueden respetar, porque si es muchacha se la vacilan y si es vieja la chotean, sirve de risión porque ya no sopla.”<sup>145</sup> Por esa antología de frases, por esa luz y sombra de máximas que surcan entre el pesimismo y la sabiduría de la carne propia, por todo, Jesusita, Jesusa y Doña Chuchita fueron, son y serán féminas eternamente mexicanas.

<sup>140</sup> *Ibidem*. Pág. 184.

<sup>141</sup> *Ibidem*. Pág. 56.

<sup>142</sup> *Ibidem*. Pág. 282.

<sup>143</sup> *Ibidem*. Pág. 271.

<sup>144</sup> *Ibidem*. Pág. 306.

<sup>145</sup> *Ibidem*. Pág. 186.

## Carlos Fuentes y *La muerte de Artemio Cruz*

*Me toca. Catalina me acaricia la mano. Será amor. Me pregunto. No entiendo. ¿Será amor? Estábamos tan acostumbrados. A que si yo ofrecía amor, ella devolviese reproche; a que si ella ofrecía amor, yo devolviese orgullo: quizá dos mitades y un solo sentimiento, quizá.*

Carlos Fuentes. *La muerte de Artemio Cruz*.

Dice Emmanuel Carballo, uno de sus pares, que lo que toca se convierte en literatura: *La región más transparente* (1958); *Las buenas conciencias* (1959); *Aura* (1962); *Cambio de piel* (1967); *Cumpleaños* (1969); *Terra nostra* (1975); *La cabeza de la hidra* (1978); *Cristóbal nonato* (1987); *El espejo enterrado* (1992); *Instinto de Inéz* (2001); *En esto creo* (2002); *La silla del águila* (2003); y *Contra Bush* (2004), son sólo unos cuantos ejemplos.

Presente en casi todos los géneros, emblema del pensamiento y políticamente correcto e incorrecto serpentidamente, Carlos Fuentes nació en Panamá, en 1928. Hijo de un diplomático de carrera, cursó leyes en la Facultad de Derecho de la UNAM y economía en el Instituto de Altos Estudios Internacionales de Ginebra. Distinguido por su inserción en las técnicas narrativas que tuercen la linealidad del tiempo, el tratamiento de múltiples temas y la reflexión inteligente, con intuición cosmopolita, fue embajador de México en Francia (1975-1977) y director de colecciones y revistas inscritas en el medio de las letras. Premio Xavier Villaurrutia en 1976; Alfonso Reyes en 1979; Miguel de Cervantes en 1987; Medalla Belisario Domínguez en 1999; y Doctor *Honoris Causa* por la Máxima Casa de Estudios, Harvard, Princeton y Cambridge, una opinión suya sobre el poder, la escritura o cualquier personaje es una onda expansiva que agita a la comunidad intelectual.

De entre sus obras, una de las más importantes es *La muerte de Artemio Cruz* (1962), suerte de portazo final a las versiones epopéyicas de la Revolución Mexicana y su posterior institucionalización, proyectando de modo impecable la colisión de los ideales más caros de ambas fases con las debilidades de los actores que las encarnaron:

Carlos Fuentes abarca medio siglo de vida mexicana al presentar la historia del burgués que, habiendo participado en algunas escaramuzas de la Revolución, logra después reunir una gran fortuna y adquirir inmenso poder. La muerte de este hombre, doce horas de agonía, es el tema de esta magnífica novela.<sup>146</sup>

### **De amores comprados y recuerdos encendidos**

*La muerte de Artemio Cruz* es, se sabe, uno de los textos más importantes del siglo XX mexicano y latinoamericano, no sólo por su estructura retórica, armada con el ir y venir de sueños y recuerdos de un pasado de flaquezas y goces, de orgullos y reproches, hilvanados todos a la sombra de las alucinaciones culposas de un político desahuciado frente a la hora suprema, sino también, y quizá esto sea lo más notable, por mostrar sin tapujos los resabios de un movimiento que había prometido justicia, democracia y el vuelco de la situación de desigualdad para la sociedad y que terminó, al paso de los años, siendo la cantera anhelada de la que los personajes del bando ganador extrajeron riquezas, poder, prestigio y un discurso legitimador que con el tiempo se habría de ajar. Artemio Cruz aglutina en sí mismo a todos aquellos pedestres sediciosos que de los máuseres, las manos ensangrentadas, las estrellas militares y las botas ensuciadas pasaron a los trajes de caras sastrerías, los automóviles de lujo, las fiestas de toque orgiástico y el autoritarismo acendrado sobre el piso de la veneración al granítico Monumento a la Revolución.

La mujer, en este caso, también se transformó junto con los hombres que instauraron el sistema político mexicano y se convirtió en la depositaria de los aires de grandeza y ostentación de sus maridos y padres; en una especie de contraparte de un arreglo en que el canje era económicamente atrayente pero emocionalmente complejo. En dicho supuesto se encontraban Catalina y Teresa, la esposa y la hija de Artemio Cruz, con el acuerdo implícito valedero: alhajas; coches; chofer y servidumbre; residencias; muebles; vestidos; viajes; la facultad de presentarse como “la señora de...”, con todos los beneficios y derechos de picaporte posibles, “ellas entraron a la tienda y la empleada les pidió que por favor tomaran asiento mientras le avisaba a la patrona (porque sabía quiénes eran las dos mujeres,

<sup>146</sup> Carlos González Peña. *Op. cit.* Pág. 311.

la madre y la hija, y la patrona había ordenado que siempre le avisaran si ellas entraban”<sup>147</sup>, todo eso a cambio de ser la acompañante oficial a festejos de gran gala, ceremonias públicas y cenas de pareja, de procrear para completar el cuadro de la familia feliz, de asentir las peticiones de mano financiera y políticamente favorables y de tolerar, de dejar pasar como un tema jamás en discusión la infidelidad del cónyuge con actrices, secretarías u otras damas de alta clase que estimularan la hombría y fama de los potentados del gobierno y los estratos acaudalados del país.

Sumido entre estos valores entendidos, en los estertores de su vida, Artemio Cruz percibió en la soledad y el dolor que sólo se deben comprender cuando se está a las puertas de la muerte lo despreciable de tal inversión, al debatirse entre el cariño y el odio por aquellas urracas que esperan su defunción indiferentes, “mira: aprende de tu hija. Teresa. Nuestra hija. Qué difícil. Qué inútil pronombre. Nuestra. Ella no finge. Ella no tiene nada que decir. Mirala. Sentada con las manos dobladas y el traje negro, esperando. Ella no finge”<sup>148</sup>, que buscan desesperadas el testamento que les ahorre juicios vergonzosos e impida que otras tantas se aparezcan a reclamar lo que no es suyo, “las dos se incorporan y corren a la enorme mesa de herradura donde ellas creen que a veces, de noche, paso las horas de insomnio leyendo cosas: ellas quisieran que así fuera. Las dos mujeres forcejean las gavetas, desparraman papeles y encuentran, al fin, la caja de ébano”<sup>149</sup>, y analiza, ante el desprecio y la indolencia que alimentó para con su consorte, que cada hijo era un golpe, un logro que hacía que, aun en lo íntimo, le perteneciera, “se levantaba de la cama, trezando el pelo suelto, sin mirar hacia el lecho desordenado. Encendía la veladora y oraba en silencio, como en silencio demostraría, durante las horas de sol, que no había sido vencida, aunque la noche, el segundo embarazo, el vientre grande, dijera lo contrario.”<sup>150</sup>

Y es que Catalina fue como varias de las matrimoniadas en la posrevolución, la hija de un hacendado porfirista que resolvió proteger su golpeado patrimonio y salir de la quiebra usufructuando lo único que podía interesar a los flamantes próceres militares que tenían

<sup>147</sup> Carlos Fuentes. *La muerte de Artemio Cruz*. México, Planeta DeAgostini. Colección Carlos Fuentes, 2002. Pág. 22.

<sup>148</sup> *Ibidem*. Pág. 32.

<sup>149</sup> *Ibidem*. Págs. 141 y 142.

<sup>150</sup> *Ibidem*. Págs. 104 y 105.



ahora la fortuna de su lado, a sus hijas, educadas y refinadas, propias para dotar de abolengo a quienes habían sido descendientes de indias y campesinas y estaban prestos a reinventarse, a comprar lo que la estirpe no les otorgó; a olvidar la que, paradójicamente, fue una de las banderas de pelea en el levantamiento armado del que provenían: acabar con la desigualdad, “-Tienes la imaginación de los veinte años [...] Pero si quieres franqueza seré franco. Este hombre puede salvarnos. Cualquier otra consideración sale sobrando [...] Piensa en los últimos años de tu padre. ¿Crees que no merezco un poco de...? -Sí papá, no digo nada... -Y piensa en ti misma. Entonces ella agachó la cabeza.”<sup>151</sup>

En contraste, Artemio después trajo a su almohada las reminiscencias del único amor que había sido enteramente cierto, sin pesos y centavos por delante. Añoró a Regina, la amante en los tiempos duros de las conflagraciones, “pero ella, como una gaviota, parecía distinguir, por encima de las mil incidencias de la lucha y la fortuna, el movimiento de la marea revolucionaria: si no en el pueblo que habían dicho, aparecería tarde o temprano en otro. Iría de pueblo en pueblo, preguntando por el batallón.”<sup>152</sup> Con la nostalgia a flor de piel, el otro Artemio Cruz, el mandamás, evocó también para finalizar su trance a las féminas que con él estuvieron por el costeo de convites y presentes, en calidad de piezas genitales y decorativas, como la querida oficial, Lilia, con la que todo empezó en Acapulco, “el contrato, tácito, no exigía verdadero amor, ni siquiera una semblanza de interés personal. Quería una chica para las vacaciones. La tenía”<sup>153</sup>, y Laura, la amiga aristócrata de su esposa que le pedía el divorcio para seguir juntos... impensable entonces.

Y así, en este remolino de acontecimientos que le subyugan queda seguro, con la cruzada perdida por unos años más, de que la historia de provechos y acomodados no tenderá más que a repetirse, “¿quién quiere comer dormir fornicar con mi dinero? Tú Padilla y tú Catalina y tú Teresa y tú Gerardo y tú Paquito Padilla, ¿así te llamas?, que te has de estar comiendo los labios de mi nieta en la penumbra de mi sala.”<sup>154</sup>

---

<sup>151</sup> *Ibidem*. Pág. 55.

<sup>152</sup> *Ibidem*. Págs. 67 y 68.

<sup>153</sup> *Ibidem*. Pág. 152.

<sup>154</sup> *Ibidem*. Pág. 143.

## Otra de Yáñez: *Ojerosa y pintada*

*Como quien dice, aquí es la lucha del lobo  
contra el lobo; usted también lo sabe, porque  
su oficio se presta para asomarse a esta cloaca  
de la ciudad, que es como vivir entre fieras.*

Agustín Yáñez. *Ojerosa y pintada*.

Con él iniciamos esta travesía y con él la terminaremos. No se trata de su mejor libro, pues es sabido que el oro en sus obras está en esa provincia con la que tan acertadamente intimaba:

La segunda veta literaria de Yáñez es aquella donde intentó ser un novelista de ese nuevo fenómeno social que era la ciudad; ejemplo de ello es su novela *Ojerosa y pintada*. Considero que esta veta es menos afortunada que la primera, en el sentido de que como lector te aburre, se te cae de las manos en algunos momentos, pero tiene una ambición literaria y social que es importante rescatar.<sup>155</sup>

Sin embargo, como también lo afirma Sara Sefchovich, la intención de Agustín Yáñez de profundizar en el contexto ciudadano que le rodea tiene por sí misma cualidades relevantes. A nosotros, esta construcción ágil que funciona a través de episodios cortos en la vida de un sinfín de personajes que sufren y disfrutan de la capital del país en la época de los años cincuenta y sesenta y que acaban relacionados por la figura de un taxista que los transporta y le da cuerpo a la novela (no siempre con fortuna), nos provee de la oportunidad de rescatar los modelos femeninos que el autor confecciona para analizarlos en el horizonte histórico en que está escrita *Ojerosa y pintada*, que al ser un extenso muestrario del Distrito Federal incluye a un número no menor de mujeres de todas las edades, actividades y condiciones sociales involucradas en los muchos escenarios que la dinámica urbe es capaz de albergar.

<sup>155</sup> Fragmento de una entrevista realizada a Sara Sefchovich, en Esther López-Portillo. Documental: *Agustín Yáñez*. México, Instituto Latinoamericano de la Comunidad Educativa-Cal y Arena. Colección Los Imprescindibles, 1999. 46 min.

Por estas razones es que *Ojerosa y pintada* entra también dentro de nuestro trabajo, como culminación del repaso hecho por el México real y su reflejo literario que, iniciando con el último pulso del Porfiriato y teniendo como piedra angular a la Revolución de 1910, sigue con la refundación de las instituciones nacionales al finiquitarse la contienda bélica y concluye con su periodo de maduración y gloria, alrededor de dos décadas después; todo identificado por un común denominador: la mujer.

### **Historias de taxi**

Los ojos agudos, descriptivos de Yáñez, se posan sobre la ciudad más grande del mundo, la de México, para regalarnos el panorama, desde las vivencias de un ruletero, de la cotidianeidad capitalina de mediados del siglo pasado; sus calles, edificios, negocios, tradiciones, servicios, formas y conductas son desnudados en los diálogos de los varios protagonistas que erigían la metrópoli de entonces, y que instruyendo al conductor sobre los sitios que debían ser su destino inmediato y aderezando esa indicación con charlas de copilotos en que el chofer bien podía ser pared absorbente de experiencias o interlocutor de las penas y glorias de los clientes, de noche o de día, nos trasiegan a la etapa de los tугurios, los caldos de Indianilla, el tráfico y el regateo para acordar el precio por dejada.

La mujer, desde luego, se hace de los colores de esta paleta citadina en uso de la cual el Distrito Federal es bosquejado en las más de doscientas páginas de *Ojerosa y pintada*: “La dama deslumbrante, cargada de alhajas, la seda de cuyo vestido crujía, que será en estos momentos la sensación de la noche, con la dama furtiva que rehusó subir al coche, y la forzada pecadora del amanecer, y las porfirianas en busca de casa, y la voluptuosa recién salida del cine con su amante, y la mujer-gancho de los políticos”<sup>156</sup>, son solamente algunos de los ejemplos de los retratos femeninos que se definen entre los estereotipos de los tiempos y las particularidades de sus semblanzas.

La presencia femenil, para ese momento, ha cambiado. Ya no es sólo la seguidora fiel del esposo, al que sostiene como efigie inmaculada, como garante del hogar; es, hacia adelante,

---

<sup>156</sup> Agustín Yáñez. *Ojerosa y pintada*. México, Joaquín Mortiz. Serie del Volador, 1996. Pág. 179.

además sujeto posible de luchas intestinas con su cónyuge por los retoños, “los hijos, menores de edad, presentados por su propio progenitor como testigos de adulterio en querrela contra su madre; dígame usted.”<sup>157</sup> Es, paralelamente, quien ha absorbido una nueva palabra en su vocabulario, el divorcio, “por cada hijo un divorcio: lleva cuatro, y los frutos son almacenados en la casa complaciente de sus padres: ella dice que así lo exige su vocación artística.”<sup>158</sup> Y es, a su vez, la persona que se quiere sentir moderna, abierta, con menos vástagos y más libertades, “No sé como no te casaste con alguna boba de tu provincia que te aguantara tus impertinencias y te diera gusto en todo, hasta en cargarla de hijos para tenerla bien encerrada en casa; yo afortunadamente me di cuenta de tu mala intención, y si como dos hubieran sido más, no sé qué habría pasado.”<sup>159</sup>

Sin embargo, la mujer de los años de Alemán, de Ruiz Cortines, de López Mateos, sigue siendo emotiva, arquetípica, “lo propio de las mujeres son los sentimientos, no las ideas”<sup>160</sup>, crítica porque sí de su medio, “-Tengo ganas de medir a mi sabor las fachas indudables de muchas gentes, principalmente del lado del novio, ¡qué tipos!, sobre todo, ¡qué tipas! De zarzuela. Si eso fue en la ceremonia civil, ¿qué será en la iglesia?”<sup>161</sup>, presa de la opinión de los padres al contraer nupcias y dispuesta a girar su mundo por un hombre, “-Él está lleno de prejuicios. Se lo ha anunciado: tiene que cortar sus antiguas relaciones y hacerse a sus gustos: los bolos, el frontón, los toros, el fútbol; nada de lecturas, ni menos de las lecturas que tanto le gustan a Cata; ningún cine, ni buenos conciertos”<sup>162</sup>, y aferrada a sus creencias ante los plazos más difíciles, como el de parir, “-Creo que se me olvidó la estampa de San Ramón sobre la mesa con las prisas. Pudiéramos volver por ella.”<sup>163</sup>

En este sinfín de persistencias y novedades, el juego del honor sigue formando parte de las señoritas, “grosero, majadero. No sé qué buscas conmigo si sabes que soy muchacha decente y que no admito sino relaciones correctas: ya sabes. Ni vayas a creer que en el

<sup>157</sup> *Ibidem*. Pág. 19.

<sup>158</sup> *Ibidem*. Pág. 30.

<sup>159</sup> *Ibidem*. Pág. 14.

<sup>160</sup> *Ibidem*. Pág. 78.

<sup>161</sup> *Ibidem*. Pág. 84.

<sup>162</sup> *Ibidem*. Pág. 85.

<sup>163</sup> *Ibidem*. Pág. 11.

cine...<sup>164</sup> Para eso siguen estando las malas hembras, las de la calle, con las que los caballeros inauguraban, habitualmente, su vida erótica y su relación con las mujeres, en medio del secreto, el miedo y el bochorno, “-¿sabe? Yo quería, usted comprende, quería que me llevara, usted sabe, lléveme a donde haya, donde yo pueda, ¿sabe?, divertirme no, no tanto, lo que quiero es, usted me comprende, busco... [...] Donde haya mujeres, no, alguna, discreta, usted sabe...”<sup>165</sup> Y a la zaga de cada prostituta, una historia: la que necesita hacerlo y se procura la autoindulgencia, “-Lo único que me hace pensar es que siendo tan inteligente algún día llegue a saber y se avergüence de su madre, ¿para qué pensar en eso? Lo bueno es que no soy viciosa y lo hago todo por él. Dios lo sabe”<sup>166</sup>, y la que con cinismo y frialdad se declara culpable de conocer demasiado al sexo opuesto, “cuan aburridos, cuan sosos son los hombres que presumen de formales [...] aunque sean más fáciles para dejarse engatusar y suelten buena lana, no todos que hay otros bien mucas, exigentes y hasta celosos [...] pobres de sus mujeres que sí tienen que aguantarles toda la vida.”<sup>167</sup>

Este mar de anécdotas, se ve, nos dispone a muchas mujeres. No debíamos antes y menos ahora sólo quedarnos con una; ya no cabe hacer de esa una el paradigma de todas y en ella aplaudir supuestas virtudes y reprobar creídos defectos. En esta ciudad inmensa coexisten la que aspira alto, “-Sí, ustedes saben que yo trabajo y estudio en las tardes. -Ay, Consuelito, ¿para qué se mata tanto? -Qué, ¿cree usted que yo voy a seguir toda la vida soterrada en esa oficina? No, yo tengo que triunfar en la vida”<sup>168</sup>, la que baja la mirada al suelo, “-Pegarles a las mujeres nomás porque sí, sin motivo, es un gusto, como cualquier otro, como hacerles cariño, como echarles flores. ¡Bonito! Y hacer que les guste, que se enojen contigo porque no les pegas”<sup>169</sup>, la que ama, “-Yo te considero: todo el día y toda la noche de andar haciendo la lucha, sin descansar. Empínate si quiera un vaso de leche”<sup>170</sup>, y la que dicen que fastidia las metas, “Así son las mujeres, un estorbo. Sobre todo en mi caso, que vine con propósitos de orientarme en México.”<sup>171</sup> Todas, al fin y al cabo, mujeres.

<sup>164</sup> *Ibidem*. Pág. 130.

<sup>165</sup> *Ibidem*. Pág. 150.

<sup>166</sup> *Ibidem*. Pág. 44.

<sup>167</sup> *Ibidem*. Págs. 134 y 135.

<sup>168</sup> *Ibidem*. Pág. 139.

<sup>169</sup> *Ibidem*. Pág. 192.

<sup>170</sup> *Ibidem*. Pág. 202.

<sup>171</sup> *Ibidem*. Pág. 199.

## Conclusiones

¿En qué hay que reparar de este ejercicio en el cual la mujer fue redescubierta con tantas de sus virtudes, defectos, facultades y restricciones, en correspondencia con el talento, la formación y la capacidad de creadores tan diversos como Mariano Azuela, Francisco L. Urquiza, José Revueltas o Elena Poniatowska? A primera vista, en que es un ente complejo, tan indispensable como explicable en el contexto en que se desenvuelve, determinante en la condición filosófica del mexicano y efectivamente rescatable como sujeto histórico en la invención novelística.

Las obras que analizamos compartieron de modo preciso algo en común, además de la presencia de la figura femenina, tema de esta investigación: tener las tramas su convergencia espacial y temporal en el México de la primera mitad del siglo XX, tal y como lo especifica el rótulo de la tesina. Pero no es una simple alusión; no se llama a nuestro país a ser plataforma de los argumentos contados con un laxo fundamento a guisa de escenario requerido, como bien pudiera haber sido cualquier otra nación, pues en el caso de estos libros, los eslabones que representan las biografías de los escritores, el momento en que se hallan inmersos, las temáticas elegidas para armar sus novelas y la coincidencia de los hechos políticos y sociales con las circunstancias y experiencias de los personajes centrales y secundarios, persuaden no únicamente sobre una progresión de idoneidad en su escogencia para atrapar la esencia de las mujeres que convivieron con dicha realidad, sino que además cumplen con las expectativas, puntualizadas en la parte introductoria, de una narrativa para que sea utilizada sin resquemores como fuente que facilite el entendimiento del devenir.

De esta manera, las detalladas descripciones de Agustín Yáñez en *Al filo del agua* consignan, de viva voz de quien nació y se desarrolló en Jalisco, uno de los Estados de la República Mexicana más identificados con el conservadurismo arraigado a finales del siglo XIX y aún posteriormente, el papel de las mujeres en las familias y en las cofradías, en la sociedad y en la Iglesia, esquivando constantemente las pasiones carnales y ciñendo sus conductas a los cánones morales y clericales, de medida enteramente distinta a los de los

hombres y en contraste con los de las féminas citadinas, más intimadas con la moda, las diversiones y ciertas áreas de conocimiento que las influencias europeas les habían legado en el punto más alto del Porfiriato. La preocupación por saber más de algo o embargar sentimientos de amor y deseo por alguien y con eso, sin querer, transgredir lo decretado, faltar a Dios o a ellas mismas, vivir siempre “al filo del agua”, al borde de una catarata terrible que ahogará en los infiernos y en la condena de los otros, como para muchos y muchas aconteció con la revolución que empezaba, es el sentido de la mejor aportación intelectual de Yáñez.

La *Tropa vieja* de Francisco L. Urquiza, por su lado, nos traslada a las memorias de este militar a carta cabal de la Revolución Mexicana, quien en sí mismo y en las huestes que comandaba pudo constatar el peso de las mujeres en la salpicada y complicada gesta, delineando con toda lucidez la actuación de las esposas y queridas de los “pelones” de la leva que traían a los cuarteles comestibles, provisiones y marihuana para soportar los dolores de las heridas ocasionadas entre tomas y asaltos, las que también debían curar, sin faltar el sexo en las noches de cansancio de sus compañeros, así como el cuidado de los hijos y de su propia vida. No se pasan por alto tampoco los “arreguntes” pactados al minuto, los “casamientos a la revolucionaria”, producto del intercambio de miradas, los instintos a flor de piel y la certeza compartida de que todos se sostenían bajo la amenaza del plomo, de la muerte a quemarropa, de la irregularidad que instaba a aprovechar el momento y no pasarlo en soledad.

El complemento a tal planteamiento está en *Los de abajo*, donde Mariano Azuela, el médico metido en el campo de batalla, se transfigura en escritor y observa los ímpetus y rémoras del pueblo que se monta al tren de la lucha armada y se pierde en el fárrago de las causas y las cosas, en el que los antes victimados por los abusos caciquiles contra sus mujeres toman ahora ese poder de vejación y devastación como otra prerrogativa que añaden a sus características de nuevos pequeños jefes en un país que implosiona para adquirir otra forma; hombres que también, junto con sus seguidores, requieren de las mujeres para alimentarse, reproducirse y quitarse las costras de sangre o las balas alojadas; para devorarse los peces robados del río revuelto en medio de sendas borracheras o para

hacerlas sus amantes en una larga lista que se desenrollaba por los lugares en que dejaban rastro, sin perder de vista a aquellas que se colgaron las cananas para directamente participar y pasar al recuento de las millones de bajas contabilizadas en aquellos tiempos aciagos.

De lance en lance aparecería el lento pero cierto viraje, durante los años veinte, del ambiente de belicosidad en pos de alcanzar y asegurar la estabilidad sobre estrenados entendidos, lo cual es capturado en *La sombra de la sombra*, de Paco Ignacio Taibo II, que como historiador más avezado en la literatura que en las eruditas investigaciones académicas pone el acento en esta etapa no muy trabajada del pasado en el acontecer nacional, moldeando a las prostitutas, actrices y bailarinas de un México nocturno que despuntaba, además de otros inéditos personajes de sumo interés, como las chinas esclavizadas en el periodo en que la inmigración oriental, aposentada en la calle de Dolores del centro capitalino, era causa de estigmatización, o las lideresas sociales que en Yucatán dieron una primera batalla persiguiendo más derechos para la mujer, incluyendo a las obreras que llenaban las vacantes de la industria en recuperación y, al otro extremo, a las glamorosas hijas del antiguo régimen que hubieron de guardar en el baúl de los recuerdos las ínfulas para darle el sí a los oficiales obregonistas: mal educados, infieles... y con poder y dinero.

Pero la paz fue transitoria, como lo fueron la silla presidencial y los espacios de poder en control de un solo grupo sin rebeldía o complots. Con agudeza, Martín Luis Guzmán, inmolado políticamente en más de una ocasión dentro de estas reyertas de cataclismo y revancha, ilustró en *La sombra del caudillo* dichos acontecimientos, donde el nuevo Estado no acaba de ser parido y las antiguas formas no terminaban de irse. La designación de Plutarco Elías Calles por parte del presidente Obregón como su sucesor, por encima de Adolfo de la Huerta, y la vida de Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez a cambio de la reelección del manco ex mandatario son las razones de este texto, como también en sus páginas del museo de señoras presentables y engañadas, de amasias de cortejo y sensibilidad o de voluptuosas estrellas de la farándula, pasional y presumidamente tenidas, compradas con gemas, devaneos e influencias; de mujeres de la vida galante para



relajar el músculo antes, en medio o después de hacer política en la mesa de un lupanar, o de mecanógrafas serviciales corridas de funcionario a funcionario. Todas, por supuesto, hechas objeto.

En otro nivel, Jorge Ibarguengoitia satiriza en *Los relámpagos de agosto* tales eventos, situando en el pináculo de la ironía, desde una generación distinta y mucho más acerba, los estándares de los fundadores del México posrevolucionario, fanáticos de las asonadas y las estrategias entrecortinadas para llevarse el pastel del poder completo, aun mallugado, a sus convites de amigos y aliados. Colas de desamparadas colocadas en diferentes calidades (según su estado civil, origen y momento en que tocaron el corazón y la bragueta del héroe caído) y de acuerdo a dicha prelación tratadas, con varios hijos de la mano que han quedado sin padre y sin protección, y quizá hasta sin apellidos; cónyuges a la expectativa de la ausencia y la vuelta de sus maridos, que desgarrándose las vestiduras se pelean por el volante del carro patriótico y retornan prestos de sus éxitos o sus reveses a los brazos de la compañera en espera para pasar abrigados en casa los tiempos de menos emociones; y las amantes que escoltan los planes de conquista del gobierno, jugándose la entre acantonamientos, de guarida en guarida, son los ejemplos femeninos de esta obra.

De José Revueltas, un inconforme social, izquierdista incesante y ya recluso desde su juventud en el Callismo resultó otra incitación letrada al pasado revolucionario, a la Guerra Cristera y, como parte de estos acaecimientos, a la pobreza y la desolación que no habían sido antes relatadas con tal dramatismo y exactitud. *El luto humano* arguye las condiciones de extrema miseria en los campos de irrigación del país y las tensiones prevaecientes entre la devoción como consuelo y la dura verdad de las carencias y la frustración en un México muy lejano al prometido, en el que la mujer es uno de los principales íconos de tal sufrimiento, ya sea como madre que pierde a su hija y tolera a un macho que la cree de su posesión, como esposa que asume con normalidad los ramalazos y el alcoholismo de su hombre o como la adolescente entregada en ofrenda por oligarcas cual gabela, cautivas todas de la barbaridad y la falta de amor azuzadas por la desesperanza y la indiferencia.

Otra cara de la ausencia de oportunidades y la desigualdad que rondaban los años veinte y treinta sería inusualmente inscrita por Daniel Venegas en *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*, primera novela de corte chicano en la que su autor, residente en la parte sur de los Estados Unidos y protagonista de la discriminación y pesares que los compatriotas ilegales deben capotear, toma la iniciativa de dar forma a través de un rosario de anécdotas chispeantes al peregrinaje que describe tal andanza, abriendo con la mujer que tiene que arreglárselas para hacer que el nimio gasto alcance y que, al saberse en tal precariedad, accede a la partida del cónyuge buscando mejorarse a sí misma y a los suyos en su economía, quedándose a final de cuentas sola, con un marido lejos que ya ha tomado su rumbo, seguramente enredado por malas hembras en su pretensión de progresar en tierras lejanas, o seducido por jóvenes solteras que se le presentan embaucadoras con irrechazables esperanzas de formar de nuevo un hogar. Sin duda, una interpretación machista de las situaciones, típica de la época en que la mujer era malévola efigie de tentaciones.

Seguidamente una mujer, periodista y escritora, con sagacidad recupera la historia oral y la deriva al estilo literario para regalarnos el fascinante trayecto de más de seis décadas de Josefina Bórquez, personificada por Jesusa Palancares en *Hasta no verte Jesús mío*. Con este testimonio, Elena Poniatowska concreta un acercamiento redondo a los principales sucesos en México durante la primera mitad del siglo pasado, pues Jesusa es igual parte de una modesta familia oaxaqueña en que se le prepara para ser sumisa ante el varón y las figuras de autoridad que revolucionaria acompañante de un esposo al que no ama y testigo de la ruindad de la vorágine y las conflagraciones, para después descubrirse viuda y extraviada en la gran ciudad, a la que disfruta y maldice en el transcurso de muchos empleos y del vaivén abrumador de los tiempos, del desarrollo estabilizador y la modernidad en que la imperturbable supremacía masculina empieza a menguar, pero no como para que la vieja Jesusa desista de maldecir ser mujer y añorar participar del otro género, el privilegiado, al que aún todo se le transige.

Luego *La muerte de Artemio Cruz*, del afamado Carlos Fuentes, miembro de la élite mexicana ilustrada, crítico y conocedor de las cúpulas políticas, económicas y sociales,

resulta una inculpación cáustica a los sobrevivientes de la Revolución, antes tenientes, coroneles o generales y luego burócratas, o jóvenes licenciados encomendados del boceto y marcha de las instituciones nacionales, que del PNR se deslizarían al PRM y, con aspiraciones de eternidad, al PRI; a sus negocios, a su dominio absolutista, a su falta de pudor y a sus mujeres. La insufrible expiración del yaciente Artemio Cruz recupera a la consorte y a la hija, ambiciosas y fútiles por igual, llena de rencores una y despreocupación la otra, con el reproche incurable de haber sido su señora desposada por conveniencia del padre, un terrateniente venido a menos y ávido de nuevas riquezas aun a costa de la felicidad íntima de su sangre, caramente puesta en venta a un pujador opulento y prominente, como a cantidades les pasó una vez que las cosas empezaban a atarse y los alzamientos fenecían sin remedio. Son féminas reales que disimularon la disipación de sus maridos, que supieron de las amantes y enmudecieron por los atuendos, las veladas, el estilo de vida y los convencionalismos a las que Fuentes compendia de manera magistral en su egocentrismo y su fracaso.

Finalmente Agustín Yáñez, tornado en exitoso servidor público federal e instalado en el punto neurálgico del país, la Ciudad de México, hizo su contribución al examen del apabullante fenómeno urbano con sus consabidas dotes de autor, entregando *Ojerosa y pintada*, un fresco de las actitudes y seres reunidos en la esfera capitalina a la mitad del siglo XX en el que se pueden aquilatar novedades importantes: la mujer ya no apetece sólo ser la abnegada madre de innumerables hijos, pues ahora trabaja y desea más espacios para sí misma, amén de circunstancias acordes a una pareja que comparte responsabilidades; tiene conciencia y es capaz de desafiar el divorcio, más allá de la obcecación pública que sobresale, además de que es ya plena beneficiaria de la educación primaria, media y, en ascenso, de la superior, por lo que sus horizontes se ensanchan y al ánimo de perseverar también se le ha infundado, sin que por esto desaparezcan los viejos prejuicios, la gravitación del padre como jefe de familia y para el hombre genéricamente los mejores oficios y estipendios en los diversos estratos. La innovación y la tradición corrian pues paralelas en un rumbo en el que los resabios tenían facha de inmutables, pero que el paso del tiempo clarificó cómo cedían lenta pero firmemente a la magnitud de la mujer en nuestra sociedad.

En suma, nos hemos podido cerciorar en este repaso de que en las novelas encontramos un depósito espléndido que expresa el alcance de la Historia Cultural y la literatura en el reconocimiento del devenir, ya que, como lo enunciábamos al principio de nuestra investigación, el universo que cada texto abarca y que reproduce actitudes, conductas y costumbres es una representación que ayuda a descubrir y valorar aquellas manifestaciones de la sociedad que salen de los parámetros de los grandes hombres y sus altas decisiones políticas, económicas o militares.

Todas las obras aquí discurridas tienen una razón de ser, una justificación afortunada de la exploración de convenciones y modos del momento vivido o escrutado por sus autores, los cuales, inmersos en situaciones relevantes de la realidad mexicana, nos mostraron a la mujer involucrada en su ambiente como pocas fuentes lo consiguen en tal plenitud, lo que con la comprobación histórica de los acontecimientos nos lega la imagen de muchos tipos femeninos, parte y objeto de los cambios que atañeron al país durante el tiempo comprendido y en que su protagonismo fue menoscabando y derribando obstáculos, algunos a cuentagotas, otros más rápidamente, pero cada uno como sinónimo de victorias legítimamente conquistadas, aunque resten todavía varias por obtener.

## Fuentes consultadas

### Bibliográficas

- AGOSTI, Claudia y Elisa Speckman (editoras). *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Serie Historia Moderna y Contemporánea, 2001. 340 págs.
- ALTAMIRANO, Graziella. *En la cima del poder. Elites mexicanas (1830-1930)*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999. 258 págs.
- AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. México, Fondo de Cultura Económica. Colección Popular no. 13, 1980. 140 págs.
- BOOTH, Wayne C. *La retórica de la ficción*. Trad. por Santiago Gubern Garriga-Nogués. Barcelona, Bosh, 1978. 423 págs.
- BRUSHWOOD, John S. *La novela mexicana (1967-1982)*. México, Grijalbo. Colección Enlace, 1984. 130 págs.
- \_\_\_\_\_ *México en su novela (una nación en busca de su identidad)*. México, Fondo de Cultura Económica. Colección Breviarios no. 230, 1987. 437 págs.
- BURKE, Peter. *Formas de Historia Cultural*. Trad. por Antonio Feros. Madrid, Alianza. Colección El Libro Universitario, 2000. 307 págs.
- CERTEAU, Michel de. *La escritura de la Historia*. Trad. por Jorge López Moctezuma. México, Universidad Iberoamericana, 1985. 334 págs.

- CÓRDOVA, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana*. 11ª ed. México, Era, 1983. 508 págs.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Trad. por Claudia Ferrari. Barcelona, Gedisa. Colección Hombre y Sociedad, 2002. 276 págs.
- DUBY, Georges y Michelle Perrot (coordinadores). *Historia de las mujeres en Occidente*. Trad. por Marco Aurelio Galmarini. 5 Tomos. Madrid, Taurus, 1993. Tomo V. 758 págs.
- DULLES, John W. F. *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*. Trad. por Julio Zapata. México, Fondo de Cultura Económica, 1977. 711 págs.
- FUENTES, Carlos. *La muerte de Artemio Cruz*. México, Planeta DeAgostini. Colección Carlos Fuentes, 2002. 311 págs.
- GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método*. Trad. por Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Salamanca, Sigueme, 1988. 697 págs.
- GOMÍS, Anamari (compiladora). *Al filo de la literatura. Ciclo de conferencias*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999. 255 págs.
- GONZÁLEZ COMPEÁN, Miguel y Leonardo Lomelí (coordinadores). *El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000. 814 págs.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. 13ª ed. México, Porrúa. Colección Sepan Cuántos no. 44, 1977. 362 págs.

- GUZMÁN, Martín Luis. *La sombra del caudillo*. México, Aguilar. Colección La Novela de la Revolución Mexicana. 2 tomos, 1962. Tomo I. 1056 págs.
- HART, John M. *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*. Trad. por Manuel Arbolí. México, Alianza. Serie Raíces y Razones, 1990. 574 págs.
- HIERRO, Graciela. *De la domesticación a la educación de las mexicanas*. 5ª ed. México, Torres, 2002. 122 págs.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge. *Los relámpagos de agosto*. México, Promexa. Colección de Clásicos de la Literatura Mexicana, 1979. 119 págs.
- KRAUZE, Enrique. *Venustiano Carranza. Puente entre siglos*. México, Fondo de Cultura Económica. Serie Biografía del Poder no. 5, 1987. 177 págs.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (coordinador). *Historia de México*. 12 vols. México, Salvat, 1978. Vols. X y XI.
- MARTÍNEZ, José Luis. *Literatura mexicana. Siglo XX (1910-1949)*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Tercera serie de Lecturas Mexicanas no. 29, 1990. 374 págs.
- MORENO TOSCANO, Alejandra, Ignacio Bernal y otros. *Historia mínima de México*. 2ª ed. México, El Colegio de México, 2000. 181 págs.
- PONIATOWSKA, Elena. *Hasta no verte Jesús mío*. México, Era, 2003. 316 págs.
- REVUELTAS, José. *El luto humano*. México, Era. Colección José Revueltas, Obras Completas no. 2, 2000. 187 págs.

RUTHERFORD, John D. *La sociedad mexicana durante la Revolución*. Trad. por Josefina Castro. México, El Caballito, 1978. 366 págs.

TAIBO II, Paco Ignacio. *Sombra de la sombra*. México, Planeta, 2002. 247 págs.

TELLO DÍAZ, Carlos. *El exilio. Un relato de familia*. 18ª ed. México, Cal y Arena, 2001. 479 págs.

URQUIZO, Francisco L. *Tropa vieja*. México, Aguilar. Colección La Novela de la Revolución Mexicana. 2 tomos, 1962. Tomo II. 1194 págs.

VENEGAS, Daniel. *Las aventuras de don Chipote o Cuando los pericos mamen*. México, El Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdés. Colección México Norte, 2000. 194 págs.

VITALE, Luis. *Historia y sociología de la mujer latinoamericana*. Barcelona, Fontanamara, 1981. 122 págs.

YÁÑEZ, Agustín. *Al filo del agua*. México, Porrúa. Colección de Escritores Mexicanos no. 72, 2002. 389 págs.

\_\_\_\_\_ *Ojerosa y pintada*. México, Joaquín Mortiz. Serie del Volador, 1996. 208 págs.

## Hemerográficas

FREEDMAN, Ligia. "Las viudas de la Revolución Mexicana", en *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*. México, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, no. 15, julio-diciembre de 1998. Págs. 87 a 132.



MENDIOLA, Alfonso y Guillermo Zermeño. “De la Historia a la historiografía”, en *Historia y grafía*. México, Universidad Iberoamericana, no. 4, 1995. Págs. 239 a 258.

NEGRÍN, Edith. “El narrador José Revueltas. La tierra y la Historia”, en *Revista Iberoamericana*. Madrid, Iberomex, no. 55, 1989. Págs. 876 a 925.

## **Audiovisuales**

KRAUZE, Enrique. Documental: “Francisco I. Madero: El místico de la libertad”, de la serie *Biografía del Poder*. México, Clío. Colección México Siglo XX, 1998. 43 min.

LÓPEZ-PORTILLO, Esther. Documental: *Agustín Yáñez*. México, Instituto Latinoamericano de la Comunidad Educativa-Cal y Arena. Colección Los Imprescindibles, 1999. 46 min.

## **En la Red**

JIMÉNEZ, Arturo. “Elena Poniatowska reivindica el papel de la literatura testimonial”, en *La Jornada*. México, año diecinueve, no. 6770, jueves 3 de julio de 2003, en: [www.jornada.unam.mx/2003/jul03/030703/03an1cul.phporigen=cultura.php&fly=1](http://www.jornada.unam.mx/2003/jul03/030703/03an1cul.phporigen=cultura.php&fly=1).

MORENO FERNÁNDEZ, Francisco. “En los orígenes de la novela chicana”, en el *Centro Virtual Cervantes*. España, Instituto Cervantes, 11 de junio de 2003, en: [cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/antiores/junio\\_03/11062003\\_01.htm](http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/junio_03/11062003_01.htm).

TUÑÓN, Julia. “Las mujeres y sus lugares. La representación del comedor familiar y del camerino como metáforas del cuerpo en el cine mexicano de la edad de oro”, en *Nomadias*. Santiago, Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Universidad de Chile, no. 4, 2001, en: [uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/nomadias/n4/jtunon.html](http://uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/nomadias/n4/jtunon.html).

VELASCO, Arnulfo Eduardo. "La Historia y el dominó: sobre *Sombra de la sombra* de Paco Ignacio Taibo II", en *Sincronía*. Jalisco, Departamento de Letras del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, no. 4, invierno de 2002, en: [sincronia.cucsh.udg.mx/velascoi202.htm](http://sincronia.cucsh.udg.mx/velascoi202.htm).